



*Mi mejor amigo*

*por*

*Daniel González Porcar*

## **“MI MEJOR AMIGO”**

*por Daniel González Porcar*

**“Mi mejor amigo”**, está en el  
Registro Provincial de la Propiedad  
Intelectual de Barcelona.  
a fecha  
solicitud

*Toda familia, toda persona,  
siempre tiene un pasado...  
toda persona,  
después de un pasado...  
siempre tiene un presente,  
y un futuro...*

*Con cariño, para mi niña.*

## “Prólogo”

*Son las 09:30h. de una mañana de invierno.*

*Me levanto de la cama con cuidado de no despertar a mi niña que duerme plácidamente a mi lado. Camino sigilosamente hasta la puerta, que entorno tras mi paso, una vez en el comedor me aproximo a la ventana y aparto la cortina. Hace buen día, el sol resplandece intensamente en un liso océano de cielo azul. Abro la ventana, y noto la brisa en mi cara, es fría y cortante.*

*La noche ha sido un tanto desagradable, he visto las horas pasar una tras otra. No sé por qué ni como, mi subconsciente no hacía más que invadir cementerios, y me paseaba en torno a grandes criptas, en las que descansaban humildes y a la vez legendarios nombres, de una era arcaica.*

*Me despejo mediante una ducha en agua bien caliente, me visto y salgo a la calle a dar una vuelta. Me paro en el primer bar que encuentro y pido un cortado que acompaño de una melosa pasta de crema.*

*Mientras tanto leo los titulares del periódico. Me centro en las cartas de los lectores. Al contemplar la parte superior me percató de que hoy es 10 de enero. Reflexiono y recuerdo la triste realidad de hace un año. Ese día mi compañero, mi gran, fiel y mejor amigo Joel, falleció.*

*Mi expresión de la cara se torna flácida. El cortado emprende una batalla en mi estómago. Me reclino en el taburete disimuladamente, pero no se desvanece. Voy al lavabo donde la cruzada consuma.*

*Vuelvo a mi sitio y paso las páginas del periódico lentamente mientras termino la cremosa pasta. Pago el desayuno y salgo del bar entumecido en recuerdos nostálgicos. Camino sin rumbo recordando el día en que me dejó. Le recuerdo como si permaneciera junto a mí, como si no me hubiese abandonado todavía. La sensación circunda y nubla mi mente.*

*Sin un rumbo fijo camino calle abajo. Tengo ganas de pasear y liberarme de cementerios, criptas y sensaciones de añoranzas, aunque creo que mi cuerpo se resiente de la noche y me lleva la contraria. Los ojos me espolean cuando se estrujan mis ojeras, al pasar mi dedo índice en forma de masaje. Me dejo llevar por mis piernas que parecen las extremidades de mi cuerpo más avisgadas. Al pasar por una pequeña plaza que alberga a dos calles de mi casa, mis piernas parecen unificarse con el cansancio de mi organismo, y me piden una tregua.*

*Después de descansar un rato en un entumecido banco de madera, me decido a pasar por la panadería a buscar un apetitoso almuerzo para llevar a casa y preparar a mi mujer. Selecciono una media luna rellena de crema con la superficie cubierta de chocolate.*

*Una vez en casa preparo un zumo de naranja y en conjunto con la media luna lo acomodo con toda la dulzura e imaginación que me es posible, sobre la mesa del comedor.*

*Preparada la sorpresa me retiro a mi despacho que se aposenta al final del pasillo, en la parte trasera de la vivienda. Enciendo el ordenador que con un sonoro pitido se pone en marcha. Busco en mis carpetas y abro una, llamada libros. Aparecen cuatro títulos frente a mí. Cada título es un archivo de texto que se compone de varias páginas donde e plasmado mis ideas. Cuatro tramas que desde*

*hace cuatro meses divulgan por mi cabeza. Están definidas, estudiadas y preparadas, pero no me decido a cual expandir. Cierro la ventana que engloba los cuatro títulos y abro un documento de texto en blanco.*

*Miro la pantalla del ordenador cubierta de blanco. Dejo que mis dedos formulen frases de un comienzo pero mi mente descolocada no se centra. Pienso en las cartas del periódico que leí mientras tomaba el cortado y sobretodo una que empleaba el medio de la prensa para reencontrar a su amiga. Era una carta rebosante de sentimiento de una chica llamada Natalia que perdió a su mejor amiga al cambiar sus padres de residencia. Mantuvieron contacto durante unos años hasta que un buen día su amiga desapareció.*

“Querida Naiara,

No sé como explicarte mi sentimiento más profundo que me ahoga, y enoja a la vez. No sé si será por ti, no sé que pudo pasar...

Desapareces de un día para otro, no obtengo ninguna respuesta en mis suplicas, no encuentro motivos ni explicación alguna. Me emperro en que algo ha ocurrido y la ansiedad me ahoga...”

*El recuerdo de mi amigo me interrumpe y me asalta sin darme cuenta, comienzo a contar lo sucedido en un tiempo antaño, en una edad temprana. Una infancia que marcó un antes y un después en nuestras vidas.*

*Pero después de una página completa lo releí y fue entonces cuando me decidí.*

*¿Por qué no?.*

*Que mejor recuerdo que plasmar su historia. O la nuestra.*

*Así que me dejé llevar por los recuerdos. Atravesé el tiempo y comencé.*

Amaneció el día con un azul intenso en su cielo. El sol apareció en el horizonte y entró tímidamente alumbrando su habitación, atravesando unas finas cortinas de color blanco que cubrían la ventana...

## “Nuevas sensaciones”

Amaneció el día con un azul intenso en su cielo. El sol apareció en el horizonte y entró tímidamente alumbrando la habitación, atravesando unas finas cortinas de color blanco que cubrían la ventana. Poco a poco fue recorriendo la habitación emprendiendo desde lo alto de la pared en la que reposaba el cabezal de la cama.

Al cabo de una hora ya le invadía la cara, alargó la mano para intentar bajar la persiana pero no alcanzaba o no la encontraba. Sus ojos se resistían a dejar que el destello intenso de ese sol de octubre les invadieran así pues, comenzó a voltear por la cama.

Pasado un rato arqueó su brazo derecho por encima de la nuca bloqueando los rayos del sol, formando una rugosa sombra de su mano en el despertador. Lentamente los párpados se separan y su mirada borrosa comienza a fijar la imagen de los dígitos del reloj en la pupila. Son las nueve y doce minutos. Quiere levantarse de la cama pero, piensa si merece la pena. Sus tripas remugan en señal de apetencia. Se preocupa por lo que le espera al otro lado de la puerta.

Intenta no respirar para poder escuchar nítidamente que se mueve tras la puerta de su habitación. Oye pasos que se acercan. Agarra la manta que descansa por debajo de sus rodillas tirando de ella hasta que le cubre todo el cuerpo. Con un rápido movimiento se sitúa de cara a la pared y con la manta pegada a sus labios se hace el dormido.

El sudor se torna intenso y reza para que no sea su padre.

El pomo de la puerta comienza a girar ligeramente, mientras nota un cosquilleo que se apodera de él. Siente que se acercan, sus pisadas se aproximan. Prueba a no moverse, su respirar le indica que ya está aquí.

Se estremece al notar una mano que acaricia su pelo. Quieto, inmóvil, permanece esperando...

-¿Cariño?.

*¿Cómo?. Esa voz, ese tono suave y dulce. Notas de audaz ternera apiladas en estructura de melodía...*

No es su padre.

Es su abuelo. Se encuentra en casa de sus abuelos.

Desaparecen los cosquilleos y todos los músculos de su cuerpo se vuelven flácidos. Gira al compás que retira la manta de cuadros y abraza a su abuelo dándole los buenos días con un fuerte beso. Se cuelga del cuello de su abuelo como un chimpancé y, en un alarde de juventud él le saca de la cama.

El abuelo no sé imagina la alegría que hay en su nieto al darse cuenta de que es sábado, lo cuál quiere decir que es fin de semana y lo pasa en compañía de ellos.

-Si que te levantas de buen humor –le dice su abuelo mientras lo acoge en sus brazos.

-He dormido muy bien –miente Joel, dándole un achuchón.

-Me vas ahogar cariño. Venga al suelo.

Joel desciende entre los brazos de su abuelo. Al notar el frío del suelo salta a la cama y se remanga los calcetines casi hasta las rodillas.

-El suelo está frío –remuga el nieto.

Juan se agacha buscando las zapatillas bajo la cama. Sienta a Joel en la silla que descansa a pie del lecho, en el hueco que deja entre sí con el mueble. Un mueble de un color xapeli, con estantes en la parte de arriba; una cajonera compuesta por tres cajones a mano derecha y una puerta en el centro que se abre verticalmente convirtiéndose en un sobre que sirve de escritorio. Un escritorio donde Joel disfruta mucho los fines de semana escribiendo y dibujando. Le fascina el dibujo y antes de dormir suele coger una lámina con algún bosquejo y lo plagia.

El abuelo coloca las zapatillas a su nieto y lo pone en pie.

-Venga ves al baño mientras te preparo el almuerzo, que es muy tarde –indica Juan a su nieto, el cual obedece.

Joel hace un pis y se lava las manos. Busca en un vaso marrón de cristal translúcido, que hay dentro del *romie* que cuelga encima de la pica. Encuentra su cepillo, coge la pasta y se lava los dientes, jugueteando frente al espejo. Moja un peine de púas finas que encuentra en el cajón del mueble de baño, y al estilo de *Jhon Travolta* se peina los finos cabellos de un negro intenso.

Después de un buen vaso de leche con *colacao* y una amena charla matutina con su abuelo, se visten y se dirigen a buscar a su abuela al mercado.

El mercado quedaba a más de dos kilómetros pero, el trayecto se hacía muy corto para Joel, puesto que la compañía de su abuelo Juan conseguía que así fuera. Para llegar había que cruzar un río.

Caminaron hasta el puente que atravesaba dicho río. En el centro del puente Joel se para y mira hacía abajo intentando ver más allá de la superficie del agua.

Como otras tantas veces en ese momento el abuelo le recuerda lo que había cambiado ese arroyo.

- Sabes cariño, hace muchos años en este río yo me bañaba. El agua era cristalina y apenas llegaba a la cintura. El fondo era suave arena, clavaba los pies en ella y con las piernas separadas permanecía quieto. Me arqueaba hacia abajo y con la cabeza casi a la altura de mis rodillas miraba fijamente el agua esperando ver pasar los peces.

- Pero abuelo, yo no veo los peces.

- Es que hace muchos años cariño. Un día el cielo se cubrió de nubes oscuras y durante varios días no existió el sol, no había día, solamente noche. Hubo fuertes tormentas y el río creció. En solamente dos días el agua se enfureció y el caudal del río ascendió intensamente arrollando consigo los árboles y vegetación que decoraban las orillas formando un cuadro de belleza inusual.

Atravesaron el puente y recorrieron el camino que se formaba en la proximidad del río. Mientras, Juan continuaba explicándole que después de aquellas tormentas levantaron muros que protegían la entrada al río. Aunque en realidad más que la entrada, la función de aquellos muros era preservar las viviendas que yacían cerca. Pero su abuelo en aquella época lo que interpretó fue el hecho de que ya no podía bañarse y jugar en el río. Con el paso de los años, indigentes se adueñaron de las orillas del río cubiertos por esos grandes respaldos buscando refugio. Con el tiempo el agua se tornó de un sucio color marrón, que provenía del barro que se removía en el fondo. Después tomó un color grisáceo por las basuras que acumulaban los indigentes en el fondo del río.

A mitad de camino se encontraba un parque con un par de columpios y toboganes. Durante diez minutos Joel pasa el tiempo subiendo y bajando por el tobogán y diez minutos más meciéndose en el columpio de hierro colado con asientos sin respaldo forrados de cuero. Una fuente en el centro del parque le sacia la sed después de tanto ajetreo.

Prolongan su camino desviándose de la inmediación del río y se adentran a la barriada de San Adrián por la calle principal. Tras unas casitas bajas de una o dos plantas vienen los primeros edificios, que se elevan hacia el cielo. Giran la esquina de esos grandes edificios de unas doce plantas y recorren una estrecha calle peatonal que les conduce hasta el mercado.

Encuentran a la abuela en la parada de la fruta. Una falda de pálido rojizo oculta sus rodillas, mientras que unas medias lisas le amparan el frío de las piernas. Está escogiendo melocotones y rebuscando un melón. Joel le da un abrazo y la besa fuertemente en la mejilla.

Juan se aproxima a su mujer a ver que está comprando. Al percatarse de lo que posee entre manos, le dice.

-No creo que estemos en temporada de melones.

María lo mira y no dice nada. Por lo que Juan prefiere no insistir y agarra un melón y le palpa los costados.

-Este parece dulce –le dice a su mujer, aunque lo hace por cumplir.

Recogen la fruta y marchan en busca de pescado, seguido de un poco de lomo y finalizando en la panadería en busca de pan. Juan es un poco especial con el pan. Cuando reformaron el mercado construyeron una gran panadería a la entrada de éste.

Un día Juan probó hacer la compra en el establecimiento nuevo. Ese día por suerte para él, solamente quedaba pan de leña, se mostró reacio en un principio, pero lo compró. De camino a casa arrancó un currusco del pan; le gustó. Desde entonces siempre compran pan de leña en la misma panadería.

-Hola, María –le dice la dependienta -. Tenga su barra de pan –le ofrece la chica en una bolsa de tela que previamente la abuela le dejó a su disposición.

Mientras María busca el dinero Joel se fija en la chica. Una tupida melena de fino pelo azabache cae por su pómulo derecho. Sus ojos rasgados y sus pupilas de color verdoso parecen una balsa de aceite en mitad del mar. Sus mejillas sonrosadas hacen conjunto con el ribete del cuello de la bata. Una bata blanca arraigada que remarca y realza sus pechos.

Con esos risueños ojos mira fijamente a Joel y alarga su mano.

-Toma –le ofrece abriendo su mano.

Son tres caramelos de envoltorio transparente y diferente color. Retira los caramelos de su mano notando la suavidad de éstas.

-Gracias –le dice con un tanto de vergüenza.

Salen del mercado y Juan se apodera del carro mientras María, la abuela, carga con la bolsa de la fruta. Joel intenta ayudar pero como de costumbre lo máximo que consigue es que su abuelo le deje tirar del carro. Pero, quien hace la fuerza para arrastrarlo es Juan, aunque lo disimule.

Siguieron el camino que habían hecho a la ida, pero al cruzar la calle principal, le llevan por una calle asfaltada en vez de seguir el camino de tierra, que alberga a orillas del río.

-Abuelo –dice Joel llamando la atención de los dos para preguntarles -, ¿a dónde vamos?.

-A casa de Cecilia –comenzó a explicar María -, una amiga nuestra que hace tres semanas que no vemos por el mercado. Pasaremos un momento a ver si necesita algo –esto último lo dijo en tono de preocupación. Siempre solían encontrarse con ella en el mercado. Cecilia rondaba los sesenta años y a pesar de su buena salud, tenía problemas con la cadera. <<Tendrá la gripe, con este tiempo quien no coge un catarro>>, pensaba María.

Era una casa de tres plantas si contamos el terrado que hacía mas bien de *solarium*. La puerta de la entrada era de madera maciza de robusto pino. Un gran pórtico que se alzaba en el centro de la puerta le llamó la atención por la forma de puñal que tenía. El puñal estaba dentro de una lágrima que hacía de picaporte, el mango acababa en finas curvas, una hacia abajo y otra hacia en dirección contraria; un escalofrío le azotó el cuerpo al ver aquello. La fachada no era de un blanco roto como todas las casas adosadas de la calle, sino de un tímido amarillo descolorido destacando entre las demás.

Un sonido estrepitoso salió de la puerta de un parking, del inmueble colindante, dando paso a un coche de color negro. Los tres desviaron la mirada del gran pórtico al percatarse. Un hombre de mediana edad iba al volante, llevaba un gorro de pescador, verde oscuro. De facciones muy marcadas, meneaba la cabeza a izquierda y derecha, asegurándose para salir del parking. Al volver la cabeza Joel se da cuenta del tatuaje que lleva en la nuca, una tela de araña de grandes dimensiones que muere en la oreja izquierda, exactamente en el lóbulo izquierdo, en una fina línea

como una flecha. Juan y María, no alcanzan a ver el tatuaje, pues cuando Joel les busca con la mirada, vuelven a estar de cara a la puerta. Piensa en comentarlo con sus abuelos, vuelve a mirar y el coche ya no está, la puerta se está cerrando.

El pórtico resonó con fuertes y toscos golpes al movimiento del puño cerrado del abuelo, Joel deja el acontecimiento para más tarde. Esperaron un minuto aproximadamente pero la puerta no se abría. La abuela buscó con la mirada algún hueco en la cortina de ganchillo que cubría la ventana de la derecha. Dejó las bolsas en el suelo y se acercó a la ventana de la izquierda. En ésta la cortina dejaba entrever algo pero por culpa de sus cataratas no alcanzaba a ver nada.

-Haber mujer, déjame a mí –dijo Juan a su esposa apartándola suavemente de la ventana para despejar el campo de visión.

Juan tampoco distinguía nada tras el cristal, pero dijo que le parecía ver luz al fondo. María golpeó el pórtico, esta vez con más fuerza e intensidad que la de su marido. Joel mientras tanto permanecía inmóvil frente a la puerta a la espera de intentar adivinar que pasaba.

<<Estará comprando o dando una vuelta>>, pensaba Joel. No entendía la insistencia de sus abuelos, ni encontraba un por qué. Pero le parecía que sus abuelos imaginaban algo que no alcanzaba a entender. <<Serán cosas de mayores>>, se dijo para sus adentros.

Durante diez minutos más permanece frente a la puerta viendo a sus abuelos ir de un lado hacia otro. En varias ocasiones haciendo sonar el gran pórtico. María ha dejado las bolsas sobre el carro de la compra, que se apoya en la pared bajo la ventana. A Juan se le ve intranquilo, impaciente. María le susurra al oído.

Joel intenta oír lo que le dice pero no lo consigue.

-Voy un momento a mirar por la parte de atrás –le dice Juan a María, cuando se separa de él-, a ver si está en el patio.

Avanzando a paso ligero Juan desaparece por el costado de la casa.

-Abuela –se apresura a preguntar-, ¿dónde va el abuelo?.

-Tranquilo Joel, que enseguida vuelve. Va a ver si la ve en la parte de atrás, donde se sitúa el patio. A veces está en el patio regando las plantas y no oye el sonido que produce este pórtico.

-Y entonces si no lo oye, ¿por qué no instala un timbre?.

-Eso ya se lo dijimos pero dice que no hace falta. Que el pórtico es muy bonito y singular, que últimamente quedan muy pocos..

-Pero no hace falta que quite el pórtico –se aviva a contestarle, dejando a su abuela con la palabra en la boca-, el timbre se puede poner igual, ¿verdad, abuela?.

-...Sí cariño –y prosiguió con una explicación sobre la época-. Pero las personas mayores, ya de nuestra edad no quieren liarse con según que cosas. Hemos vivido en otra época y la mayoría somos reservados en muchos tipos de avances – seguía explicando e iba a entrar en temas y recuerdos del pasado, pero en ese momento para suerte de Joel la puerta se abrió.

María y Joel recularon por instinto. La puerta se entreabrió dejando ver el principio de una cómoda de color oscuro, que soportaba el peso de un enorme espejo ovalado. Juan aparece.

-María, pasa un momento por favor. Cariño espera aquí en el recibidor –le dice su abuelo deleitándole con una sonrisa, aunque Joel se fija y le ve un tono rojizo en el cristalino de sus ojos que no sabe por qué, no es de su agrado-, enseguida venimos.

Solamente han transcurrido cinco minutos pero a Joel le parecen una eternidad. Está cansado pero obedientemente espera. Sabe que pasa algo, pero no se atreve a preguntar. Juan es muy sentimental, pero la expresión de su cara le pareció demasiado contrariada.

Se entretiene observando la cómoda y el ovalado espejo de marco de bronce; la robusta cómoda se compone de tres cajones en la parte superior y dos puertas en la parte inferior, los tiradores son dorados y con unos ribetes en forma de flor. Abre los cajones, más que por curiosidad por aburrimiento, y eso que le tienen dicho que las cosas de los demás no se tocan.

<<Espero que no salga mi abuelo, -se conforta esperando que eso no ocurra-. No debería... pero el aburrimiento, mejor dicho los nervios me pueden.>>

Papeles, papeles y papeles. Detrás de las puertas con pomo redondo de bronce al igual que el marco del espejo, encuentra guías y más papeles. Imagina que la cómoda pertenece a otro conjunto aunque la madera sea muy similar, por la diferencia de los tiradores. Se decide a contemplar una de las guías que le llama la atención por sus tapas duras y desgastadas, pero sobretodo por el año que en el centro se divisa, *mil novecientos setenta y ocho*.

Es el año en que Joel nació. Le hace ilusión y se emociona a contemplarla. Las hojas son gruesas pero están muy deterioradas por el paso de los años. El reborde de éstas se encuentran incoloras por un tono amarillo pastel, al igual que la cerámica de una cocina cuando está repleta de grasa al cabo de un tiempo sin limpiar. Pasa una ojeada por encima y percibe un fino dobladillo en una punta que señala una página. Se para en ella. Hay un círculo que cubre la esquina que forman las calles, Juicio y

Pescadores. No tiene ni idea de donde están. Ni siquiera conoce la barriada a la que pertenecen.

<<Jamás las he visto- piensa-. ¿Qué significado tendrá?, si tiene alguno, claro...>>

Revisando la hoja ve que en la parte de abajo está la playa de San Miguel, un poco más arriba del Hospital del Mar y guiándose por las páginas ya que se corta el dibujo por la dimensión de la página, ve el puerto de Barcelona. Memoriza los nombres por mera curiosidad. Deja la guía en su sitio, cierra las puertas con cuidado y sigue esperando. Pasea por la estancia mirando sus pies, intercalando éstos uno pegado al otro, camina de pared a pared. Al dar la vuelta y situarse de frente al espejo, se para en seco. Algo sobresale del hueco que deja la cómoda entre sus patas y el suelo. Se agacha para contemplar el objeto, es una página doblada.

<<Se habrá caído de la guía>>. Decide recogerla para situarla en su lugar de partida.

Sollozos tenues llegan a sus oídos, cree que es su abuela. Oye a su abuelo hablar por teléfono en tono angustiado. No sabe si sobrepasar la puerta que le separa del supuesto comedor que se esconde detrás. Se asoma por el hueco de la puerta que le deja entrever un vigoroso mueble de roble, manteniendo la página en su mano derecha. Varios estantes repletos de libros antiguos, una sólida base modular con una cajonera en el centro deja asentar sobre sí una vitrina de unos dos metros de altura, de dos hojas de un grabado cristal con forma de flores repleta de copas. Se deja caer un poco más hacia delante y ve a su abuelo al costado de la vitrina con teléfono en mano y una cara irreconocible. Habla en un tono irritado y a la vez ensordecedor. En ese instante se pregunta si le había visto alguna vez así. Sus músculos se paralizan y

sus piernas se entumescen, siente que se queda sin fuerzas, no entiende la situación. No sabe como pero en tan solo unos segundos da media vuelta. Intentando no hacer ruido abre la puerta de la entrada lentamente. Observa el gran pórtico que agarra para que no retumbe en la madera. Sale a la calle y sigue el camino por donde su abuelo desapareció minutos atrás.

Se frena al advertir la hoja de papel en su mano. No sabe si seguir avanzando o retroceder y dejar la hoja en su sitio. Sin pensarlo abre los cuatro pliegues de ésta, es una carta. Está escrita a mano, parece añeja, la letra es muy ruda y cuesta de emparejar las palabras; parece escrita con tinta, como la de una vieja pluma de tintero...

*“Querido Juan,*

*Me dirijo a usted para decirle que sigo enamorada de su hermano, lo cual me impide complacerle a vos. Se que no será de su agrado recibir esta carta y menos como comienza, pero yo debo informarle de mi sentimiento hacia él. Jamás me perdonaría...”*

Un ruido le interrumpe, Joel repliega la carta rápidamente. Disimuladamente dentro de su asombro echa un vistazo a su alrededor, parece todo tranquilo. Guarda la carta en el bolsillo izquierdo de su pantalón y continúa el camino. Al girar la esquina divisa una calle estrecha saqueada por adoquines. Avanza por los adoquines corroídos por las lluvias y el paso del tiempo. A los diez pasos desaparecen por debajo de una tierra fina que los une con un camino lateral de arena. Llegado a este

punto se percata de que es el camino que linda con el río, por donde su abuelo Juan y él viajaron en busca de su abuela por la mañana.

Un muro de más de dos metros de altura se enaltece frente a Joel. Diminutos cristales de un blanco roto y un verdoso de botella de vino en representación de triángulos puntiagudos forman un relieve de resplandecientes estrellas que se forjan al colisionar los rayos del sol en sus picos. Una portezuela de hierro abre un hueco en el muro, se aproxima a ella y con sutileza se decide a abrirla. Un estruendoso rugido de las bisagras lo inquieta. La hoja de hierro rojo sombrío que hace de puerta, queda a un palmo del marco. Ve muchas plantas asestadas a orillas del muro que frente a él se presenta. La pared repleta de grano grueso está cubierta de enredaderas que trepan la tapia y apenas dejan entrever el color blanco mate de éste. El ángulo de visión que le permite la puerta de hierro a medio abrir es muy poco, de apenas cuarenta y cinco grados. Una mesa amplia de jardín se sitúa cerca del muro, solamente llega a ver dos sillas plegables y una hamaca de tono oscuro. Apegado a la hamaca un árbol de constitución delgada le dice que pertenece a un naranjo, puesto que insignificantes esferas de tonalidad anaranjada se dispersan interpoladamente por las hojas.

Al bajar la vista su cara palidece y da un paso atrás. Un brazo se extiende en la cercanía del naranjo. Sólo puede ver un poco más allá del codo. Ausculta su corazón palpar enérgicamente en su pecho al posar su mano derecha sobre éste.

El brazo está desnudo, es obeso. En la mano abierta puede contemplar un anillo sencillo de oro. No sabe que hacer, su corazón sigue bombeando forzosamente. Las facciones se vuelven cada vez más empalidecidas. Por la mano cree que será la mujer que ha venido a ver, Cecilia. Escucha a su abuelo cada vez más cerca, va hablando pero no alcanza a oír lo que dice. Piensa en correr y volver al punto de

partida, al recibidor, pero sus piernas no le responden. Ahora escucha a Juan perfectamente.

-La ambulancia viene en camino.

-Todavía respira Juan, lo he comprobado.

En ese momento la figura de María se cruza en el ángulo de visión de Joel. El muchacho se asusta, se inquieta. María se agacha y busca el pulso en la muñeca del brazo obeso que Joel divisa. Los abuelos no han percibido la presencia de su nieto.

-Si, pero no la muevas, esperemos a que lleguen, podría tener algún hueso roto, quizás la cadera –explica Juan y continúa haciendo una conjetura de lo que puede haber sucedido-. Considero que haya pretendido coger alguna naranja y a caído de la escalera.

-¿Y el niño?, sigue en la puerta –le recuerda María-, tendríamos que hacer algo, no creo que haya necesidad de que el crío contemple esta situación.

-Tranquila mujer, ahora me lo llevo al parque, le diré que estáis conversando- Juan se da la vuelta-. Voy a cerrar la puerta para que no entre nadie- y se dirige a la puerta de hierro.

La puerta se cierra frente Joel. <<No se ha dado cuenta>>, piensa.

<<-¿Qué hago?.>> Se dice Joel ensimismado.

No reacciona.

<<-Corre hacia la puerta –le habla su subconsciente-. Venga muévete.>>

Su mente está en blanco, quiere salir corriendo pero no sabe a donde. Por fin vuelve a sentir la sangre fluir por las piernas, nota el latir de su corazón. Cuando quiere reaccionar ya está corriendo por la calle de adoquines presentándose en la puerta principal.

El portón esta cerrado.

Cree que se está mareando, el pórtico parece emerger frente a él. Una neblina se perfila en sus córneas y lo ve todo borroso. Respira hondo cerrando los ojos. Se acuerda de la carta que guarda en su bolsillo trasero, de la bronca que le echará su abuelo si se entera de que ha remendado los cajones de la cómoda.

<<¿Cómo entro ahora?>>

Experimenta formas de respirar para serenarse sin advertir de que la puerta se abre.

-¿Qué pasa, hijo? –la voz de su abuelo atraviesa sus sentidos como un vendaval.

No contesta.

-¿Qué haces aquí? –Joel sigue callado-. ¿Cariño?. Joel, ¿qué tienes?.

-Nada, eh –contradice avivadamente sin esperar recibir las resoluciones de su mente. Abre los ojos y en un murmullo se dirige hacia él intentando responder con solidez-, estoy bien. Es que...

-No entiendo que haces aquí fuera –le dice Juan sin dejar a su nieto que termine de explicarse.

-...la puerta –intenta continuar Joel-, eh, se ha cerrado. He salido a mirar...

Parece que poca fiabilidad demuestran sus palabras. No ha preparado nada. Tiene mucho calor, está sofocado.

-¿Te apetece ir al parque? –le expresa su abuelo, *¿no se ha dado cuenta?.* Sí. Cree que sí, pero no le da importancia o intenta restársela.

No sabe si asentir y zanjar el tema. Es la mejor solución.

-Cecilia –prorroga Juan-, no se encuentra muy bien, parece que esté incubando la gripe. Marchemos un rato mientras la abuela le prepara una sopa caliente.

Sin terciar palabra asiente definitivamente con la cabeza.

Agarra la mano de su abuelo y se deja guiar hasta el parque. Pasan más de tres cuartos de hora, pero Joel no dice nada. El abuelo perdura en silencio y aunque quiera disimularlo no obstante su nieto se percata de su tensión.

Joel se distrae pretendiendo volver a la realidad y hacer ver que no ha visto nada. El corazón todavía le palpita con intensidad aunque con más calma.

Quince minutos más tarde la abuela se presenta por detrás de los inclinados toboganes que se ubican al comienzo del parque. Se aproxima a su marido y en voz baja cuchichean unos minutos. Miran hacia el niño y él se hace el loco. Inadvertidamente pequeñas lágrimas se manifiestan por los ojos de los abuelos y, se precipitan por sus pómulos al vacío.

Joel oscila apaciblemente asentado en el frío cuero con la cabeza cabizbaja. Sus manos se agarran con fuerza a las cadenas que sujetan el afligido fragmento de cuero. Su abuelo le llama.

-Nos vamos a comer -dice.

La normalidad parece crecer en ellos a pasos agigantados pero, apenas se nota. Joel se hace el loco procurando que la calma reine sobre él. Seguro que ellos están al acecho, pero Joel sigue en sus trece, consiguiendo, o mejor dicho, creyendo que sus abuelos no se percatan de nada. Ellos implantan una forzosa sonrisa en sus bocas. Joel tiene la temprana edad de doce años, pero sin embargo la madurez de un

adulto. Le gusta aparentar un niño como tal, y deambular en un mundo de fantasía, en el maravilloso mundo de la infancia.

Durante el camino de vuelta permanece callado. Al cruzar el puente no se para, el abuelo aunque su aptitud no esté para rituales mira a Joel y se extraña; pero no dice nada; y el nieto al verlo hace lo mismo, cruza sus manos por detrás y progresa hasta el domicilio.

Juan y María viven en un cuarto piso sin ascensor. Los edificios colindantes son de la misma estructura formando un cuadrado. Edificios de cinco pisos que constituyen una gran muralla que resguarda un grande patio comunitario. Dos casillas en forma de cuadrados repletos de tierra, uno a cada lado y en el centro una fuente. La fuente dispone de un primer muro de cincuenta centímetros de altura y otros cincuenta de amplio en representación de octógono. Contemplando el muro desde el cielo, en forma de una cruz cuatro accesos cortan el muro de piedra. Dentro de éste otro muro de metro y medio y diez de grosor también al igual que el primero componiendo un octógono, encierra un pilar de piedras que se alza en el centro. A los cuatro metros de elevación la columna se acopla en una cúspide y cuatro focos le hacen de sombrero. Años atrás repleta de agua refugiaba y daba morada a peces de colores.

Joel pasa la tarde en la fuente entreteniéndose con otros niños de la placeta. Aunque no está muy entusiasmado, intenta jugar y dejar que pase el tiempo para que sus abuelos en su soledad, puedan desahogarse y parlamentar pausadamente.

La mano de esa mujer no deja de abrumarle y allá donde mira la ve. Recuerda las calles que vio en la guía y lo comenta con los amigos para indagar alguna cosa.

La carta que encontró en el recibidor, sigue en su bolsillo trasero del pantalón. Lo sucedido después de encontrar la carta le hace olvidarse de que la lleva encima. Sin darse cuenta se involucran en una aventura de sueños divulgando por esas calles y, entre aventuras y presunciones de críos se olvida de la mano de Cecilia.

Joel no tiene mucha hambre al igual que sus abuelos pero, engulle dos grandes pedazos de tortilla de patatas para no levantar sospechas. Parecen tranquilos en lo que a su nieto se refiere. Pues parece ser que no lo intuyen. Creen haber tenido la suerte de que su nieto no se ha enterado de nada.

La noche es muy fría, el ambiente parece una película muda. Las palabras y frases son cortas y precisas. No hay sonrisas, no hay atención de nada. Todo es como una habitación de hospital en silencio. Joel muestra cansancio y bostezo repetidamente en el sofá. Pretende así no levantar sospechas, ni aumentar la consternación del ambiente en que se encuentra.

La abuela le lleva a la cama, cubre su cuerpo con la manta de cuadros de varias tonalidades y besa suavemente su frente.

-Buenas noches cariño.

-Buenas noches abuela –le dice mientras un espontáneo abrazo surge de sus brazos y un dulce beso de sus labios.

Espera que su abuelo llegue y le cuente un cuento, pero no sucede. Ha sido un día muy agotador y lleno de sensaciones nuevas. Da media vuelta y se apega a la pared. Quiere dejar la mente en blanco y no pensar, pero le es imposible. Gira y voltea por la cama intentando hacer el mínimo ruido.

-¿Crees que tu nieto escuchó algo, mientras esperaba en el recibidor? –le pregunta María a Juan, al sentarse en el sillón del comedor. El comedor es amplio y rectangular, no es un cuadrado pero tampoco es estrecho. Una mesa redonda de madera de roble se acentúa en la entrada ajustada a una esquina; seguidamente un sofá de tres plazas de madera también, continúa la pared hasta dejar un hueco en el que se aposenta el sillón de la abuela. Enfrente, en el ángulo contrario a la mesa redonda, un televisor de veintiocho pulgadas muestra a *Frank Sinatra*, mientras baila y canta bajo la lluvia. Juan aparta la vista de la pantalla y se vuelve hacia su mujer.

-No. No lo creo.

-La puerta estaba cerrada, ¿verdad? –María mira los ojos de Juan, éste tarda unos segundos en contestar.

-Sí –la afirmación no convence a la abuela que vuelve a insistir.

-Tú fuiste el último en entrar. ¿Cerraste la puerta al pasar?.

-Que sí, mujer. Cerré la puerta. –Juan no está seguro, incluso piensa que no la cerró-. Estoy seguro de ello –le afirma contundentemente para no hacerla padecer.

-¿Qué pasará ahora Juan?.

-No te preocupes mujer –la consuela-, todo se arreglará ya lo verás. Y no te preocupes por el crío, cuando me lo llevé al parque le dije que Cecilia tenía fiebre y le ibas a preparar un caldo mientras hablabais de vuestras cosas.

María reposó su espalda en el sillón, cogió las agujas de hacer punto de una bolsa de tela estampada con flores que tenía a su lado derecho sobre la esquina del sofá. Sacó un manojo de lana de la bolsa. Al despojarlo de un pañuelo que lo envolvía apareció el principio de un suéter de color verde; un suéter que estaba

terminando para su nieto. Era la parte delantera y había tejido más de la mitad, unos rombos de colores se empezaban a ver dibujados.

-Espero que tengas razón –comentó María. Juan volvió a fijar la mirada en la pantalla del televisor recolocando un cojín en sus riñones y aposentándose en el respaldo del sofá. María cogió las agujas y empezó a tejer.

Como Joel no puede dormir. Enciende la luz de la mesita y se incorpora descansando la espalda en el respaldo de la cama. Agarra un tebeo del primer cajón de la mesita y vagamente observa las viñetas sin prestar atención al texto. Cansado del tebeo lo vuelve a dejar en su sitio y apaga la luz.

Ha escondido la carta entre el somier y el colchón de su cama. Se incorpora y se aproxima a la puerta. Pega la oreja a la cálida madera y sin respirar deja que le lleguen las palabras a sus oídos. Son incoherentes cuando llegan a sus oídos. Pero a medida que su suspiro se calma y el respirar es más suave se da cuenta de que tristes y sordos lamentos se apalean tras la puerta.

Regresa a la cama, coloca la mano debajo del colchón en busca de la carta. Cuando la tiene en sus manos la puerta del pasillo se abre y se enciende la luz. Juan ha entrado en el lavabo.

<<Vendrá a verme seguramente –se dice Joel>>.

Asustado vuelve a esconder el papel donde estaba. El sonido del agua al tirar la cadena lo abruma y se introduce en la cama de un salto. Hace un poco de calor en la habitación pero se cubre hasta arriba arropándose la cabeza. Los pasos de su abuelo no llegan hasta la puerta de su habitación, los escucha desviarse antes. El crujido de la cama de la habitación de matrimonio llega a sus oídos.

<<Se ha metido en la cama –se explica para sí Joel-, mejor lo dejo estar para mañana, no vaya a ser que venga y me vea la carta>>.

Un hormigueo le sube por los pies y un grito mudo le agoniza en la garganta. El sudor le reviste la frente. Los ojos se humedecen y se siente muy extraño.

“-Creo que en el día de hoy –exclama Joel para sí- aparte de concebir sensaciones nuevas para mí he conocido –finaliza amargamente en una expresión nueva de su cara-, *la muerte*.”

## “Viaje en el tiempo”

-¡No!. Por Dios.

-Tenemos que hacerlo.

-No puedo, no quiero.

-¿Por qué?. ¿No puedes dejarlo ahora?.

-Estoy abatido, no va a servir de nada, volvamos.

-¿Cómo puedes decir eso? ¡No lo hemos intentado!

-¡Da igual! ¡Marchémonos!. Salgamos de aquí.

-Yo no puedo ir. Ve tú si quieres, pero yo no doy marcha atrás. No voy a darme por vencido tan fácilmente -su voz se quebró-, no puedo volver...

-Mira haz lo que quieras -dijo secamente mientras se daba la vuelta-, yo me voy.

Se dio la vuelta y se alejó lentamente esperando una respuesta, esperando un (-¡Espérame!. Vuelvo contigo.) Aminoró el paso, poco a poco se alejaba, pero no escuchaba nada.

-¡Joder! -se dijo asimismo a la vez que giraba su cuerpo sobre sí con un violento movimiento.

-Venga, ¡tío!. ¡Va, por favor! -el grito perdió fuerza, no estaba, había desaparecido, o por lo menos su vista no lo distinguía.

-¡Joder!. ¡Déjate de bromas!. ¿Dónde estás?. Venga hazme caso.

Un silencio ahogado invadía todo, la neblina se acentuaba cada vez más. Paso a paso volvía sobre sus pasos acercándose de nuevo.

-¡Sal de donde estés y vayámonos!.

El eco retumbo en sus oídos, dejándole un, *vayámonos* profundizando en su tímpano, y dándose cuenta del silencio y la soledad que le aislaban. Miró el cielo y vio que nubes bajas se abrían para dar paso a una noche más lúcida, dejando paso a una Luna llena.

El viento se levantó y un estremecimiento transitó su cuerpo de pies a cabeza. La brisa comenzaba a helar. Se podía contemplar como el rocío y la escarcha proporcionaban reflejos de Luna, al formarse dóciles gotas de agua que asomaban de la nada.

-¡Joel!. Venga ya, levanta.

Un sudor frío empapa la frente de Joel, está aturdido y asustado. Se incorpora de un brinco, el pijama está empapado por la transpiración. Su madre sale de la habitación gritando.

-¡Son las ocho espabila!. Ostia con el crío.

No se ha repuesto de la pesadilla, que le sigue acuchillando la cabeza. Se sitúa desesperadamente sin tiempo de reaccionar.

<<-¿Con quién estaba? –comienza a preguntarse mentalmente Joel -, creo que era mi primo, Jorge.>>

<<¿Qué hacía yo en mitad de ese bosque?. No sé que buscábamos, ni tampoco entiendo que hacíamos ahí. No recuerdo esa imagen, no he visto ese cuadro de baja niebla flotando sobre mis pies, y esos árboles, que no me dejaban ver nada.>>

Con la manga del pijama se frota el sudor frío de la frente e intenta quitarle importancia. <<Será un sueño, como otro cualquiera, aunque un poco tenebroso. Da igual, es una pesadilla, sólo eso.>>

*Que corto se hace el fin de semana, ¿verdad?.* Vuelve a estar en esa casa, entre suciedad y malas palabras, donde la armonía reina por su ausencia. De nuevo es lunes y despierta en casa de sus padres.

Una vez se levanta de la cama se dirige al lavabo, se moja la cara con ambas manos y se aproxima a la cocina. Coge unas magdalenas y calienta un poco de leche. Mientras se caldea ese líquido de cremoso color blanco va a la habitación de su tesoro, su hermana.

Su tesoro está boca arriba, estirada por completo. La manta le cubre medio cuerpo. Con besos despierta a su pequeña, le cambia el pañal y una vez aseada la sienta en el sofá.

Quita la fina capa de nata que produce la leche al hervir y la coloca sobre la mesa en conjunto con las magdalenas. Acoge a su hermana en sus brazos y entre juegos y sonrisas consigue que almuerce.

Con todo su pesar se viste y coge los libros que su tía trajo a casa. Su primo es un año mayor que Joel por lo cual tiene la suerte de poder reutilizarlos para su curso, ya que los dos cursan sus estudios en el mismo colegio.

Se encamina hacia su hermana para besarla y abrazándola se despide de ella con toda su consternación. Preferiría quedarse ahí y pasar el día junto a ella. Así pues, con todo su dolor por la separación de su tesoro, su niña, aunque sea hasta la tarde, baja las escaleras del edificio y sale a la calle. Comienza a caminar y

navegando por el tiempo, sus sueños trascienden, los pensamientos viajan a través de la época, su mente le perturba con los recuerdos del pasado...

*“Una noche de luna llena, una hora de madrugada, a eso de las 04:00h. En una calurosa sala de espera del hospital Valle Hebrón, de Barcelona, varias personas, de una familia cotidiana de la provincia de Barcelona, pero la mayoría de otras provincias de España, esperan ansiosamente el llanto de una criatura.*

*Andrea, así se llama la futura madre, rompió aguas en su casa a las doce y pocos minutos. Su marido Antonio llamó inmediatamente a su hermano que dos calles mas abajo reside donde: con su mujer Carmen y sus dos hijos Carlos y Jorge conviven.*

*Benigno, el hermano de Antonio al cual llaman Beni se levantó de un salto, se colocó las zapatillas y junto a su mujer fueron a casa de su hermano. Carlos tenía ya ocho años y Jorge apenas uno y medio. Sus padres los dejaron al cuidado de su vecina, la señora Jacinta.*

*El futuro hijo de la familia, tenía tanta prisa que los cuatro ocupantes del vehículo (Andrea, Antonio, Carmen y Beni), creyeron ver el nacimiento de la criatura. Pero con el esfuerzo de la madre y la breve calma del niño (Joel), consiguió dar a luz en la segunda planta de la maternidad del Valle Hebrón.*

*Antonio trabajaba en una empresa dedicada a la soldadura junto con su hermano Juan. Éste se había casado con una chica de León, Cecilia. Todavía no habían tenido ningún hijo, pero ya especulaban con ello. A Antonio se le daba bien su trabajo hasta que un día por sus problemas con la bebida le tuvieron que dar el*

*despido. Su hermano se enfureció con él. Trabajaron en la empresa como empleados hasta una época que decayó mucho la faena de su sector. Juan y Antonio, ambos con dos más hicieron piña y levantaron la empresa asociándose.*

*Juan le decía a su hermano, que si estaba contento. Que después de tanto esfuerzo merecía la pena arrojar todo por la bebida. Antonio hizo caso omiso a su hermano y siguió a la suya.*

*Al poco tiempo se colocó como peón en una empresa de construcción, donde pasó una larga temporada.*

*Pasó el tiempo, y Joel fue creciendo hasta llegar a la edad de cinco años.*

*Era un buen chico, un poco rebelde en la escuela, aunque era algo normal teniendo en cuenta su edad. En sus ojos se podía ver perfectamente una inocencia que le invadía. Era muy conformista y daba el todo por el nada.”*

Joel atraviesa la calle principal, y en vez de ir por el camino de siempre se desvía por una ancha avenida que acoge a ambos lados naves industriales. No tiene ganas de encontrarse con nadie, al menos no hasta que no haya mas remedio. Varias personas vestidas con uniforme transitan la avenida con bocadillo en mano. Es la hora del almuerzo en muchas de las empresas.

Joel se cruza con la gente sin levantar la cabeza. Cabizbajo continúa su camino sumergido en sus pensamientos...

*“Mes de septiembre, día 28 del año 1.984, Susana vino al mundo. Ese día Joel se volvió loco, llevaba ocho meses y medio esperando ese mágico momento, desde el día que su joven madre (pues el mes anterior había cumplido veintitrés*

anos), le comentó que iba a tener una hermanita. Desde entonces Joel pasaba los días con el deseo de abrazar tal belleza divina que la naturaleza nos otorga.

Tres días posteriores Benigno fue a recoger a su cuñada a la maternidad. A Joel le podía tanto el deseo que rogó a su tío que le llevara. Éste ni corto ni perezoso lo cogió y le otorgo el ruego. Al ver la cara de su sobrino que desprendía tanta satisfacción no se pudo negar.

*A la vuelta Joel no salía de su asombro.*

*No había un solo momento que Susana lo pasara sola. Joel compartía sus ratos libres con ella, ya no le importaban los juguetes, esos con los que se pasaba horas en su habitación y es que para Joel no había (ni hay todavía) nada mejor en el mundo que esa criatura, que parecía una figura de porcelana, tan frágil. Se veía reflejado en ella, y preguntaba si cuando él nació era igual de guapo. Buscaba entre las fotos los parentescos que le unían a su hermana, y la verdad es que no había muchos, pero él los encontraba.”*

Al final de la avenida está el polideportivo municipal. Enfrente hay unos bancos de piedra en mitad de la ancha acera intercalados por pequeños árboles . Joel se para un momento y se sienta en uno de los bancos. La piedra está muy fría. Suelta la mochila que lleva a sus espaldas y esconde la cara entre sus brazos al recordar lo que pasó días después de que Susana viniera al mundo...

*“Pasaron veinticinco días del gran acontecimiento, y los ojos de Joel se nublaron, la cara se volvió oscura y la alegría se desvaneció, perdió la sonrisa. El estómago de Susana no aceptaba la leche y la vomitaba... Tras dos días de angustia*

*su frágil niña tenía que pasar por quirófano. Le habían encontrado una bola de carne que le obturaba el píloro y por esa razón todo lo que comía lo rechazaba. Dicen que si esto ocurre, suele pasar en el primer parto, o sea en el primer hijo-a. Pero en este caso no fue así.*

*Destrozado, pues no comprendía todavía las particularidades de la vida, los ojos de Joel se embutieron de lágrimas. Para él un quirófano era algo muy aterrador, no podía comprender la pericia y facilidad de la operación, y en aquél entonces se derrumbó.*

*La intervención fue un éxito y poco a poco Joel recuperó la sonrisa. En el momento que pudo verla, estrechó a su hermana en sus brazos, con tanta fuerza que se la tuvieron que quitar. Estaba tan volcado con ella que todavía siendo una criatura sin el conocimiento adecuado, sabía que eso había sido un mal trago y que no iba a ser el único...”*

Joel se limpia las lágrimas con el puño de su suéter y se levanta del banco. Coge la mochila y la carga de nuevo en su espalda. Camina lentamente en dirección al colegio. Ahora tiene prisa por llegar y a la vez no quiere llegar nunca. Se mira la cara en el retrovisor de un coche y ve sus ojos rojos. Al girar dos esquinas estará en el colegio.

En la calle paralela antes de llegar hay una fuente. Joel se desvía y va a la fuente donde se frota los ojos con el agua congelada. Quiere apartar de sí los recuerdos, por eso quiere llegar al colegio y distraerse pero, no con esa cara, no con esos ojos...

*“Seis meses después todavía recordaba aquel día de octubre en el que su corazón se comprimió y la sonrisa se perdió en la marea negra de sus ojos.*

*Susana estaba con un pequeño resfriado, y su hermano se mostraba como su protector, aunque más adelante se daría cuenta de que había escogido ese papel pues, no tuvo más remedio. No dejaba de consultar con el termómetro de mercurio la fiebre. La madre había notado alguna anomalía en su hija, pero no sabía bien el que.*

*Susana quedó como prendida, su mirada se perdió en el blanco del techo de la habitación de matrimonio. Su madre no lo comprendió. Joel no se percató de la situación. Al momento la niña reaccionó con un fuerte llanto.*

*Andrea tras unos momentos de clara impotencia, aturdida y sin una solución al respecto, decidió acudir a urgencias del Valle Hebrón para una aclaración.*  
*<<Será por la fiebre –pensaba.>>*

*Andrea llamó a su madre para que la acompañara.*

*Pararon un taxi en la calle principal del barrio que les condujo hasta la residencia en cosa de minutos. El pequeño Joel estaba muy asustado, sentado en el asiento de atrás, iba envuelto en los brazos de su abuela la cual al verle la cara le tranquilizaba...:*

*-No es nada cariño, es un simple catarro...*

*Las palabras de la abuela chocaban con un ambiente de pensamientos que cercaba y envolvían su cabeza. Por mucho que María, se entregara en calmarlo, su nieto recordaba el pasado, ese mal trago que en su día pasó, y es que la palabra, el lugar, “Valle Hebrón”, le aterraba.*

*Para él era el lugar donde habían comenzado todas sus alegrías, donde Joel y su gran ilusión, Susana, habían venido al mundo, pero esa imagen ya no contaba para el niño, ahora “Valle Hebrón” ya no era un cielo azul, tormentas acechaban en aquellos grandes edificios, desde el día en que su tesoro pasó por quirófano.*

*Subieron a la primera planta, Andrea se dirigió a la ventanilla donde explicó minuciosamente lo ocurrido. La enfermera introdujo todos los datos en un ordenador que figuraba en una mesa contigua a su lado izquierdo.*

*Permanecieron durante escasos diez minutos en la sala de espera. Sus paredes eran blancas como la nieve, una franja de color azul superaba por centímetros las sillas que se adosaban a la pared recorriendo de izquierda a derecha la sala. María se levantó y compró una chocolatina en una de las máquinas situadas en los pilares del recinto. Fue hacia su nieto y le tendió la mano con la chocolatina pero, por mucho que la abuela quitara el envoltorio y le ofreciera con mucho mimo a su nieto, no la comió.*

*Frente a ellos una lona de plástico duro dividida en dos se abría y cerraba constantemente tras el paso de médicos, enfermeras y pacientes. Una mujer de unos treinta años de edad apareció de la gran lona y su mirada recorrió con brevedad la sala al compás de su voz.*

*-Susana González -gritó con fuerza la enfermera para que todo el mundo de la sala la escuchara.*

*Andrea se levantó alzando la mano en lo alto. La enfermera les indicó el camino. En ese instante Joel se levantó de su asiento y se acercó a su madre.*

*-Espera, quiero darle un beso –su voz salió tosca en forma de plegaria-.  
Quiero besar a mi hermana.*

*La madre le acercó esa carita dulce de ojos negros y mejillas melosas. Los labios del chico notaron el calor al besar sus pómulos. La enfermera sonrió y dando media vuelta se llevó a Andrea y Susana tras la rígida lona. De pie mirando fijamente se quedó hasta que la silueta borrosa de ellas desapareció. María le tocó en el hombro y con la palma de la mano agarró la de su nieto haciéndole girar y lo llevó de vuelta a las butacas.*

*El tiempo pasó, se hizo eterno. Andrea salió en una ocasión, pero simplemente para comentar que le estaban haciendo pruebas. Joel quería entrar pero no se lo permitían. Durante unos veinte minutos permaneció con la vista fija en un reloj de pared situado enfrente.*

*Se acercaba la tarde y la abuela le comentaba que llamaría a su abuelo para avisarle. Juan trabajaba en una empresa de productos químicos y entre las cinco y media y las seis llegaba a casa. Eran las cinco y Joel pensaba que con suerte, en breve, se abriría la puerta translúcida y aparecería su hermana en los brazos de su madre, pero eso no ocurrió.*

*A las seis María llevó a su nieto a la cabina que había en la entrada de la sala de espera y llamó a su marido. Habló muy bajo, así que Joel apenas pudo coger alguna palabra. A la media hora aproximadamente apareció Juan en la sala de espera. Se acercó a su mujer y a su nieto. Le dio un fuerte beso a Joel y cuchicheo con su mujer sobre lo sucedido. Al cabo de un rato María se levantó y cogió su chaqueta.*

*-¿Dónde vas abuela?*

*-Nos vamos a casa.*

*-Bueno, cuando salga la mamá le diré que os llame.*

*-No, cariño –le respondió a su nieto un poco estupefacta por la soltura de este y continuó diciéndole-, nos vamos tú y yo.*

*-No –respondió rotundamente. La cara de Joel se puso rígida.*

*-Es muy tarde y no has merendado, nos vamos a casa, el abuelo se queda y en cuanto sepa algo nos llamará. Además seguro que para la cena ya estarán en casa. Prepararé una tortilla de patatas, de esas gruesas que te gustan tanto. ¿Vale?.*

*A Joel le daba igual la tortilla, los juguetes, cualquier cosa; no le importaba nada, sólo su hermana. Él quería salir de allí con ella. Sabía que no podía oponerse demasiado, iba a perder de todas formas. A regañadientes aceptó en contra de su voluntad. No se despidió siquiera de su abuelo.*

*La tortilla estaba encima de la mesa y alrededor de ella María y Joel. El teléfono seguía sin sonar. Esperaba inquieto oír el zumbido del timbre pero no sonó. Su abuela le obligó a comer aunque fuese un trozo con un poco de pan con tomate. María intentaba calmar a su nieto con infinidad de juegos. Pero era imposible. Cálidamente le decía que no pasaba nada. Joel estaba muy enfadado, su hermana no estaba allí.*

*<<De que me sirve tanta palabrería –se decía enfurecido.>>*

*Pasaron los días y seguía sin ella.*

*<<Me han vuelto a separar de mi hermana.>>*

*María comentaba que estaba bien, permanecería unos días hasta que le bajara la fiebre.*

*<<Y a mí que -pensaba Joel-. Quiero verla. Quiero abrazarla y besarla sin respiro, quiero que el tiempo pase deprisa por estar a su lado. Quiero sentir sus lloros, quiero calmar sus lágrimas, quiero acunarla hasta que sus párpados decaigan y se duerma.>>*

*Por fin llegó el día que Susana abandonó el hospital. La tarde era oscura y en cuanto Joel vio a su hermana el cielo se rompió en mil pedazos dejando un azul intenso en lo alto. Su presencia le devolvió la sonrisa. Su cara volvió a tener luz propia. Fue maravilloso, una sensación muy intensa, gratificante a más no poder.*

*Sentados en el sofá de casa de sus abuelos besaba y acariciaba a su hermana sin cesar. La miraba minuciosamente repasando todo su cuerpecito. Se fijó en su rostro y algo le entristeció. No supo bien el qué, no lo entendía, pero su mirada era como un vacío, un túnel que desprendía una tímida luz al fondo. De repente se puso a llorar. Su mirada había perdido el gozo de la juventud, sus ojos ya no radiaban sensación de bienestar.*

*Juan se acercó a su nieto y le preguntó. Joel hizo ademán de que estaba bien, que eran lágrimas de alegría, estaba contento de volver a ver a su hermana. Mintió a su abuelo sin saber el porqué. Pero no fue capaz de explicar lo que veía. No entendía que significaba, no obtenía ninguna respuesta, era una premonición.*

*Algo había ocurrido en ese hospital, por un resfriado nadie pasaba un mes ingresado. Algo no era normal, algo no había salido bien.*

*<<-Solamente sé que algo ocurrió –se dijo Joel-, que mi hermana ha sufrido y su mirada se ha apaciguado en tonos oscuros.>>*

## **“Vuelta a la realidad”**

Joel llegó al colegio.

La puerta estaba a punto de cerrarse. El conserje erguido como un poste estaba en la puerta viéndole llegar. El conserje Alberto siempre tenía cara de enfadado, aunque es era muy farruco en el fondo siempre era un trozo de pan. Era muy estricto con los horarios y las horas de clase, bueno con todo en general. Llevaba una camisa blanca con rayas diplomáticas de azul oscuro, unos pantalones bombachos de azul intenso con un cinturón negro de hebilla dorada que le marcaban una prominente barriga gacha. Un hosco mostacho le cubría todo el labio superior por lo que le daba un aire de diplomático a su cara tan seria.

-Venga niño, que voy a cerrar, date prisa o te quedarás fuera.

Joel no le hizo ni caso a Alberto y con la cabeza encorvada atravesó el hueco que dejaba la puerta a medio cerrar. Caminó a paso lento en dirección a la clase, atravesó el patio y se encontró con sus compañeros que estaban de guasa. Se hizo el dormido y pasó de ellos. Se sentó en la silla apoyando los codos sobre el pupitre y esperó a que pasase el tiempo. Los recuerdos le habían invadido y se encontraba decaído.

Eran las cinco menos cuarto, estaba nervioso, esperaba inquietamente a que sonará el timbre que indicaba el final del día escolar. Se centró en dibujar garabatos en un folio sin escuchar a la profesora temiendo no poder oír el timbre. Por fin sonó

y todos se levantaron inundando la clase con roncros quejidos de las sillas contra el suelo.

-¡Quietos! –levantó la voz la profesora y formuló la pregunta-, ¿he dicho yo, que os levantéis?.

<<-Siempre está igual –susurró Joel -, le gusta imponer su mandato y hacerse respetar. No es mala profesora –siguió diciéndose-, ni tampoco mala mujer, tengo suerte de estar en su clase, pero esa imponencia siempre me saca de quicio.>>

Todos se volvieron a sentar y al cabo de unos segundos, dijo con su sublime autoridad de última hora.

- Ahora podéis recoger y salir de clase.

Joel fue el primero en salir pues cinco minutos antes ya había recogido todo. No esperó a sus compañeros y desapareció entre el gentío que se aglomeraba en la puerta a la hora de salir. Recorrió las calles a la mayor velocidad que sus piernas le permitieron.

Joel, llegó fatigado a casa de la carrera. Frente a la puerta respiró profundamente recuperando el aliento, abrió la puerta y entró. Silencio, mucho silencio.

No había nadie.

La casa estaba vacía y Joel se temía lo peor. En la cocina los platos seguían en la pica sin lavar, pero en realidad seguían ahí desde el día anterior. Las camas sin hacer, el suelo sin barrer y una capa de polvo se ampliaba en los muebles.

Su padre estaba tirado en el sofá con cerveza en mano.

-Hola –dijo sutilmente Joel.

-Ya estás aquí pequeño –le contestó Antonio con desgana sin apartar la vista de la televisión-, ya era hora. Está es la última cerveza que me queda –prosiguió elevando la voz-. Anda baja a buscarme unas cuantas cervezas chaval.

Dejó la pesad mochila encima de la mesa del comedor. Entró en la cocina y bebió un poco de agua. Había pasado la mitad del mes por lo que Antonio le dijo a su hijo que le dijese al del bar que se lo apuntara en su *cuenta personal*.

-Dile al Carlos que mañana se las pago, anda ve.

Viven en un primer piso, Joel bajó los dos tramos de escalera de dos en dos. Al abrir la puerta para salir a la calle se encontró con Fina, la vecina del entresuelo primera. Iba cargada con cuatro bolsas de plástico. Fina vive justo debajo de Joel, ella y su marido nunca han tenido hijos, no les gustan. Sin embargo siempre se han mostrado muy pacientes con los niños de sus vecinos y jamás se han quejado por nada.

-Hola Joel.

-Hola, Fina –le contestó Joel mientras le sostenía la puerta para que pudiese pasar con las bolsas. Fina ya tenía una edad pero aún así se defendía muy bien. En el rellano de la portería había un pequeño hueco que daba a un minúsculo trastero que había debajo del primer tramo de escalera. Fina dejó dos de las cuatro bolsas en el hueco para poder subir mejor las escaleras sin hacer un gran esfuerzo.

-Ya la ayudo, Fina –y cogió las otras dos bolsas que había dejado al lado del trastero. Subió despacio detrás de ella. Al llegar a la puerta ella le dio las gracias y le ofreció diez pesetas por su ayuda. Él las rechazó pero ella insistió y se las metió en el bolsillo del pantalón.

-Cómprate alguna golosina –le dijo la Fina dándole esa opción -, considéralo un premio para después de cenar.

Joel le dio las gracias por los dos duros y volvió a bajar las escaleras. Salió a la calle y caminó hacia la esquina en dirección al bar. Apenas había cien metros de la portería al bar. Abrió la puerta, fue a la barra y se enfiló en un taburete. No había nadie en la barra, se giró a mirar las fileras de mesas que reposaban a la izquierda de la entrada al local, no vio a Carlos. Cuatro personas tomaban unas cervezas en la mesa de la última fila. Iban vestidos de azul con un chaleco naranja, por lo que imaginaba que eran obreros y que su turno había finalizado por hoy. Joel esperó en el taburete haber si aparecía alguien. Se metió la mano en el bolsillo y acarició las diez pesetas pensando mientras tanto en que se las iba a gastar.

-Hola, ¿qué te pongo, hijo? –le preguntó una mujer que salió de una puerta con un letrero de “almacén”, que había al final de la barra, al lado de los aseos.

Era Diana, la hermana mayor de Carlos, llevaba un delantal blanco manchado a la altura de la cintura. Joel se la miró con cara de niño bueno, le daba mucha vergüenza siempre que su padre lo enviaba a comprar fiado.

-Mi... padre... –tartamudeó Joel tímidamente-, dice que le suba seis latas de cerveza.

-¿Naturales o frescas? –le preguntó Diana, mientras lo observaba detenidamente, lo que hizo que Joel se pusiese más nervioso y se ruborizara. Pensó un momento y con apenas un hilo de voz le dijo:

-...da igual.

Diana volvió al almacén y regresó con las latas de cerveza, las puso sobre la barra y le dijo al niño el coste de éstas.

Había llegado el momento en que peor lo pasaba Joel. Sus mejillas se sonrosaron, cruzó las piernas por el taburete y se rascó la cabeza como el que no quiere la cosa.

-Dice mi padre... –cogió aire-, que mañana te las paga –ya, ya lo había dicho, soltó el aire pero al ver la cara de Diana se dio cuenta que la cosa no acababa ahí. Se preparó para escuchar el sermón.

-Mira chico –comenzó a explicarle-, dile a tu padre –Joel agachó la cabeza-, que esto es un bar y que aquí no fiamos a nadie, que si quiere vaya al banco a pedir un préstamo...

La puerta del bar se abrió, era Carlos. Miró a su hermana Diana, vio las cervezas sobre la barra y a Joel cabizbajo en el taburete. Al darse cuenta de lo que ocurría se aproximó a su hermana y la agarró del brazo.

-Déjalo, no ves que es un crío –miró a Joel y le dijo-, anda hijo lleva las cervezas a tu padre pero, dile que quiero hablar con él -Joel cogió las cervezas con las dos manos y se acercó a la puerta. Antes de salir miró a las mesas y vio que los obreros lo estaban mirando. Se sonrojó todavía más y los ojos se le pusieron vidriosos de rabia.

Salió del bar conteniéndose para no llorar, enfrente estaba la tienda de Julia, una pequeña bodega de barrio que llevaba tantos años casi, como los cincuenta que ella tenía. Joel pasó de largo sin inmutarse al ver las golosinas que había en el mostrador. Avanzó con zancadas largas hasta llegar a la puerta de casa. Esta vez subió los escalones de tres en tres, abrió la puerta de casa y antes de entrar al comedor se introdujo en el lavabo que se encontraba al lado del recibidor. Apoyó las cervezas en la tapa del water, abrió el grifo de la pica y se enjuagó la cara con las

manos. Se secó con una toalla que se encontró en el suelo detrás de la puerta, la toalla era blanca, mejor dicho *era...* Se frotó la cara para secarse, cogió las cervezas y salió del baño.

-Muy bien niño –dijo su padre al entrar Joel al comedor con la compra.

Lo miró enojado, una furia le recorrió por el cuerpo agolpándose en sus mejillas. Joel se contuvo y pensó donde estaría su hermana, suponía que su madre la habría llevado al parque.

-¡Mierda! –gritó Antonio dándole una colleja a su hijo-. Están calientes. Qué pasa chaval, ¿cómo que no las traes frías?. Esto parece meado de burra.

-No tenían frescas –mintió Joel acariciándose la nuca-, lo siento.

-Ves a poner las demás cervezas en la nevera, pero deja un par en el congelador para que se enfríen.

Su hijo obedientemente hizo lo que se le exigió.

Después Joel se encerró en su cuarto y llamó a su primo Jorge. Dialogaron un rato y se tranquilizó. Hizo los deberes que le habían puesto en el colegio, eran pocos así que terminó pronto. Sus tripas resonaron y reclamaron comida. Atravesó velozmente el comedor para no topar con su padre adentrándose en la cocina.

-Joder con el crío –rechistó su padre-, ¿no ves que estoy viendo una película?. No me molestes.

Hizo caso omiso a la queja de su padre, abrió la nevera y rebuscó algo de comer, no encontró nada. Buscó en los armarios pero no había ni una mísera pasta. Vio la bolsa del pan la palpó y notó algo. Introdujo el brazo y sacó un currusco de pan duro, lo pasó por agua y emblandecido se lo comió.

Volvió a su habitación escuchando de nuevo quejarse a su padre cuando cruzó por delante de su campo de visión. Cerró la puerta de su habitación y se tumbó en la cama. Las tripas habían dejado de hacer ruido. Respiró profundamente, abrió la persiana de la ventana y contempló el cielo. Pasados unos minutos, su estado era más tranquilo, su respiración parecía volver a la normalidad. Pensó en la carta que encontró y en las ganas que tenía de saber como continuaba. La carta quedó escondida entre el colchón y el somier de casa de sus abuelos. Cuando despertó al día siguiente no se acordó de ella y cuando lo hizo ya era demasiado tarde para cogerla. Tendría que esperar al próximo viernes.

Eran ya las siete.

Cansado de esperar a que volviera su hermana y aprovechando que su padre dormía en el sofá decidió irse a buscar a su primo. Su casa estaba a tan solo dos manzanas.

Al pasar por la bodega de Julia buscó las diez pesetas en su bolsillo. No estaban. Las había guardado en la hucha que escondía en lo alto del armario de su habitación. Tenía unas ochenta pesetas ahorradas, que guardaba para comprar un nuevo chupete a su hermana.

<<Las golosinas pueden esperar –dijo Joel consolándose-, ahora ya tendré unas noventa pesetas, pronto le podré comprar el chupete.>>

Llegó al edificio donde vivía su primo. Estiró el brazo para alcanzar el timbre y lo presionó. Su tía respondió y le dijo que era Joel. La cerradura hizo un ruido y Joel empujó la puerta, subió cuatro tramos de escalera hasta llegar al segundo piso.

-Hola tía.

-El primo está en su habitación.

Joel recorrió el largo pasillo en forma de L que le condujo a la habitación de su primo que se aposentaba al fondo de éste. Picó en la puerta y entró. Su primo estaba sentado sobre la cama con su órgano de color blanco tocando no sé que.

-¿Qué haces? –le preguntó Joel.

-Nada interesante, pasando el rato –se explicó Jorge-. Pruebo si me sale la canción aquella de “*Europe*”, ¿te acuerdas?.

Joel asintió con la cabeza.

-Y qué, ¿cómo lo llevas?.

-La verdad empieza agobiarme, hoy no es mi día.

-Yo también estoy igual –le contestó sincerándose con él-. ¿Nos vamos al frontón?. ¿Te apetece?.

-Vamos –asintió Jorge levantándose de la cama-, total ya estoy cansado de estar en casa y además no me sale nada. ¿Nos llevamos el balón? –preguntó a Joel.

-Como quieras –contestó-, me da igual.

-Pues venga, me lo llevo y nos echamos unos chutes y descargamos adrenalina un rato.

Bajaron a la calle, giraron en la primera esquina y atravesaron el parque de las palmeras. Lo llamaban así porque era un parque de unos ochocientos metros de largo, con unas estrechas aceras a los lados y en el centro todo un campo de arena que en sus orillas aposentaba una palmera, un banco de madera, otra palmera otro banco y así sucesivamente.

Cruzaron el parque jugueteando con el balón. Una vez al final del parque pasan por una ancha calle que separaba el parque de los “*pisos rosas*”. Unos

edificios muy altos con su fachada pintada de rosa suave. Una media luna de gran tamaño dibujaba el relieve de todo el frontón frente los *pisos rosas*. La primera parte era un suelo de mármol repleto de árboles y bancos de piedra. A un costado, a un nivel inferior unos columpios, unos bancos de madera color verde y un pequeño estanque con peces. En el frente unas escaleras concurrían a un nivel todavía más bajo con un descampado de baldosas blancas. Y a su derecha unas escaleras de un metro de ancho te trasladaban al foso, al frontón.

Estaba prácticamente vacío. Excepto algunas personas de avanzada edad que dialogaban en los bancos de piedra. Al pasar les deleitaron con una mirada y prosiguieron a lo suyo. Descendieron las escaleras y en la explanada de baldosas blancas proyectaron unas carreras con el balón. Luego bajaron al frontón y palearon el balón contra la pared donde descargaron la rabia contenida. Jugaron al frontón igual que con raqueta y pelota de tenis pero con un balón de fútbol de cuero que encontraron un día en "*los huertos*".

Para ir a la barriada contigua había una avenida muy larga. Pero en la parte de atrás de donde vivía el primo de Joel un torrente te llevaba por un diminuto polígono industrial. Al pasarlo encontrabas unos huertos y algunas barracas. Un puente cruzaba las vías del tren que atravesaban *los huertos*. Después un campo de fútbol de tierra bastante deteriorado, otro puente cruzaba otras vías que y te llevaba a la barriada de San Andrés. Utilizaban mucho ese camino para ir de Buen Pastor a San Andrés, y un día del pasado verano que fueron a la piscina de la Pegaso de San Andrés, puesto que en la barriada todavía no había ninguna piscina, se toparon con el balón de cuero en esos huertos.

Reventados de tanto patear el balón, se sentaron en las escaleras a descansar. Charlaron durante un rato de cosas sin importancia. Joel estaba tan enrabiado con lo sucedido esa tarde con su padre, que pasó por alto lo ocurrido con Cecilia y el descubrimiento de la carta. Su primo se puso en pie.

-Son las nueve. ¿Qué hacemos?. ¿Nos vamos?.

-No sé tío, como quieras. Yo la verdad, no tengo muchas ganas de ir a casa.

-¿Por? –preguntó Jorge al notar algo extraño en su voz-. ¿Pasa algo?.

-Nada en especial. Pero ya sabes, lo de siempre.

-Bueno –contestó su primo cambiando el tono de voz-, pues vamos a las palmeras un rato y a las nueve y media nos vamos.

Joel aceptó la proposición y se puso en pie.

-Pues venga, vamos a las palmeras.

El tiempo se echaba encima, se levantaron del primer banco de las palmeras en el cual solían sentarse. Joel acompañó a su primo a su casa para hacer tiempo. Se despidieron y Joel marchó a casa.

Subió las escaleras y se paró en el rellano del primer piso donde vivía. Escuchó voces detrás de la puerta.

<<-¡Mierda!. Otra vez.>>

Abrió la puerta y pasó directamente al lavabo haciéndose el tonto. Sus padres se percataron de su llegada. Joel hizo pis y tiró de la cadena. Pasó al comedor, su padre seguía tirado en el sofá.

<<-Como no sigue en el mismo sitio de siempre, no se vaya a herniar.>>

-Que pasa chaval, ya era hora –dijo Antonio.

Joel no contestó.

La madre salió de la cocina y le puso un plato con cuatro patatas y un trozo de carne encima de la mesa.

-Anda cena –se dirigió a su hijo despectivamente.

El plato estaba frío. Miró la cara de su madre. Roja y muy seria. Pensó si su padre le habría puesto la mano encima. Cogió el plato y se lo llevó al cuarto. Cerró la puerta y escuchando como su padre gritaba en el comedor se comió las frías patatas.

<<-¡Qué asco!. Vaya mierda de vida –decía Joel en la penumbra de su habitación dejando la mitad del bistec y unas cuantas patatas.>>

Dejó el plato encima del escritorio y se metió en la cama. Pensó en lo que ocurrió con Cecilia. Vagó por lo ocurrido en el día. La rabia se apoderó de él nuevamente al recordar la escena del bar. Había descargado mucha de su rabia por la tarde en el frontón. Pero de que le servía. Llegaba a casa y se encontraba nuevamente con la misma historia.

Joel se tapó con las sábanas hasta la cabeza. Acurrucado bajo las mantas intentó dormirse lo antes posible para no tener que aguantar los malditos gritos de sus padres.

*-Borracho asqueroso –dijo en voz alta tapándose los oídos debajo de las sábanas.*

## “María”

Pasaron los días y por fin llegó el viernes. Eran las cinco menos cuarto y Joel se mostraba nervioso, excitado, intranquilo en su pupitre del colegio. Los quince minutos se le iban hacer eternos, pensaba en su abuela María, *estará en la puerta esperándome*. Su recompensa estaba a punto de llegar, su felicidad, el cambio de casa estaba a punto de realizarse.

Diez minutos.

Joel miraba a la profesora sin atender sus palabras, veía el movimiento de sus labios sin cesar, pero no la escuchaba.

Cinco minutos.

Los labios parecían moverse cada vez más rápido, pero seguía en su mundo sin entender o alcanzar a oír sus palabras. Joel estaba ya en el patio de sus abuelos, leyendo la carta de Cecilia, jugando con sus amigos en la fuente, cenando con Juan y María en un ambiente hostil.

-Bueno, ya podéis salir, recordar la lección para el lunes –esas fueron las únicas palabras que Joel escuchó-, que paséis un buen fin de semana.

El primero en salir de la clase fue él.

-Joel –chilló una compañera.

Pero Joel no la escuchó. Salió corriendo atravesando el grande patio que le separaba de la puerta de entrada. El portero ya preparado se mostraba frente la puerta granate de hierro. A través de los barrotes Joel buscaba a su abuela. *¿Dónde está?*,

*no la veo...* El viernes siempre era un día especial para él y por el tumulto de gente que se atiborraba en la puerta, también para otras personas.

El portero abrió la puerta.

Joel avanzó entre la multitud alocadamente en busca de su abuela. Muchas personas se aglomeraban en la puerta del colegio, se abrió paso entre la multitud; las ganas de abrazar a María lo enloquecía, el reloj ya había llegado a su hora, su hora feliz. Fueron segundos, quizás un minuto pero se le hizo eterno. Al final del gentío se alzaba la menuda figura de su abuela, esperando a su nieto con una gran sonrisa y ojos melosos. Joel se arrojó a sus brazos que abiertos de par en par le ofrecieron el cobijo que tanto anhelaba.

María cogió la cartera de su nieto y le tendió una bolsa de plástico con golosinas.

-No comas mucho cariño, coge una o dos, que cuando lleguemos a casa te prepararé la merienda. Guarda para mañana.

La voz dulce de su abuela lo envolvió todo de nuevo en ese mundo maravilloso de paz y felicidad. Caminaron lentamente dirección a la casa mientras Joel disfrutaba de todo momento, todo detalle. Joel sabía a la perfección que el tiempo pasaba deprisa y quería disfrutar hasta el más insignificante momento.

*La abuela María, nació a finales de marzo con la llegada de la primavera, en el año mil novecientos treinta y seis. Su padre nació en Bilbao y su madre en un pueblecito de Burgos. Miranda de Ebro un pueblecito de pastores, labradores y campesinos. Nemesio, su padre, se espabiló rápidamente en el campo labrando tierras. Durante años trabajó duramente labrando las tierras de otros, aprendiendo*

*todo lo posible de las tierras. Un buen día le surgió la oportunidad de hacerse con unas hectáreas, la decisión fue difícil, el poco capital que abarcaron en esos años de duro trabajo no les daba para cubrir la oferta. Nemesio hizo cuentas, discutió varias formas con su mujer para obtener las tierras, pero ella se echaba atrás, no se decidía. Sofía su mujer, era más reservada, se basaba en el dicho “más vale pájaro en mano que ciento volando”. La idea le atraía, pero no lo veía claro. La única posibilidad era la de apalabrar el piso que tenían de propiedad, para poder alcanzar la oferta.*

*Ese era el miedo de Sofía, el piso. En ese piso había vivido toda su vida. Su madre lo dejó en herencia a sus hijas, la hermana de Sofía era mayor que ella y muy joven quedó en estado y marchó de casa. Cuando la madre falleció Sofía y su hermana llegaron al acuerdo de que Sofía se quedaba con el total de la vivienda a cambio de una suma razonable de dinero.*

*Una semana más tarde mientras Nemesio tomaba el café en la cantina del pueblo el dueño de las tierras apareció.*

*-Buenas tardes, Sr. Martínez.*

*-Buenas tardes, Nemesio.*

*-¿Desea tomar algo? –le preguntó cortésmente Nemesio.*

*-La verdad es que vengo a verte, necesito una respuesta.*

*Haciendo caso omiso Nemesio le pidió un café.*

*-Sentémonos en la mesa Sr. Martínez –Nemesio hizo un ademán con su brazo indicándole la mesa. Cogió los cafés de la barra y los llevó detrás del Señor.*

*-Verá Sr. Martínez la verdad es que yo iba a pasar a visitarlo este fin de semana.*

*-Muy bien, me alegro. Entonces, ¿tiene una respuesta para mí?.*

*-Es que..., estoy interesado... –silencio-, mi mujer y yo..., pero verá...*

*-Miré Nemesio, sinceramente lo siento pero es que dentro de dos semanas marchó del pueblo me voy a Guadalajara a vivir con mis hijos. He comprado un piso allí, ya sabe a mí edad que mejor que al lado de la familia –alzó la taza y dio un sorbo al café-. Me sabe mal Nemesio pero quiero marchar dejando todo arreglado, no quiero volver, a mis años no estoy para viajar. Tengo un par de hombres que quieren las tierras y tienen una decisión más firme.*

*-Sr. Martínez, déme usted dos días, hasta el domingo. Estoy muy interesado y quiero las tierras, pero ya me conoce soy un simple labrador que lo único que tiene es un piso y porqué es de herencia.*

*-Lo sé Nemesio, lo sé. Por la amistad que nos une y la humildad que tenéis, yo sería muy feliz marchando sabiendo que mis tierras quedan en vuestras manos, pero comprender que necesito el dinero.*

*-Déjeme hasta el domingo Sr. Martínez, voy apalabrar el piso y le compraré las tierras.*

*-Nemesio, discúlpeme pero ya sabe lo que es el trabajo del campo. Si le van mal las cosas perderá las tierras y no tendrá cobijo. Pienselo bien, yo no creo que lo vea pero, no me gustaría que lo perdiera todo, siempre puede seguir trabajando para los demás que es más seguro.*

*Nemesio se levantó de la mesa.*

*-Sr. Martínez, el domingo le diré si acepto su oferta.*

*-Está bien, amigo mío. Pero no arriesgues demasiado.*

*Llegó el domingo y Nemesio consiguió apalabrar el piso con el consentimiento de su mujer. Sofía aceptó con mucho sufrimiento, pensaba que el patrimonio de su familia podía finalizar en otras manos. Aunque con el paso del tiempo no perdieron el piso y el trabajo en el campo cada año iba mejor. Aunque Sofía no perdonaría a su marido y le guardaría un rencor que pagaría con la llegada de sus hijos.*

## “Tiempos de labranza”

Joel y su abuela entraron en el mercado.

El mercado abría solamente por las mañanas exceptuando los viernes que también lo hacían por la tarde. María quería pasar por la parada de Trinidad, una amiga de muchos años. Comentó a Joel que necesitaba algo de embutido. Era una de las pocas cosas que compraban sus abuelos en el barrio, todo lo compraban en San Adrián. Las costumbres humanas.

Al llegar a la parada María pidió su tanda, Joel cerró la bolsa de las golosinas. Ya había comido bastantes, no quería hacer enfadar a su abuela. Esperó pacientemente al lado de su abuela, mientras María hablaba con otras mujeres que esperaban su turno.

-¿Qué tal está tu hermano? –preguntó una señora de pelo ondulado a María-. Creo recordar que me comentaste que lo habían operado, ¿verdad?.

-Sí. Hace días que no vamos a verlos, están tan lejos hija. Pero ayer hablé con él por teléfono y estaba mejor –su hermano había sufrido rotura de tibia y peroné en una aparatosa caída mientras trabajaba. Tuvieron que intervenirle para colocarle unas placas-. Ya era capaz de tenerse en pie con las muletas me dijo, aunque no sé si creérmelo.

*María fue la más pequeña de cinco hermanos, de mayor a menor: Nemesio, Marcos, Teresa, Ricardo y María. Los niños empezaron a trabajar en el campo con*

*su padre a la edad de doce años. Teresa ayudaba a su madre en las faenas de la casa y cargaba con la responsabilidad del cuidado de su hermana pequeña, María.*

*Nemesio, Marcos y Ricardo pronto se convirtieron en hombres y con ello en machistas compulsivos de la época. Teresa estaba harta de la casa, habló con su padre para ir a trabajar las tierras asistiéndoles en lo que fuera posible. Sofía se negó rotundamente pero Teresa ya no era tan niña y se reveló contra su madre. Nemesio al ver la situación actual de la familia decidió llevarse a la niña al campo para que ayudara en lo posible en la recogida de patatas aún, con la inconformidad de su mujer.*

*María con diez años recién cumplidos pasó de niña a mujer tras el comportamiento de Teresa. Sofía obligó a su hija pequeña a tomar riendas en la casa a una edad muy temprana. Sofía ponía a los hijos en contra de su padre en cualquier oportunidad que se le otorgara. A sus hijos varones los machacaba con historias y malos modales inciertos de su marido. Poco a poco ellos fueron revolviéndose en contra de su padre. Comenzaron por el trato que les daba Nemesio en el campo, y acabaron por injustas historias de los cuidados de él hacía su esposa.*

*El matrimonio tambaleo durante un tiempo por esa contra que Sofía creó. Nemesio muy enojado por las tretas de su esposa permaneció más de sesenta días sin mediar palabra con ella. Durante los primeros cuarenta días, incluso durmió en el sofá pero, su espalda se resentía y no podía trabajar como Dios manda en la recogida de la temporada, así que cedió en volver a la cama al lado de su esposa, pero eso no alteró la situación en la que se encontraban.*

*Con el tiempo el rechazo de María hacia su madre progresó. Sofía mostró simpatía y otorgó el sentimiento de madre a sus otros hijos, pero cuando llegó el*

*momento de María fue como si se hubiera agotado, como si no hubiese más agua en el pozo. El trato que recibía por parte de su madre era frío, muy gélido..., el día a día en la casa era como un trabajo cualquiera, su madre ejercía más bien como ama que como madre.*

*Nemesio al percibir la situación de su hija pequeña, comprendió el trato de su esposa. María desde bien chiquita había mostrado más afecto hacía su padre; su madre y hermana no tenían tiempo para ella y sus hermanos, bueno ellos, que vamos a contar, ellos simplemente hombres de la época, jóvenes machistas. Nemesio era la única persona que mostraba cariño hacía la pequeña. Llegaba de noche, cansado y abrumado, pero siempre después de la cena le deleitaba a su niña un buen rato de juegos y diversión, o simplemente el calor de un padre, tumbados en el sofá bajo una manta cuchicheando chorradas para que María sonriera.*

*Todos sus hijos le dieron de lado de bien pequeños, Nemesio pensaba que su mujer ya le había hecho pagar suficiente, así que se aferró a su hija pequeña. María a la edad de catorce años le pidió a su padre que la llevara al campo para poder pasar el día con él. Sofía se puso histérica, no podía permitir tal ofensa de su hija María, ella era la pequeña, era la responsable de ayudar en la casa y después más tarde cuidar de su madre.*

*Cumplidos los catorce años María fue con su padre al campo, las represalias de Sofía no sirvieron de nada. Nemesio puso en contra a su mujer e hijos por ese acto, pero pensó que tanto daba, pues con anterioridad ya lo estaban por culpa de su mujer. Sofía había cumplido su palabra por apalabrar el piso de su familia por unas tierras; unas tierras que les daban de comer. Calumniaba a su marido y lo criticaba sin cesar a sus espaldas, pero para María eso fue indistinto. Ella se daba cuenta de*

*los caprichos malignos de su madre y el reproche de ésta hacia su padre. La muchachita aún de temprana edad comprendía la situación, se daba perfecta cuenta de los comportamientos de su madre y entendía a la perfección el inicio de éstos.*

*Con los años María transformó el rencor sentido por su madre ha indiferencia. No lo pasaba muy bien en la casa, la apatía de su familia alrededor de ella era notable, para ellos ella era como de la oposición. Su padre la cautivó y endulzó durante años convirtiendo el trabajo duro del campo en algo más llevadero, un trabajo duro pero armonioso, como cuando suena una bella sinfonía en medio de una tormenta.*

*María se hizo mujer, tenía veinte años, de facciones marcadas, ojos marrones, pelo negro y abultado de fino cabello, nariz chata y simpática, con un cuerpo curvilíneo y muy jovial, piernas largas y cintura estrecha. Aprendió lo básico en cuanto a estudios nos referimos, leer y escribir con todo tipo de faltas ortográficas, tampoco necesitaba muchos estudios, sabía todo del campo, <<en el trabajo de la tierra no se necesitan estudios, solamente cabeza y ganas de trabajar>>, comentaba siempre su padre.*

*La mala suerte de ese año fueron las tormentas que arrasaron toda la cosecha, era el segundo año consecutivo que sufrían este percance. Las ganancias disminuyeron considerablemente y en casa la escasez de comida se apreciaba. Marcos fue el primero en dejar las tierras y marchar a la ciudad de Bilbao. Marchó a trabajar en la construcción, proponiendo por excusa que era una buena solución a las pérdidas de los dos años anteriores, era una boca menos que alimentar y procuraría enviar dinero todas las semanas. Nemesio no estuvo muy de acuerdo con*

*la marcha de Marcos puesto que era verdad que era un plato menos de comida que servir, pero al igual también era mano de obra que perdía.*

*La marcha de sus hijos Nemesio y Teresa a Barcelona todavía fue peor. Evocaron la misma excusa de su hermano Marcos, Nemesio se puso furioso y se opuso rotundamente a la marcha de éstos. No podía ser, solos Ricardo, María y él. <<¿Cómo iban a cuidar tanta tierra?. Y si fuésemos capaces de la siembra y mantenerla, ¿qué haríamos después para la recogida?. La mitad se echaría a perder, no daría tiempo>>. Nemesio y Teresa igualmente emprendieron su viaje a Barcelona en busca de cobijo.*

*Nemesio molesto por la actitud de los suyos cambió mucho el humor durante los primeros meses. María no reconocía a su padre y su madre todavía era peor, le echaba las culpas a su marido de la marcha de sus hijos. María no entendía como su padre era capaz de aguantar, Sofía lo machacaba psicológicamente.*

*<<-Por tu culpa perderemos el piso –ese era el saludo de buenas noches, cada día Sofía se lo repetía, era un machaque constante>>.*

*Ricardo y María comenzaron con la siembra animando a su padre. A Nemesio le costó mucho sufrimiento el reponerse pero tras un gran esfuerzo complementado por sus hijos lo logró.*

*Pasaron el año entero trabajando sin descanso. Pusieron todas sus ilusiones y energías pero no fueron suficientes. Al finalizar la temporada no ganaron para cubrir más de tres meses en víveres. Nemesio estaba destrozado y buscaba una solución desesperante. Ricardo no dejó el pueblo ni la casa pero si buscó trabajo en las tierras de otros hombres. Nemesio no quería darse por vencido, algo tenía que hacer pero, ¿el qué?. <<¿Qué podría hacer?>>. Desconsolado y sin el apoyo de su*

*mujer pues Sofía todavía añadía más leña al fuego, paseo durante días por las tierras de otros hombres buscando una solución, una manera de hacer frente a la situación.*

*El domingo salió a pasear, visitó varios campos de antiguos compañeros de trabajo. A la vuelta paró en la cantina y sentado en la mesa con café en mano recordó la conversación mantenida hace ya unos veintiocho años con su amigo y vendedor Sr. Martínez.*

*“-Nemesio, discúlpeme pero ya sabe lo que es el trabajo del campo. Si le van mal las cosas perderá las tierras y no tendrá cobijo. Pienselo bien, yo no creo que lo vea pero, no me gustaría que lo perdiera todo, siempre puede seguir trabajando para los demás que es más seguro.”*

*Pensó en la sabiduría de su amigo que posiblemente ya no estaría entre los vivos, y allí sentado al igual que veintiocho años atrás imaginó la misma situación pero cambiando el bando.*

*Recordó las palabras que le dijo cuando finalizaron la conversación.*

*“-Está bien, amigo mío. Pero no arriesgues demasiado.”*

*El piso no corría ningún peligro las tierras ya estaban pagadas desde hacía cinco años. Era mayor y el único riesgo que él creía que corría era el de arruinarse por mantener las tierras, últimamente daban lo justo para comer y a veces en todo el día sólo se hacía una comida en casa. Deambuló por senderos de su mente intentando resolver acertijos y crucigramas que se le oponían por delante.*

*<<-Sr. Martínez, tendré que hacer de usted>>.*

*Lo mejor era vender las tierras pensaba, era la solución a todos sus problemas, volvería a trabajar para alguien, estaba algo mayor pero todavía podría soportar unos cuantos años y con lo que les dieran de las tierras podrían sobrevivir.*

*A María le sentó fatal la decisión de su padre, aunque más tarde comprendió que no había otra salida. Nemesio buscó un comprador generoso, con tierras, alguien con dinero fresco. Pasaron dos semanas pero no encontraba nadie. Sólo campesinos que se querían endeudar hasta las cejas para salir del duro trabajo de otros para convertirse en el duro trabajo de ellos, al igual como hizo Nemesio en su día.*

*Al enterarse de la situación, Teresa envió una carta en la que les contaba que podía buscarle un trabajo a María en un restaurante para servir mesas en Barcelona. Podría vivir con ella y su marido, era un piso pequeño de alquiler en las afueras de la ciudad de Barcelona pero había sitio para ella. Había dos habitaciones pero como de momento no tenían hijos les quedaba una libre. Teresa pensaba en lo que su hermana pequeña podía aportar en casa más que en la posibilidad de ayudar a sus padres. Le vendría bien alguien que le ayudara en la casa.*

*María comentó a sus padres en la comida del domingo, que no quería marchar. Su padre sonrió y le mostró su apoyo pero a la vez la convenció para que fuera con su hermana.*

*<<–Allí tendrás un futuro mejor hija mía –le expresó Nemesio con todo su dolor>>.*

*Ella se percató de que no había que hacer. En breve comenzaría una nueva vida, iba a la ciudad. En parte se mostraba complacida por el hecho de ir a una ciudad donde poder trabajar y labrarse un futuro. Se desprendería de su madre y de sus achaques de odio. Sin embargo sentía mucha nostalgia y dolor por dejar la compañía de su padre y sobretodo por dejarle sólo en aquella casa donde su madre le agobiaría y ahogaría sin dejarle apenas respirar.*

## “Una nueva vida”

-Me alegro que tu hermano Nemesio esté mejor.

-Gracias –dijo María a la señora del pelo ondulado.

La parada era espaciosa en comparación con las demás era una de las más grandes. Trinidad había sido de las primeras en coger una parada cuando se construyó el mercado. Estaba situada en la puerta principal y ocupaba toda la esquina.

Cuando les llegó el turno Trinidad saludó a María y le dio un par de tacos de jamón a Joel. Dio las gracias y se los zampó. Deliciosos.

-¿Te gusta? –preguntó María a Joel, y éste puso una sonrisa-. Eres muy lista Trinidad –dijo al volverse y se le escapó una sonrisa-, ponme doscientos gramos de ese jamón.

-Son muchos años María, ya lo sabes. Hoy hace veinticinco años que tengo la parada. Veinticinco –repitió-, como pasa el tiempo. Tú también hace una pila de años ya... que viniste a Barcelona...

-Sí –afirma-. Parece que fue ayer. Los años no pasan en balde Trinidad. Ya lo ves. Juraría que la semana pasada todavía estaba en el restaurante de San Andrés y fíjate. Hace más de veinticinco años.

*El viaje a Barcelona fue largo, apenas pasó una hora y ya extrañaba a su padre. María pasó su trayecto envuelta en recuerdos nostálgicos de su niñez,*

*revoloteando libremente por el campo a brazos de su padre, sonriendo en multitud de recuerdos y llorando a medida que el tiempo pasaba y se acercaba cada vez más a su nueva morada.*

*Entrando a la provincia de Lérida atravesó pequeños pueblos de características semblantes a lo que dejaba atrás. Eso la hizo sonreír. Se fijó en las parcelas y en los arados, en las plantaciones y en los huertos. La mayoría de casitas que divisaba tenían a su espalda una parcela con un huerto repleto de verduras y hortalizas. Recreó en su mente esos huertos atrayendo las imágenes de las tierras de papá, imaginó las tierras del pueblo divididas en pequeños huertos. No sabía la exactitud, pero en su mente se figuraban muchos huertos. Pensó en la remota idea de partir las tierras de su padre. Sí. Era una buena idea. Se dijo que podría funcionar, pensaría en la manera, se estrujaría el coco buscando la manera. Así pasó las siguientes horas de su viaje, enmarañando posibles maneras para conseguir una solución al respecto.*

*Llegó a Barcelona donde la recibieron sus hermanos. Hablaron largo y tendido camino de casa de su hermana, su nuevo hogar, aunque... esperaba que fuese pasajero, algo temporal. María le comentó lo que había visto en Lérida y lo que suponía para ella. Teresa hizo ademán de escucharla con incredulidad y le cambió el tema. A María no le gustó la actitud de su hermana e intentó volver al tema de las tierras de papá. Era una buena idea, si vendía las tierras por parcelas siempre le quedarían tierras donde trabajar, podrían vivir tranquilamente y su padre seguiría trabajando para él, con menos hectáreas pero, con menos esfuerzo y trabajo. Igualmente ahora sólo eran dos, sus padres.*

*Teresa siguió en sus trece e ignoró las habladurías de María. A Teresa no le importaban ni las tierras y al parecer, ni sus propios padres. La ciudad le había entregado otro tipo de vida que la cambió completamente. Su hermana le habló del restaurante Paraíso donde le esperaba al día siguiente el dueño para hablar con ella.*

*-No será un gran sueldo, pero de momento viviendo en casa no tendrás problema –Teresa miró a su hermana a los ojos con autoridad, esa autoridad con la que siempre había mostrado un cierto desprecio hacia su hermana pequeña-. Además es lo único que he podido encontrar. Y lógicamente como comprenderás al vivir en casa algo tendrás que aportar, eres una boca más que alimentar.*

*Las palabras de su hermana le volvieron a la realidad. Por un instante María no recordaba el carácter de Teresa y menos se acordaba del rencor que la tenían todos por ser la niña de papá. El tiempo había pasado, pero ellos no habían cambiado. Vivían en la ciudad desde hacía muchos años, y se habían acomodado a la vida de aquí, ya no se acordaban del campo, no se acordaban del trabajo en las tierras y mucho menos de volver allí.*

*María asintió de mala gana. Suponía lo que iba a ocurrir, nada habría cambiado con respecto al pueblo y a los tratos de sus hermanos hacia ella. La verdad que tenía una pizca de esperanza, pero se dio cuenta de que eso no iba a pasar y pronto se desvaneció esa idea.*

*Al día siguiente fue al restaurante, era sábado. Su hermana no se molestó en acompañarla, le explicó el camino y por quién tenía que preguntar. Le mostró su autoridad en la casa diciéndole que se comía a las dos y que si no estaba de vuelta a*

*esa hora volviera más tarde, después de la siesta, porque como Teresa decía: <<a las dos se come y la cocina permanece cerrada hasta las nueve>>.*

*María entristeció al acordarse de su padre. No sabía que era mejor, si la convivencia de su madre o la de su hermana. Eran muy parecidas aunque parecía ser que su hermana mayor era más dictadora. Ese afán de autoridad le trastocó de una manera que más, que una mujer, se había convertido en un hombre, un hombre de la época, un machista.*

*Por la noche escribió a su padre una extensa carta donde le explicaba con todo tipo de detalles lo que había visto en la provincia de Lérida. Conjeturó en la manera de dividir las tierras y formar parcelas para su venta. En ningún momento mostró ninguna pincelada de añoranza en sus palabras para fortalecer la nostalgia de los dos.*

*Al llegar al restaurante preguntó por Javier a un chico joven de unos veintidós años de edad que servía tras la barra. Una barra grande y espaciosa que en forma de media luna lo encerraba. El joven de ojos rasgados, menudo pero fornido, con unas facciones muy marcadas, le indicó la parte trasera señalando con la mano derecha.*

*-La cocina está detrás -comentó guiándole el camino-, al final del comedor. Lo encontrarás allí.*

*-Gracias.*

*-Disculpa que me entrometa, ¿tú eres la nueva?.*

*Los ojos de María se abrieron en contundencia, miró fijamente al jovenzuelo y se quedó perpleja al observar el desparpajo y la desfachatez con la que le había formulado la pregunta.*

*-La verdad –comenzó María sin apartarle la vista-, es que tienes razón, no es asunto tuyo, pero te diré una cosa, no sé si va a ver una nueva pero de momento yo no soy nadie aquí. Sí, vengo a ver a Javier por trabajo, pero eso dependerá de lo que él decida.*

*El joven apartó la vista y sus mejillas adoptaron un tono rojizo, perplejo por la contestación de María se arrepintió de haberle preguntado. Levantó las manos al aire, miró a María de nuevo y le dijo:*

*-Vale, vale, disculpa... Sólo quería advertirte.*

*-¿De qué?. Además, ¿por qué te iba hacer caso?*

*-De nada. Era por preguntar. Lo siento.*

*El comportamiento de su hermana Teresa, la añoranza de su padre y encima ahora el niño del restaurante. María estaba furiosa, pensó quizás que se había pasado un poco, pero no podía reprimirse más. Quizás tenía buenas intenciones, pero también se la podía jugar, no tenía idea de cual iba a ser su puesto en el restaurante, si la cogían, y vete a saber si el camarero se la quería jugar. Dio la espalda al muchacho y se encaminó por la barra hacia la cocina. Cuatro pasos tan sólo y la voz del muchacho volvió a sus oídos.*

*-Disculpa –el joven avanzó por el interior de la barra dándole alcance y dirigiéndose firmemente a ella-, solamente quería informarte del carácter severo de Javier.*

*María paró en seco y lo miró persistentemente. Al igual estaba equivocada, la cara de éste mostraba una sonrisa de disculpa y asentimiento a la vez. No parecía tener ninguna intención de jugársela.*

*-Está bien. Discúlpame tú también –doblega María mientras deja de fruncir el ceño-, es que estoy nerviosa y además no tengo un buen día.*

*-Tranquila no pasa nada, el que se ha metido donde no debía he sido yo.*

*María sonríe.*

*Con la mayor brevedad posible el joven le informó sobre Javier como si de un objeto se tratara y le describió todo lo que pudo. María volvió a mostrar su sonrisa, parecía un vendedor con ganas de adosarle un burro. Reconoció para sí que no se le daba mal la venta. <<Quizás por eso trabaje detrás de una barra>>. Las mejillas del joven volvieron a su color inicial.*

*María le dio las gracias y se dirigió a la cocina.*

*-Espera –le pidió amablemente el joven-. ¿Cuál es el nombre?.*

*-¿El nombre?. El nombre de ¿qué?.*

*-El vuestro.*

*-María –contestó.*

*-Es un placer. Yo me llamo Pablo –y se quedó hay detrás de la barra observando a María hasta que desapareció por la puerta de la cocina.*

*Joel se chupó los dedos saboreando los restos de los tacos de jamón.*

*Trinidad le ofreció dos tacos más con el consentimiento de María. Esta vez Joel los saboreo y no los engulló tan fácilmente. María pidió un surtido de embutidos.*

-Sabes se dirige a Trinidad-. Jamás volví a tener noticias de Pablo. ¿Qué habrá sido de aquel joven?.

-¿Pablo? –preguntó Trinidad extrañada-. No recuerdo... ¿Pablo? –quedó pensativa un instante-. Ah. Ahora me acuerdo. Te refieres a tu compañero del restaurante. La verdad que no lo sé. Era un chico muy simpático, siempre estaba alegre. Cuando iba a verte siempre se comportó como un señor conmigo.

*Gracias a Pablo la entrevista con Javier fue todo un éxito. María comenzó a trabajar sirviendo las mesas. El contacto de Pablo y María entre platos y bandejas fue muy agradable desde su comienzo y se hicieron buenos amigos.*

*Durante todo el primer año trabajó duramente sin cesar de lunes a domingo, exceptuando algún día entre semana que cuando a Javier le parecía se lo concedía como día de descanso.*

*Pablo estaba harto de Javier y siempre decía que tenía ganas de marchar de allí. Su padre falleció cuando él tenía siete años, tenía dos hermanas más pequeñas y su madre trabajaba sin cesar para poderlos alimentar mientras él cuidaba de la casa y de sus hermanas. Al crecer Magdalena y Patricia, las hermanas ya podían cuidar de la casa y Pablo buscó trabajó para ayudar a su madre en el sustento. Trabajó en varios oficios ayudando en lo que podía, un día encontró éste trabajo como camarero y le pareció buena idea. No ganaba más dinero pero se ahorraba las comidas.*

*María hacía que su agonía fuera lo más venerable posible y le animaba con comentarios sobre los clientes en tono despectivo, provocando mofa de ellos y consiguiendo sonrisas de Pablo a cambio.*

*María sin embargo tenía suerte, el trato con Javier era bueno. Pensaba que después de convivir con su madre no le sería muy difícil domar a su nuevo amo, y efectivamente así fue. Las broncas le caían igual pero ella las apaciguaba a la perfección. En más de una ocasión Javier viendo la imposibilidad o como María había conseguido dominarlo, se enfurecía después y la mandaba a la cocina a fregar los platos una vez acababa de servir las mesas.*

*Un buen día Pablo no apareció. María se extrañó. Pensó que estaba enfermo. Pasaron los días y Pablo no aparecía, María se preocupaba cada vez más. Preguntó a los compañeros pero nadie sabía nada. Javier estaba muy enfadado pues tenía que atender él la barra, se había vuelto intratable y contestaba de malas maneras a María, despotricando sobre el muchacho cada vez que se acercaba a la barra.*

*María aprendió a buscar trabajo donde no lo había, a parte de las mesas limpiaba los aseos intentando de esa manera permanecer el mayor tiempo posible fuera del alcance de Javier. Se adentraba en la cocina y ayudaba en lo que podía, preparaba las mesas antes de hora y alargaba el proceso con suma cautela. En alguna ocasión Javier la espabilaba al darse cuenta de su lentitud y ese día ya no se lo quitaba de encima.*

*Ella no supo que hacer, ni a donde acudir, Pablo no dijo nunca donde vivía. Siquiera había un teléfono, Javier le contrató en su día y le pagaba por semanas, nunca se preocupó por la vida de Pablo, le traía sin cuidado.*

*Pasaron los días y Javier se cansó de esperar. Contrató una muchacha joven y la puso a servir mesas, mientras que a María la trasladó detrás de la barra, a ocupar el lugar de su amigo Pablo.*

*El tiempo pasó y María jamás supo de él.*

## “El mareo”

Al salir del mercado María y Joel atravesaron el parque camino de casa. Joel se paró un instante en los columpios pidiéndole un momento a su abuela. El parque habitaba frente al mercado municipal del barrio, era de tierra con ocho o nueve bancos de madera de color verde fosco que se instalaban en todo el contorno del cuadrado de fina arena. Al lado de los columpios había un cuadrado que formaba una pequeña montaña, recubierto de césped, un montículo de hierros en forma de media luna se alzaba en el centro. Unos bloques de obra vista cerraban el parque al otro lado del mercado.

María meció suavemente a su nieto durante unos minutos. Se sentía afortunado, en esos momentos no se acordaba del mundo que tenía a su alrededor, ni de la vida que le había tocado vivir. Era viernes y tenía dos días de mágicas horas para disfrutar. Una vez satisfecho, Joel saltó del columpio y agarró la mano de su abuela para seguir su camino. Salieron del parque por la parte de atrás, donde quedaba la calle Estadella, un pequeño muro de piedras de unos sesenta centímetros de altura les impedía el paso a los más pequeños, para que no salieran a la acera. En el lateral quedaba un hueco que hacía de salida.

-Mira quien viene por ahí –pronunció María. Joel levantó la mirada buscando a esa persona-. Por allí –alzó el brazo derecho indicándole con el dedo índice el lugar.

Joel soltó la mano de su abuela y echó a correr. Juan venía por la calle de enfrente, estaba parado en una intersección esperando a cruzar por el paso de

peatones. Al llegar a la altura de la intersección Joel se paró esperando que su abuelo cruzara la calle. Juan agarró a su nieto por las axilas alzándolo y lo besó en las mejillas.

-Cada día pesas más, pronto no podré auparte.

Joel se sonrojó al escuchar el comentario de su abuelo. Pronto sería mayor, aunque fuera de momento en estatura o peso. En la misma calle Estadella, viven los abuelos y los padres de Joel. Juan y María al final de la calle, Antonio y Andrea casi al principio.

El abuelo besó en la mejilla izquierda a su mujer y le comentó que iba a casa de su hija a buscar a su nieta.

-Si que has salido pronto hoy del trabajo, ¿no? –preguntó María.

-Sí, no había mucha faena y a las cuatro nos han dejado salir de la fábrica – Juan tiene cincuenta y ocho años acabados de cumplir, trabaja en una fábrica de productos químicos. Lleva comentando a lo largo de todo el año que si le arreglan bien el paro y la jubilación, se retirará este mismo año, pero de momento no se sabe nada-. Voy a buscar a tu nieta –prosiguió explicándole a su mujer-, no tardaré.

-Muy bien, yo voy para casa a darle la merienda a tu nieto –ofreció la mano a su nieto-. Aunque no sé si tendrá mucha hambre después del jamón de Trinidad –Joel no contesta-. ¿Vamos a casa?.

-Vamos –contestó Joel alzando la cabeza en busca de su abuelo-, no tardes – le dijo-, os esperamos para merendar.

Entraron en el gran patio comunitario de sus abuelos, Joel miró hacía la fuente en busca de algunos amigos. No había nadie.

<<Es viernes y estarán merendando. Se dijo, al igual que yo voy hacer, y sonrió>>.

La señora Enriqueta, una vecina de la escalera contigua salió del portal en ese momento. Llevaba un chaquetón hasta las rodillas de gris oscuro y una bufanda de un rojo chillón alrededor del cuello. Tenía la cara pálida, sus facciones eran muy marcadas y su faz alargada por lo que el color de su piel se denotaba enseguida. Unas lentes de montura marrón prominente, se apoyaban sobre la aguileña nariz, el pelo era corto y blanco como la tiza.

-Buenas tardes, Sra. Enriqueta –la paró María-, ¿se encuentra usted bien?. No tiene buen aspecto.

-Hay hija –comenzó en forma de queja-, me parece que tengo la tensión baja, no se puede llegar a viejos. Estoy un poco mareada, voy a la farmacia de la esquina a que me tomen la tensión.

-¿Quiere que la acompañe? –se ofreció María.

-Gracias mujer, pero no hace falta –se puso el bastón en la axila derecha y se subió con la misma mano el monedero que llevaba cogido en la otra axila-. Estoy bien –volvió apoyarse en el bastón-, sólo un poco mareada.

Al salir a la calle colindante por la parte superior del recinto comunitario, nada más cruzar la calle estaba la farmacia.

-No se preocupe, no es ninguna molestia, está aquí al lado –miró a su nieto-, así hacemos tiempo mientras llega tu abuelo con tu hermana, ¿verdad Joel?.

Joel asintió con la cabeza, María agarró a la Sra. Enriqueta por el brazo izquierdo y Joel se puso al otro lado.

-Muy amables –les dijo a los dos. Al lado de la farmacia había una panadería -, permítame María de comprarle algo a su nieto para merendar.

-Verá Sra. Enriqueta –la mujer se la miró, María vio el rostro pálido de la mujer como fruncía el ceño en señal de convicción-, bueno... si él quiere.

Al salir de la farmacia efectivamente tenía la tensión un poco baja, le dieron unas pastillas y le recomendaron reposo y que acudiese a su médico. Enriqueta insistió en parar en la panadería donde le compró a Joel una dulce caña de chocolate.

Dejaron a la Sra. Enriqueta en el portal de su casa y ésta les agradeció la compañía. Besó a Joel y se adentró por la puerta. Vivía en la planta baja por lo que esperaron un momento hasta que se cerró la puerta de su casa.

Justo antes de llegar al siguiente portal donde residían, María se paró en seco. Joel la contempló. La abuela apoyó su mano en un banco de madera a pie del cuadrado del patio que había frente a la entrada del edificio. Joel no entendía nada, y no era capaz de mediar palabra. La cara de su abuela parecía un poema, unas gotas de sudor comenzaban a brotar por su frente.

-Ay cariño –susurró María-, me estoy mareando, todo me da vueltas –avanzó unos pasos balanceándose. Joel se apegó a su abuela sin saber como ayudarla. María descansó en un grueso árbol que se enfilaba junto al banco.

En ese momento todo le daba vueltas y no veía nada. María se abrazaba al árbol intentando mantenerse en pie. Tranquilizaba a su nieto como podía. Joel veía como su abuela comenzaba a escurrirse por el árbol e intentaba agarrarla. Un vecino abrió la puerta y viendo la situación corrió hacia ellos.

-María, ¿qué le pasa?.

La abuela se explicaba como le era posible. Estaba mareada y no veía nada. Todo corría a su alrededor en círculos, prefería cerrar los ojos. Llamó a su nieto y le dijo que no pasaba nada. Joel asustado se agachó a coger la bolsa que cayó al suelo al agarrarse su abuela al árbol. El vecino asistió a María tumbándola en el banco de madera. Le hablaba con calma y le preguntaba que síntomas tenía. Joel no sabía como responder, hurgaba dentro de la bolsa donde encontró una revista que utilizó para abanicar a su abuela.

-Abuela, cuando alguien se maree va bien que le den aire –le dijo Joel.

María abrió los ojos lentamente intentando ver a su nieto. Notaba el aire en su rostro. La imagen era borrosa y apenas lo divisaba.

-Gracias cariño –susurraba María dirigiéndose donde creía que se encontraba su nieto-, muchas gracias mi niño.

María continuó tumbada en el banco de madera. Joel proseguía abanicándola con esmero. El vecino estaba sentado en una esquina del banco con los pies de María por encima de sus rodillas. El respirar de María era profundo y reposado, sus ojos permanecían cerrados y su mano frenaba el sudor al acariciar su frente. Tosió un par de veces en forma de arcada, el mareo decaía pero le arremetían los jugos gástricos en su garganta. Joel acariciaba la cara de su abuela y seguidamente la besaba en la mejilla cálidamente mostrándole que estaba ahí, a su lado.

### **“Se paró, por un instante...”**

Juan recogió a su nieta tal como había quedado con su hija. Se dirigió hacia casa a paso corto. Susana ya tenía cuatro añitos, caminaba y corría como una liebre. Juan la llevaba de la mano con cautela. Iban a pasar el fin de semana todos juntos, abuelos y nietos.

Juan y María tienen otro hijo, Carlos que es el menor. El tío Carlos es de complexión fuerte, metro noventa de estatura, facciones marcadas como su padre; juega al fútbol en el equipo del barrio, para Joel más que su tío era como su hermano, lo llamaba “*Tete*”.

Carlos, “el Tete”, salía con una chica de un pueblecito cerca de Montmeló. Llevaban varios años saliendo juntos y próximamente se esperaba la noticia de la boda.

A mitad de camino Juan cogió a su nieta en brazos y se paró en el parque situado en la parte trasera del mercado municipal del barrio, donde hacía un rato se encontró con su mujer y nieto Joel. Juan y su nieta se encaminaron hacer lo mismo que hicieron éstos momentos antes.

Jugaron durante un rato en la tierra, y luego se montaron juntos en los columpios, Juan se sentó en el forro de cuero y colocó a su nieta sobre sus piernas meciedo mansamente el columpio. Susana sonreía, se la veía feliz mientras su abuelo la mecía mansamente en el columpio, en ese instante Juan la estrechó dulcemente con sus brazos y tras una gran sonrisa la besuqueó repetidamente en la mejilla y barriguita provocándole unas grandes risas a la niña.

El día en que Juan llegó a su casa después del trabajo y no se encontró a nadie, se preguntó dónde estaba su esposa, <<estará comprando algo, se dijo>>.

*“Imaginaba que su esposa estaría comprando alguna cosa que se hubiera olvidado por la mañana. Eran cerca de las seis de la tarde. Se decidió a darse una ducha templada mientras la esperaba cuando sonó el teléfono, era su mujer. Juan se asustó, la cara le cambió por completo los músculos se tensaron, las cejas se enarcaron...*

*-Pero, ¿qué ha pasado?. ¿María?. Cuéntame... ¿Cómo está la niña?.*

*Silencio al otro lado del teléfono.*

*-¿María? –preguntó Juan espantado.*

*-Nada, nada... perdona. No pasa nada Juan, tranquilo...*

*-¿Cómo quieres que esté tranquilo? –le cortó Juan-, si no me explicas lo que pasa.*

*-No pasa nada. No te preocupes, Susana tiene fiebre y no le baja; entonces hemos decidido venir a que le echen un vistazo – decía a medias su mujer, sin acabar de explicarle la verdad-. Así estaremos más tranquilos.*

*-Pero y... –Juan pensó por un momento-.¿El médico de cabecera, o el de guardia?. De aquí del ambulatorio –prosiguió en un tono perseverante-, ¿Por qué al hospital, para un resfriado?.*

*-Juan, cariño –suavizó el tono de voz-, nuestra nieta tiene sólo seis meses, la fiebre no le baja de treinta y ocho y medio, mejor venir al hospital que le harán todas las pruebas pertinentes, ¿no crees?.*

*-No sé por qué, pero me da la impresión de que no me lo cuentas todo.*

*-Ya te lo he dicho –se abalanzó a contestarle María, para que no hubiera tiempo para la duda-, supongo que será un virus, o una gripe, pero es tan pequeña que mejor que la miren bien.*

*-Bueno. Salgo hacía allí.*

*Juan cogió un taxi, en el trayecto hasta el hospital del Valle Hebrón. Tardó alrededor de veinte minutos. Se dirigió hacía la sala de espera de urgencias a paso ligero donde encontró a su mujer y su nieto.*

*María se levantó de su silla al verlo, Joel se quedó sentado como si no lo hubiese visto llegar. Juan le pidió explicaciones a su mujer.*

*-Baja la voz –le dijo María guiando sus ojos en busca de su nieto.*

*Juan abrazó a su mujer al darse cuenta de la situación, la besó y se aproximó a su nieto. Joel permanecía en su silla inmóvil con la mirada al frente, sus ojos expresaban vacío. Juan paseó su mano de arriba abajo entrometiéndose en la trayectoria de la fija mirada de su nieto.*

*-No quiere marchar a casa –le susurró María a Juan-, lleva todo el rato así.”*

Juan se estremeció al recordar la imagen de su nieto allí sentado, con la mirada fija al horizonte. Abrazó con fuerza a su pequeña. Recordaba cuando se quedó solo en la sala de espera... Al marchar su nieto con la vista fija en la lona, mirando atrás hasta desaparecer por el ascensor...

*“Juan quedó solo en la sala de espera, pasaron dos horas y su hija apareció atravesando la cortina que amparaba las salas de urgencias. Andrea pálida y sin rumbo caminó por la sala de espera, se apoyó en la pared con una mano en la boca.*

*Juan se dirigió hacia su hija la estrechó en sus brazos y le devolvió el rumbo sentándose con ella en una silla. Juan no se atrevía a pronunciar palabra, a Andrea le floraban lágrimas de los ojos y con la mano en la boca intentaba apaciguar el sollozo.*

*-Mi niña..., hija... –brotaron las palabras-, tranquila corazón, cálmate –Juan abrazaba a su hija, se sacó un pañuelo y le enjuagó las lágrimas-. ¿Qué pasa?. ¿Cómo está Susana?.”*

*-¡OH, Dios...! –exclamó Juan. Su nieta lo miró y él se dio cuenta que había levantado la voz.*

*Acarició el pelo de su nieta y meció el columpio mientras le hacía cosquillas en la oreja izquierda y le daba mordisquitos en el cuello...*

*Susana había sufrido un paro respiratorio, los médicos de urgencias se volcaron en la pequeña, la frágil y dulce niña de tan solo seis meses de vida. La sala se hizo pequeña por el tumulto de los médicos, se movían con rapidez haciendo masaje cardíaco, entubando con delicadeza y proporcionando respiración asistida... los segundos eran vitales, el corazón no reaccionaba, seguía en trance, sin latir, una muñequita en profundos sueños...*

*¡Un minuto!. ¡Mierda!. ¡Vamos chicos, que se nos va...!*

*Un minuto y medio...*

*Vamos, vamos pequeña...*

*Un minuto cuarenta segundos...*

*¡Responde, respira...!*

*El sonoro pitido continuo dejó de escucharse. En la pantalla desapareció la línea continua dejando a su paso suaves picos, la línea divulgaba por la pantalla tenuemente de arriba abajo, formando diminutas montañas, en la parte superior derecha ya se podían observar en números el latido.*

*Está recuperándose... vuelve con nosotros preciosa...*

Juan continuaba meciéndose en el columpio con su nieta en brazos. Recordando... daba gracias a Dios por tenerla en sus brazos, por no llevársela.

Fue un día muy duro para la familia, sobretodo para Juan y Andrea que vivieron el momento. Un médico salió a informales de que Susana estaba estable y fuera de peligro, los dos se desplomaron en un mar de lágrimas. Aquél día dieron gracias por su pequeña. La discordancia de todo aquello fueron las secuelas que transpuso el paro. Fueron casi dos minutos sin que llegara oxígeno al cerebro, lo cual produjo a Susana un daño irrelevante, aunque la evolución se vería con el paso del tiempo.

Tenía ya cuatro años y todavía no había pronunciado una sola palabra, andaba y corría como cualquier niño más de su edad, pero el sentido del habla le quedó dañado y no podía expresarse. Desde aquél día ingresó varias veces en el hospital con un diagnóstico de convulsiones y fiebre, más tarde le detectaron *cistinuria*\*.

A los dos años ingresó nuevamente con convulsiones que dieron como diagnóstico un cuadro de epilepsia. Desde el paro respiratorio hasta los cuatro años

*N. del A.* \*(La cistinuria es un trastorno hereditario autosómico recesivo. Los riñones no absorben adecuadamente ciertos aminoácidos durante el proceso de filtración, lo cual conlleva a una secreción excesiva de estos aminoácidos que pueden precipitarse y formar cristales o cálculos en los riñones, uréteres o vejiga.

años tuvo que ser ingresada por el mismo motivo unas doce veces durante periodos de un mes como máximo. Su cerebro repercutió el paro que le produjo una afectación del ochenta por ciento, resultando tocados varios de sus sentidos, uno primordial fue el habla.

Juan apartó de su cabeza todos los recuerdos... no era fácil, pero había que disfrutar de los momentos buenos... *Carpe Diem*. Miró su reloj de pulsera, eran ya casi las siete de la tarde.

-Bueno corazón –se dirigió a su nieta acariciándole el pelo-, tendremos que marchar, el tete Joel y la abuela nos esperan para merendar.

Susana volteó la cabeza, asentada en las piernas de su abuelo para alcanzar a verle. Parecía haberle entendido, Susana le deleitó una sonrisa a su abuelo e hizo ademán de bajarse.

Juan ayudó a su nieta a ponerse de pie en el suelo y emprendieron el camino a casa.

## “Un día de montaña”

-¿Abuela?... ¿Cómo estás, yaya? - pregunta Joel que continuaba abanicando a María.

-Parece que ya se me pasa... gracias cariño.

-Usted tranquila María - comentó el vecino, que seguía sentado a un lado del banco de madera con las piernas de su vecina por encima-, cuando se encuentre mejor subimos a casa. No se preocupe.

-Gracias Miguel, gracias –le contestó María-. Solamente necesito un poco de aire, enseguida se me pasa, seguro...

Joel miró a su abuela con cara de extrañado. Su abuela explicaba en un tono muy bajo que se encontraba mejor. <<Sí, vale, pero, ¿entonces por qué suda tanto?. No está mejor -concluyó para sí Joel-, está mareada>>.

Juan apareció por la esquina con su nieta de la mano. Joel que estaba de frente les vio aparecer.

-Yaya, el abuelo está aquí –dejó de abanicar a su abuela para correr en busca de su abuelo.

Juan levantó la cabeza y contempló la situación. Joel le dijo que María había sufrido un mareo y agarró a su hermana, a su niña, para que su abuelo fuese a ver a su mujer.

-¿Qué pasa, cariño? –le preguntó Juan, mientras con su mano derecha palmaba la frente de su mujer-, estás sudando. ¿Te has vuelto a marear?.

-Sí – susurró María.

-Hola Miguel, disculpa.

-Hola Juan, tranquilo, está bien.

-Gracias Miguel –y palmeó la espalda de su vecino en forma de agradecimiento.

-¿Cómo te ves para subir a casa?.

-Todavía me da vueltas todo, aunque ya más despacio.

María sufría de las cervicales y en más de una ocasión se le pinzaban y le producían esos fuertes mareos. Cuando le ocurría pasaba el día mareada y vomitando hasta el día siguiente, que le arremetían las arcadas. Luego pasaba el día como si hubiese ido a una fiesta la noche anterior y se emborrachara, algo parecido a una resaca pero sin alcohol.

Juan y Miguel ayudaron a María a subir las escaleras hasta llegar al cuarto piso. Joel les seguía por detrás con su hermana. Tardaron una media hora en llegar al piso, a María le fue costoso subir y tuvo que parar en cada rellano.

Al abrir la puerta de la casa y tumbar a María en el sofá ésta volvió a vomitar. A Juan no le dio tiempo a traer ni un cubo o una palangana.

Joel se llevó a su hermana a la habitación donde se puso a jugar con ella, para no estorbar demasiado.

Juan recogió el vómito y acomodó a su mujer en el sofá lo mejor posible, María no era capaz de ir a la cama, prefirió descansar un rato en el sofá.

Juan agradeció la ayuda prestada a su vecino Miguel, el cual marchó una vez María descansaba en el sofá.

Seguidamente Juan descolgó el teléfono para llamar a su hija. No la localizó.

<<¿Dónde estará esta mujer...?>>.

El abuelo lo sentía por sus nietos y sufría por su mujer. El fin de semana tenía que ser aplazado, tenía que localizar a su hija Andrea para que se llevara a sus hijos, no podían pasar el fin de semana juntos como todos querían, en las consecuencias de cómo se encontraba María.

Mientras atendía a su mujer, Juan dio la merienda a sus nietos. Intentó en varias ocasiones localizar a su hija, pero no obtuvo recompensa.

*<<Son casi las ocho, ¿dónde se habrá metido...?>>.*

Juan colgó el teléfono se acercó a su mujer y le comentó que prepararía algo de cenar a los críos. María estaba adormilada y con un leve movimiento de cabeza asintió como pudo.

Es en ese momento fue cuando el teléfono comenzó a sonar. Juan se apartó del lado de su mujer y tendió la mano para alcanzarlo. Era su hija que preguntaba haber como estaban los críos. Juan le recriminó que donde llevaba toda la tarde. Andrea era una mujer muy dejada de su casa y la verdad es que siempre tenía todo por medio y bastante sucio. Juan no comprendía la situación de la casa de su hija si ella no trabajaba.

Después le contó lo que había ocurrido y le comentó que lo mejor era que viniera a buscar a los niños.

Andrea tardó más de media hora en aparecer por lo que Juan les dio de cenar a sus nietos. Andrea dijo al llegar que se había parado a comprar un poco de pan para hacer de cenar pero, su padre ya sabía aunque no dijera nada, que la tardanza de su hija fue para llevarse a los niños cenados.

Mostró un leve interés por el estado de su madre, le dijo a su padre que si necesitaban algo la avisara. Vistieron a Joel y Susana y Andrea se los llevó a casa.

Joel molesto por tener que volver a casa de sus padres pasó la noche con su hermana. La cobijó entre sus brazos y esperó que se quedara dormida, se la quedó mirando pensando en su abuela. <<*Pobre yaya, no es su culpa que se haya puesto mala*>>. Joel se daba compasión asimismo y viajaba en su mundo de sueños hasta que uno de ellos lo aferró.

Al día siguiente la primera intención de Joel al levantarse fue la de llamar a su abuelo para preguntar por María. Se encontró con su madre sentada en el comedor tomándose un café. Le dio los buenos días y le dijo que iba a llamar al yayo. Andrea lo hizo sentarse a la mesa y le comentó que era muy pronto para molestarles. Joel refunfuñó y se sentó en la mesa a espera de almorzar.

Tomó un vaso de zumo y comió un par de rodajas de pan de molde. Susana se despertó a eso de las ocho y media. Joel fue a darle los buenos días. Besuqueó a su hermana y jugueteó con ella. Le palpó el pañal y notó que estaba húmedo. La llevó a la cama le sacó el pañal y después la transportó en sus brazos al lavabo donde la aseó. Seguidamente la sentó a la mesa y le preparó un buen vaso de leche con magdalenas. Descuartizó las magdalenas en el interior del vaso y con una cuchara le ofreció el manjar a su hermana.

La casa de Antonio y Andrea era bastante cuadrada. Al entrar un recibidor de dimensiones considerables te recibía, a mano izquierda una puerta se abría dejando paso al baño, en el centro del recibidor antiguamente había una puerta con vidriera pero un día se rompió el cristal y Antonio decidió que la mejor solución era quitar la puerta. El marco todavía con las bisagras visibles daba paso al comedor; el centro de la vivienda. El suelo era de terrazo, sería un suelo muy bonito a no ser por la mierda

que se amontonaba creando una superficie un tanto oscura. Las paredes del comedor estaban repletas de agujeros, un sofá de tres plazas con una madera por asiento se posaba a mano izquierda nada más entrar, una mesa cuadrada al otro lado con las patas en plena jubilación que cuando te apoyabas en ella temblaba todo el sobre de madera. El conjunto en sí formaba el comedor con un negro armario sin puertas, por la dejadez de las bisagras. La cocina quedaba al lado de la mesa y al otro lado se encontraba la habitación de matrimonio y contigua a ésta, la de Susana. Justo enfrente de su hermana Joel tenía su habitación, un pequeño balcón separaba las habitaciones de los hermanos.

La cocina estaba de origen y faltaban la mitad de las cerámicas de la pared, los muebles estaban recubiertos de grasa, en el sitio del extractor había papeles de periódico repletos de grasa también, ocultando el hueco que dejó éste. La nevera era un monumento de óxido sin maneta para abrir la puerta, en la pica el grifo había sido sustituido por un pequeño flexo con una pequeña llave de escuadra que según Antonio hacía la misma labor.

La puerta de la habitación de matrimonio se abrió y apareció Antonio. Iba en calzoncillos, como casi siempre, y descalzo con la planta de los pies ennegrecida. Fue al baño. Volvió, se sentó en uno de los sillones del comedor y encendió un cigarro.

-Nena prepárame un café – exigió a Andrea.

Joel se levantó de la mesa y dijo que ya era hora de llamar a su abuelo. Su madre apenas le hizo caso y le dejó hacer. Su padre lo miró con indiferencia y le comunicó:

-Sí, llámales y díles que hoy nos vamos a la montaña los cuatro.

Joel se quedó extrañado. Miró a su madre la cual le mostró la misma indiferencia que su padre. El niño descolgó el teléfono pensando en como se iban a ir a la montaña si su abuela no se encontraba bien. <<Habrà que cuidarla, ¿no?. ¿Y si necesita algo?. ¿Y si mi abuelo tiene que salir a comprar?>>.

Joel marcó los números dándose cuenta de que el único que mostraba interés por Juan y María, era él. Pero también se dio cuenta de que no podía hacer nada, sentir la impotencia no le gustó. <<Si mis padres me llevan a la montaña..., tendré que ir. Que remedio...>>

Juan se puso al teléfono.

-Hola guapísimo, buenos días.

-Hola yayo, ¿cómo esta la abuela?.

-Todavía duerme cariño.

-Pero, ¿está mejor?.

-Sí, está descansando pero está mejor, ya no está tan mareada.

-Entonces, ¿podemos venir la Susana y yo...? –tenía que intentarlo, era la única manera de impedir su marcha a la montaña.

Entonces Andrea que salía de la cocina con el café en la mano, le pegó una colleja a Joel y le quitó el teléfono.

-No le hagas caso al niño –dijo Andrea una vez le arremetió el auricular a su hijo.

-No pasa nada mujer, déjalo es un crío.

-¿Cómo está mi madre? –le preguntó.

-Está mejor, ha pasado la noche durmiendo de un tirón.

-Muy bien, me alegro que esté mejor.

-Me iría bien que...

-Nos vamos a pasar el día a la montaña –empezó a decir Andrea antes de que su padre terminara la frase-. Hemos pensado que estaría bien pasar el día en el campo.

Juan callado al otro lado del teléfono terminó la frase mentalmente: <<...*me iría bien que... pasaras por aquí y te quedaras con tu madre mientras voy a comprar para hacer caldo...*>> Juan permaneció en silencio y le contestó a su hija:

-Me parece muy bien.

-Bueno te dejo que voy a preparar las cosas.

-Que lo paséis bien.

Al colgar Juan se quedó pasmado por el poco tacto de su hija hacia ellos. Se enfureció pero intentó restarle importancia pasando del tema como le fue posible. *No merece la pena.*

En la estación de Fabra i Puig en la barriada de San Andrés cogieron un tren con destino a los Pirineos.

Iban a Planoles un pueblecito a pie de los Pirineos, unas paradas de tren antes de llegar a Puigcerdá.

Era un trayecto de unas tres horas. Joel y Susana jugaron durante un largo rato en el descansillo que hay entre vagón y vagón, donde están las puertas. Una vez cansados fueron a sentarse, el vagón no iba muy lleno así que se sentaron en los asientos de detrás de sus padres. Susana se quedó al lado de la ventanilla observando el paisaje a su paso. Joel sentado frente a ella se la miraba con ojos tiernos.

Copió la postura de su hermana y observando el paisaje pensó en su abuela, en como estaría, si le hacía falta algo. <<*Si necesitara alguna cosa nosotros estamos lejos de casa...*>>

Llegados a su destino lo primero que hicieron fue entrar en la cantina de la estación para que Antonio tomara algo. Después dieron una vuelta por el pueblo haciendo distintas paradas en varios bares. Compraron una barra de pan en una panadería de la plaza mayor del pueblo. A la hora de comer bajaron por un camino de arena que cruzaba el pueblo por las afueras de éste en dirección al río, al otro lado de la estación, al lado contrario del pueblecito de Planoles.

En un descampado repleto de hierbajos debajo de unos árboles y a orillas del río Andrea tendió una manta. Sacó cervezas, agua, y unos tapes con lomo rebozado y una tortilla de patatas.

Después de comer, Antonio se tumbó en la manta a dormir la siesta. Susana se quedó en los brazos de su madre medio dormida, Joel no tenía sueño y marchó por el río a dar una vuelta.

Comenzó andar, subiendo a orillas del río la montaña que se alzaba a su vista. Al rato se paró en un pequeño estanque que formaban cuatro piedras grandes. Se sentó en lo alto de una de ellas y contempló el agua esperando ver algún pez. Arrancó un poco de hierba que crecía al lado de las rocas y la lanzó al estanque. Al momento un par de truchas asomaron la cabeza peleándose por la supuesta comida. Desaparecieron al instante de darse cuenta que no era pan o algo por el estilo.

Era un día caluroso, el azul intenso del cielo no se dejaba asaltar por ninguna nube. Joel se tumbó en la rugosa piedra contemplando ese océano sin final. <<¿Cómo estará mi abuela?>>.

Pensando, pensando...

<<Por cierto..., y...Cecilia. ¿Cómo estará Cecilia?>>.

Después de lo ocurrido aquel día Joel fue incapaz de preguntar a sus abuelos por el estado de Cecilia y más aún teniendo en cuenta que se suponía que él no sabía que había ocurrido, y la verdad es que en cierto modo no lo sabía.

<<Descubrí la muerte..., ¿seguro?, no creo, me parece que no...>>

Le vinieron las imágenes del recibidor con su espejo ovalado, la carta, el naranjo del patio trasero y sobretodo...la mano, el brazo de Cecilia allí estirado sin moverse.

Una sensación muy cruel y extraña para un niño de su edad. Joel merodeando por sus pensamientos recorrió todo lo ocurrido aquel día y se paró en un punto, un momento de aquel día en el que no había mostrado mucha atención.

La guía.

Aquella guía de 1.978, el año en que él nació, la guía de calles con una marca en la barriada de la Barceloneta. <<¿Qué sería aquello?. ¿Qué habría en aquel lugar?.¿Cuál era el significado de todo, y de la carta?>>.

Se informó durante la mañana del domingo del paradero de aquel lugar. Su abuelo pasó la infancia en el barrio de la Barceloneta por lo que cuando Joel le preguntó por la calle Pescadores y Juicio las reconoció enseguida.

El domingo, al día siguiente de lo ocurrido Joel después de comer cogió la guía de calles de Barcelona y la ojeó mientras Juan y María veían una película de los

años cuarenta en blanco y negro que emitían por el primer canal, en la sesión de tarde.

Joel pasó páginas disimulando un interés por todo lo que iba encontrando, pero él sabía perfectamente lo que buscaba, las calles de la guía de 1.978, aquel lugar que le llamó la atención en la mañana donde encontró nuevas sensaciones. No podía mostrar la carta a sus abuelos, por lo que intentó indagar comenzando por lo que encontró en la guía.

Por su cabeza habían navegado mil y una historias, imaginarias o tal vez reales, desde un tesoro escondido, hasta propiedades... Imaginó lo inimaginable. Inventó cuentos de ensueño, y relatos aterradores de espíritus, fantasmas, un castillo...

Después de varias preguntas, Joel llegó por fin a su propósito, la página donde se encontraban las calles Juicio y Pescadores.

Juan paseó con el dedo por todas las calles que allí se dibujaban contándole historias de su adolescencia. Donde vivió de pequeño, donde jugaba, la playa de San Miquel donde se bañaba. Joel quedó atónito ante aquel descubrimiento.

*<<Mi abuelo vivió su infancia cerca de esas calles, convivió y jugueteo por toda esa zona, estuvo durante años en ese lugar... ¿Qué querría decir aquella señal?. ¿Por qué Cecilia tenía una guía de 1.978, con una marca justo en el lugar donde vivió mi abuelo?. ¿Qué querría decir todo aquello?>>.*

El abuelo dejó de prestar atención a la película al ver que su nieto mostraba mucho interés por todo lo que él le contaba. Además a Juan le gustaba recordar, sobretodo a los suyos, que por desgracia de sus nueve hermanos ya tan solo le quedaban dos. Le entusiasmaba recorrer las calles de la Barceloneta, correr por la

playa jugando con sus hermanos, casi oír la voz de su hermana mayor contándole cuentos antes de dormir.

Joel pletórico, compartió con su abuelo el entusiasmo de éste. Indagando por toda aquella barriada, intentando encontrar algún indicio, alguna señal, algo referente a la intersección de las calles, algún mero significado. El lugar de reunión de la colla, quizás. <<¿Serían amigos de la infancia?. ¿Se conocen desde entonces?. Seguro que sí... pero, ¿por qué no me cuenta nada al respecto?>>.

En la época de la adolescencia de Juan la escuela era solamente para gente de bien, los niños de familia numerosa o de clase baja no podían permitirse el hecho de que sus hijos perdieran el tiempo en la escuela. Los niños tenían que trabajar a una temprana edad para poder aportar comida a la familia. Juan aprendió lo justo, leer y escribir de la mano de su hermana. Escribir plagado de faltas de ortografía, pero lo necesario para defenderse.

El nieto dejaba a su abuelo que indagase por sus recuerdos y con su dedo índice recorriera las calles de la guía, buscaba el momento, pero no llegaba. Joel mostró curiosidad por la calle de los Pescadores, buscando alguna alternativa, algo que llevara a su abuelo a revelar una señal, un simple hecho.

Juan le contó varias aventuras, la película que se emitía por televisión llegó a su fin.

-Ya me he perdido el final –comentó Juan sonriendo a su nieto.

Por mucho que esperó, no ocurrió. Joel escuchó detenidamente a su abuelo en todo momento, pero no pasó, no comentó nada sobre Cecilia, nada sobre el lugar, nada de nada.

*<<No lo entiendo. Algo tiene que haber, ¿por qué, sino?. ¿Es una coincidencia que mi abuelo viviera en aquel lugar?. ¿Por qué en la guía de Cecilia estaba marcada la intersección de las calles por donde rondaba mi abuelo?. Nunca había escuchado ningún comentario a mis abuelos, jamás me la presentaron como antigua amiga de mi abuelo..., a Cecilia la conocen del mercado de San Adrián, o ¿quizás no...?>>*

En ningún momento se atrevió a preguntarle por Cecilia, y se moría de ganas por hacerlo, esa era la verdad. El temor de la imaginación de Joel le prohibía ese echo. Pensaba que sospecharían algo.

Nubes blancas de fuerte espesor empezaron a invadir el intenso océano azul que el muchacho contemplaba tumbado desde la porosa piedra, aposentada allí ambigua a las demás formando el precioso estanque.

Joel se inclinó, se sentó y miró al estanque pensando en la dichosa guía. Sabía perfectamente que hasta que no adivinara el porqué no pararía; simplemente una impresión, un matiz, cualquier pequeña aclaración de tanta similitud, tanta casualidad.

Una brisa suave de aire frío le acarició la cara. Bajó de la piedra, el sol se perdía tras las intensas nubes blancas que seguían creciendo, le parecía ver figuras y animales que se abrían paso a través de ellas. Cruzó los brazos y se los frotó dándose calor, un escalofrío le puso la piel de gallina.

*<<Parece que va a llover, empieza a levantarse aire y con él, el frío>>.*

Volvió por el mismo camino recorriendo por la orilla el río. Sus padres seguían tumbados en la manta mientras que su hermana jugaba con un peluche y tiraba piedras al agua.

Besó a su hermana, se acercó a la bolsa y buscó el tape donde estaban los trozos de lomo rebozado. Encontró uno, lo sacó y se aproximó a su hermana, le ofreció la mitad del trozo de carne y Susana lo cogió y empezó a chuparlo. Joel comió su trozo y a trocitos le dio el lomo a su hermana.

El cielo se cubrió por completo de nubes, gotas de lluvia embistieron contra el suelo suavemente. Antonio y Andrea se levantaron de la manta de mala gana y la mujer recogió las cosas. La lluvia prosperó y se hizo más intensa, cogieron los bártulos y corrieron en busca del refugio de la estación del tren.

Hasta dentro de tres cuartos de hora no pasaba ningún tren con destino a Barcelona. Andrea y sus hijos se quedaron en los asientos de la estación mientras Antonio marchó a la cantina a tomar algo.

Ya de vuelta a casa, Joel y Susana cansados del día de montaña se sentaron en las butacas del tren mirando por la ventanilla. El tren iba repleto y no se levantaron para jugar, también el cansancio no les permitía ningún esfuerzo.

Susana se durmió y pasó el trayecto recostada en el hombro de su madre. Joel al ver a su hermana en esa posición tan dulce, se acomodó en su asiento y la contempló como dormía. <<Mi niña, mi frágil y dulce niña>>.

El primo de Joel, Jorge era un año mayor que él, tenían una gran amistad que les unía como uña y carne. Joel pensó en que contó a su primo todos los detalles del día en que vio el brazo de Cecilia por el ángulo que le permitía la puerta trasera del

patio. Pero, haciendo un reconocimiento de la charla se percató de que no le había comentado nada de la guía, ni de la carta. Un detalle que había pasado por alto, algo que en aquel día de reflexión y allí en la piedra se dio cuenta de que era muy importante.

Se acordó que llevaba consigo la carta, de que antes de abandonar la casa de sus abuelos el día anterior, en un descuido la cogió de debajo del colchón. Contemplando el plácido sueño de su hermana, sacó la carta del pantalón y comenzó a leerla desde el principio:

*“Querido Juan,*

*Me dirijo a usted para decirle que sigo enamorada de su hermano, lo cual me impide complacerle a vos. Sé que no será de su agrado recibir esta carta y menos como comienza, pero yo debo informarle de mi sentimiento hacia él. Jamás me perdonaría si dejase escapar la oportunidad de confesarle a su hermano lo que yo siento por él. Además creo saber que usted ya se lo veía venir, ya lo suponía.*

*Mi dolor le acompaña pero entienda que mi corazón corresponde a Ernesto, y usted sabe al igual que yo que si me convierto en su prometida ya no habrá vuelta atrás.*

*Espero que esto no enturbie nuestra relación si algún día llegamos a ser familia.*

*Sintiéndolo mucho reciba un abrazo cordial...*

*Cecilia ”*

“Ernesto”, fue lo primero que expresó Joel, en la carta Cecilia se dirigía a un hombre expresándole que estaba enamorada de su hermano, su hermano Ernesto. No sabía si era una coincidencia, si era su propio abuelo o sin embargo otro hombre con el mismo nombre. Aunque si su abuelo era ese Juan al que Cecilia se refería en la carta no habían llegado a ninguna parte. O por lo menos eso parecía.

Joel se guardó la carta. Miró a su hermana que seguía durmiendo y admirando el paisaje pensó:

*<<Mañana quedaré con mi primo y se lo contaré. Le contaré todo. Buscaremos la manera de solucionar, de encontrar, el porqué... Algo pasó años atrás con mi abuelo y esa mujer, Cecilia. Algo se halla escondido en un pasado, encerrado con llave>>.*

## **“El sexo..., en su apogeo más triste”**

Las farolas de la calle se encendieron adoptando ese color naranja de un buen principio. La tarde era fría, el cielo estaba oscuro repleto de nubes grises, pasó toda la mañana lloviendo y las calles estaban mojadas. Había charcos en los desniveles de las aceras, aunque las baldosas estaban volviendo a su color habitual, el agua se disipaba. El bar de Carlos estaba cerrado, era su día libre por lo que al verlo Joel suspiró. No tenía ganas de que le recriminarán las cervezas de su padre del otro día, puesto que el chico sabía perfectamente que Antonio no había dado señales de vida por el bar. Todavía no era fin de mes.

Desde que Joel tenía conocimiento de las cosas, no recordaba ningún mes que no hubiese faltado dinero en casa. Daba igual ocho que ochenta, nunca en esa casa se podía llegar a final de mes, aunque solamente fuese con dos mil pesetas de desahogo. Diez días después de que Antonio cobrara su jornal ya no quedaba nada. Ni un solitario duro. Era muy joven para entender la dureza de la vida, sin embargo no se necesitaba mucha experiencia para las cuentas. No pagaban una hipoteca, el piso quedó en herencia de sus abuelos por parte paterna. Por lo que los gastos no eran abundantes, en cierta medida. Siempre costaba, en cualquier tipo de familia, nunca ha sido fácil, pero en la suya se daba cuenta de que era un derroche de una riqueza que no había.

Andrea al quedarse embarazada fue a vivir con Antonio y su padre, puesto que éste no le podía ofrecer nada mejor. <<Viviremos con mi padre Andrea, mejor esto que la calle>>. Juan y María hablaron con su hija y la dijeron que no había necesidad

de abandonar la casa, que podía seguir viviendo con ellos. Juan intentó convencer a su joven hija de que lo que más la convenía era seguir viviendo con sus padres. Juan conocía a Antonio del barrio y no le gustaba nada, sabía de buena tinta de que pie cojeaba.

Sonia, la mujer de Felipe; el padre de Antonio, se suicidó en el cuarto de baño de la casa en la que residen. Antonio encontró a su madre con el cordón de la ducha vuelto en su cuello una triste mañana de verano. Felipe no fue un buen marido y en muy pocas ocasiones un buen padre, con sus infidelidades, malos tratos, borracheras y muchas desagradables cosas más, acabó con su matrimonio llevando a su mujer al borde del precipicio, que en aquéllos tiempos no encontró mejor solución que la del suicidio.

Andrea acabó marchando con Antonio y su suegro a los cuatro meses del embarazo. La convivencia con su suegro no fue muy duradera, pasaron cuatro años, cuando a sus sesenta y nueve años una embolia lo dejó en silla de ruedas. El padre de Antonio castigó mucho su cuerpo durante años, por lo que el alcohol le jugó esa mala pasada. Transcurrieron tres semanas desde la embolia hasta su fallecimiento.

María ya se encontraba mejor de sus cervicales, por la mañana al levantarse para ir al colegio lo primero que hizo Joel fue llamar a sus abuelos. Su madre la regañó cuando salió de la habitación y lo vio enganchado al teléfono. Le dijo por la noche que ya se lo diría ella al volver del colegio, pero Joel no se fiaba. Se ganó una colleja de buena mañana, pero le dio igual.

Joel avanzó por la calle en busca de su primo Jorge, el relojero de la esquina estaba aposentado en la puerta del local fumando un cigarrillo. Al pasar por delante

saludó al chico y no le prestó mayor atención. Joel se extrañó, Luis el relojero, siempre que lo veía le saludaba con cierta gracia e incluso le entretenía con sus chistes. Eran unos chistes muy malos, pero Joel los aguantaba porque seguidamente después siempre le daba alguna golosina.

Joel le devolvió el saludo y continuó su camino. Pensó que en cierta manera le vino bien, no tenía muchas ganas de aguantar sus chistes, además tenía cosas más importantes que hacer. Debía hablar con su primo sobre la guía y la carta de Cecilia.

Jorge compró un paquete de pipas en la bodega de al lado de casa. Él y Joel se sentaron en el primer banco de las palmeras. Jorge abrió la bolsa de pipas y le ofreció a su primo, éste puso las manos en forma de cuchara y Jorge le llenó la mano de pipas.

-Bueno, haber –le dijo Jorge después de escupir la cáscara de una pipa-. ¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme?.

Joel comenzó su historia, le contó todo al detalle, le explicó lo de la guía y lo que consiguió sonsacarle a su abuelo, le enseñó la carta y le habló de las coincidencias de los nombres. Jorge se mostraba atento, cada vez más ansioso a medida que avanzaba la historia; quería saberlo todo.

Habían acabado las pipas cuando Joel terminó su historia. Jorge se mostró intranquilo al conocer el relato. Durante unos minutos contempló atónito la carta. La leyó dos o tres veces a lo sumo, no había ninguna fecha pero se dijo, que tendría por lo menos treinta años.

Ninguno de los dos sabía por donde empezar, primero deberían averiguar si alguno de los hermanos de Juan se llamaba en realidad Ernesto. Aún así, no podrían

saber si esa carta iba dirigida al abuelo de Joel. Necesitarían saber más cosas, averiguar que era exactamente, a lo que pertenecía esa marca que había en la guía. <<Tan sólo somos unos adolescentes, ¿cómo nos las apañaremos?>>. Tendrían que ir a la barriada de la Barceloneta y averiguar lo que ocurría, o que pasó en un tiempo remoto en aquél lugar.

Marcharon a casa cada uno por su lado, Jorge comentó que hablaría con su hermano Carlos para ver si conseguía algún tipo de información al respecto, ya que Carlos era siete años mayor que él y eso podría ser una ventaja. Se despidieron y quedaron que el sábado por la tarde cogerían el metro de la línea amarilla que estaba en el barrio de la Verneda, en el polígono industrial que había en la parte sur del barrio e irían a conocer el lugar que como antigua cruz en un mapa del tesoro, radiaba de inquietudes y curiosidad en el cruce que formaba esas calles en la guía.

Antonio no estaba en el sofá, eran más de las nueve, Andrea puso sobre la mesa dos platos, uno con un bistec y cuatro patatas fritas para la pequeña Susana y otro muy similar para Joel. La cara de Andrea parecía tostada por el Sol, sus mejillas eran como dos fresas en plena temporada. Joel se la miró retraídamente, jugueteó con el tenedor en su plato mientras su hermana cogía una patata con los dedos y se la llevaba a la boca.

La mano de su madre le cayó con fuerza tirando la patata al suelo. Susana remugó y su cara cambió de color, su boca se abrió en señal de réplica, y comenzó a llorar.

-Ahora llora –dijo secamente Andrea-, llora todo lo que quieras –dio media vuelta y volvió a la cocina.

Joel frunció el ceño, levantó a su hermana y se la colocó en sus piernas. <<Es una cría, ¿ acaso va ha entender que hay que usar los cubiertos? –se decía Joel mentalmente, aunque no le faltaban ganas de decírselo gritando-, tan sólo una cría... Me parece vergonzante y repugnante, no sé si mi padre le habrá hecho alguna, pero no tiene porqué pagarlo con nosotros. Puedo entender su malestar si mi padre la ha chillado, o vete tú a saber que..., pero es una cría, ¡Sólo tiene cuatro años!>>.

Reposaban la cena los dos hermanos juntos en el sofá del comedor, sentados encima de una colcha que hacía de cojines sobre la dura tabla que sustituía éstos. Encima de la mesa había un cuadro, llevaba dos semanas ahí colgado y el cristal ya resquebrajado pedía clemencia. Sentado en el sofá haciendo de respaldo para su hermana, Joel esperaba a que comenzará el amago, a ver a su hermana como el peso de sus párpados caían cubriendo sus ojos y así llevarla a su cama. No tenía ganas de que se pusiera nerviosa por llevarla antes de tiempo. Además, la noche no parecía presentarse muy sosegada. La puerta de la cocina estaba cerrada, Andrea no salió en todo el rato, Joel no tenía ni idea de que pasaba detrás de esa puerta y aún teniendo curiosidad prefería no saberlo. La indiferencia le enseñó que en momentos de su vida le era de buena ayuda.

-¡Chata! –el grito provenía de la habitación de matrimonio, Antonio usaba esa palabra en tono vulgar para llamar a su mujer. Joel giró la cabeza buscando a su madre en la puerta de la cocina, pero ésta no se asomó.

“Toc, toc...” Los puños de Antonio golpearon fuertemente la pared, y a la vez volvió a levantar la voz en busca de su mujer.

-¡Chata!. ¿Estás sorda?. ¡Chata! –y de nuevo golpes que hicieron retumbar el tabique que separaba la habitación del comedor. Joel decidió salir del comedor y refugiarse en la habitación de su hermana. Cogió a ésta en sus brazos y la llevó a la cama. Estaban en mitad del comedor, cuando la puerta de la cocina se abrió bruscamente.

-¡Ya voy! –Andrea tenía la cara todavía más roja que antes, parecía que se hubiese llevado a la boca cientos de guindas mejicanas-. Mierda de hombre –esto último sólo lo concibió Joel. Andrea cerró la puerta de la cocina estrepitosamente.

Los gemidos de sus padres atravesaron las paredes, Susana ya dormía; el escuchar a sus padres practicar el sexo le repugnaba. Tapó a su hermana hasta arriba y marchó a su cama. Se deslizó debajo de las sábanas levantó la almohada y se tapó con ella para no oír nada. Al cabo de media hora se durmió.

## “El puñal”

Pasaron tres semanas hasta que Jorge y Joel pudieron verse, Susana tuvo que ingresar en el hospital por las convulsiones y Joel pasó ese tiempo con sus abuelos. Vivían en la misma barriada pero, Joel no estaba para nada, durante esos días no tuvo ánimos para deambular por lugares recónditos de una barriada que no conocía. No le importaba Cecilia, ni la guía, ni los misterios que surcaban a todo el conjunto. Necesitaba a su hermana.

Todo volvió a la normalidad, Jorge vino a buscar a su primo después de comer, a eso de las tres y media. En casa de Joel todo transcurría con tranquilidad, por lo que le dio más serenidad al marchar. Cruzaron las palmeras adentrándose por la calle San Damián, que les condujo al polígono industrial de la Verneda.

Joel disponía de ciento cincuenta pesetas en su bolsillo, los billetes le costaban ciento diez, ida y vuelta, le sobrarían cuarenta pesetas que no le darían para merendar pero si para comprar alguna golosina y saciar esa necesidad.

Cruzaron por la calle de la gasolinera para ir a parar a la calle principal del polígono. Era una avenida muy ancha, todas las persianas de los almacenes estaban cerradas, exceptuando alguna que estaba a media altura. Por la avenida circulaban un par de coches escasos en ambas direcciones, las aceras estaban desiertas, el sol de la tarde bañaba todo el lado izquierdo centelleando en los cristales de las fábricas.

Pagaron los billetes en taquilla y bajaron al andén. La estación del metro estaba solitaria y en un silencio hostil. En la pared había unos cuadrados que se

embutían unos treinta centímetros dejando un asentamiento a media altura cubierto de un mármol de marfil, que hacían de bancos. Se sentaron en uno de ellos, Joel se acercaba a la vía y miraba al limbo del túnel buscando la cegadora luz del vagón, iba y venía, la impaciencia no lo dejaba estarse quieto.

Cinco minutos después iban sentados en el último vagón el cual estaba vacío. Pasaron cinco paradas solos, comentando que harían al llegar. Jorge había llevado consigo una pequeña guía del municipio de Barcelona; así podrían encontrar las calles con más facilidad. Abrieron la guía y buscaron en el índice la calle Pescadores. Se marcaron una ruta a seguir la cual siguieron una vez llegaron a su destino.

La salida del metro lindaba con la plaza de Pablo Vila, donde árboles de una avanzada edad bordeaban el lugar, una fuente en medio rebosaba agua sin cesar, la plaza estaba ocupada por cuatro o cinco jóvenes de unos dieciséis años, que al parecer formaban una pandilla. Rodearon la plaza y cogieron el paseo de Juan Borbón en dirección a la playa de San Miguel. Las terrazas de los restaurantes estaban vacías pero el olor a marisco era abundante en la zona. A medida que avanzaban por el paseo la brisa del mar arremetía contra ellos, el frío se tornó más intenso y se les metió en los huesos. Dedujeron el porqué de las solitarias terrazas.

Escondieron sus manos debajo de las mangas, y las colocaron en los bolsillos de la chaqueta. Antes de llegar a la calle Juicio un enorme salón recreativo se amparaba frente a ellos, estaba abierto y jóvenes y mayores, la mayoría chavales, se agolpaban en su interior. La tarde era soleada, pero aún así el aire era frío y cortante. Entraron a curiosear las máquinas recreativas en busca de alguna diversión, divisaron una máquina donde dos chicos jugaban un torneo de fútbol. El más pequeño llevaba

una gorra beige vuelta al revés, una camiseta del equipo de fútbol del Barcelona sin ningún número en el dorsal, unos tejanos acampanados con un dobladillo que dejaba entrever unas bombachas bámbas de deporte. Movía las piernas como si estuviera de verdad en un terreno de fútbol, su compañero que daba la impresión de llevarle dos o tres años de edad, se mostraba enojado por la paliza que estaba recibiendo. El chico movía el joystick con agilidad mostrando filigranas en la pantalla, sus jugadores virtuales se hinchaban a correr y se pasaban el balón con verdadera profesionalidad.

Joel chocó su codo contra el de su primo y le hizo un ademán de que salieran, parecía haber mucho vicio en ese salón. Dejaron los videojuegos atrás y prosiguieron su camino. Se detuvieron al cruzarse con la calle Juicio.

-Bueno –comenzó Jorge-, parece ser que hemos llegado –y golpeó con gentileza el hombro de su primo. Joel sonrió y miró los pisos. No había grandes bloques, el más alto tenía cuatro pisos de altura, hacía esquina con el paseo, en la planta baja una pequeña bodega tenía sus puertas abiertas. Los inmuebles colindantes eran de tres plantas que al llegar al cruce con la calle pescadores se transformaban en casitas de dos y una planta. Casas bajas con pequeños adosados en su parte superior, cada una de fachada distinta. Las aceras muy estrechas que sólo quedaba paso para una persona. Cruzaron dos calles y llegaron a una tercera, la de San Miguel.

-Ahí delante está la calle Pescadores –dijo Jorge-, esta es la zona –y trazó un círculo imaginario con su mano derecha-, ahora nos falta averiguar que buscamos.

-Demos una vuelta a ver si algo nos llama la atención –concurrió Joel y avanzó hasta la calle Pescadores.

Miraron ambos lados, en el tramo que iba desde la calla Juicio hasta la playa de San Miguel, la calle Pescadores albergaba en su lado izquierdo dos inmuebles de

tres plantas al principio y los siguientes se constituían de una sola planta baja. A mano derecha sin embargo comenzaba con una residencia de ancianos de tres plantas y los inmuebles colindantes eran viviendas de dos plantas en forma de casitas. La segunda planta de algunas viviendas tenía una terraza la cuál hacían servir para tender la ropa. Lo único que les pareció curioso en ese tramo de la calle Pescadores fue la residencia de ancianos que se proyectaba en la misma esquina de las calles y curiosamente la entrada principal estaba en Pescadores aunque en la calle Juicio otra puerta se divisaba con un rótulo de metra quilato en lo alto en el que se podía leer en letras mayúsculas “RESIDENCIA SAN MIGUEL”.

En la otra esquina, en el tramo de Pescadores dirección montaña, la calle daba la impresión de ser más estrecha. No era así, puesto que era un efecto visual que originaban los edificios al ser más altos. En ese lado de la calle eran de cuatro y cinco plantas con pequeños balcones en el centro de dos ventanas por inmueble. Al ser la calle tan estrecha y las aceras tan pequeñas la sensación que les concedía era la de dos enormes murallas que los encerraba y transformaba aquél lugar en un frívolo paraje.

Caminaron unos doscientos metros sin resultados. Recorrieron la calle arriba y abajo durante una hora, y no consiguieron más que inquietarse por la consecuencia de la situación. Al pasar por las casa bajas en dirección a la playa una puerta se abrió; un hombre mayor de unos cincuenta años surgió y se paró en la puerta dejando ésta abierta. Su cabeza brillaba por la falta de pelo y éste de un color blanco le resbalaba por las orejas formando una lustrosa coronilla. Las facciones marcadas y rugosas por la edad vislumbraban conmoción. Miró a un lado y a otro como si buscara algo. Joel se lo quedó mirando puesto no consideraba que tuviese intención de salir, el hombre

llevaba una bata ajustada por un grueso cinturón de verde oscuro al igual que ésta. Le cubría hasta las espinillas que sobresalían por debajo de la bata tapadas con unos calcetines blancos con dos rayas azul marino al final. Unas zapatillas de gris manchado de aceite abrigaban sus pies. Disimuladamente Joel miró al interior de la casa y le dio la impresión de que era muy pequeña. El hombre divisó al frente y Joel volvió la cabeza, oyó un portazo y volvió a mirar, el hombre ya no estaba.

-Me da la impresión –se dirigió a Jorge con desánimo-, que no encontraremos nada. No tenemos nada, en la guía no había ninguna nota, no sabemos que busquemos... ¿Cómo sabremos qué es si topamos con ello?.

-La verdad es que tienes razón. No tengo ni idea siquiera si nos daremos cuenta, y sinceramente creo que no. Esto es un barrio –Jorge recorrió la calle y alzó los brazos- que parece muy olvidado, muy dejado. La gente es muy rara me da la impresión. No sé que decirte Joel, no sé que hacer.

-Lo mejor será dejarlo estar. Mejor olvidarnos del tema –Joel metió las manos en sus bolsillos mientras agachaba la cabeza-, me deprime y me fastidia..., pero será la mejor solución. Quizás podamos averiguar lo de la carta, nos será más fácil. Sólo tenemos que buscar la manera...

-¡Joel! –al escuchar a su primo levantó la cabeza, había cruzado la calle y estaba en la esquina opuesta de la residencia-. ¡Corre, ven!.

La vivienda de la esquina tenía las ventanas tapiadas con maderos envejecidos y desgastados por el paso de los años y el temporal. A Joel no le significó nada, Jorge sin embargo dijo que podría ser la casa en la que vivieron, o donde se fraguó aquel *in fortuito* amor. Joel no creía que esa casa les llevara a ningún lugar, se acercó a la puerta, buscó un timbre en los cantos pero no lo encontró, se fijó en la madera de la

puerta estaba hinchada y tenía un gran desconchón en la parte inferior. Al elevar la vista se sorprendió, un gran pórtico en lo alto le pareció caérsele sobre su cabeza propinándole un fuerte golpe. Un enorme escalofrío le atravesó al igual que aquella mañana postrado frente la puerta de la casa de Cecilia. Dentro de una lágrima de hierro colado se encontraba un puñal oxidado por la lluvia y los pocos cuidados, con su empuñadura curvilínea apuntando hacia la tierra y el cielo. La imagen del puñal se le incrustó en las pupilas, representaciones pictóricas le arremetieron en su cabeza, sumido en un mundo de incertidumbre hasta que Jorge paseó su mano por el frente de sus ojos queriendo interponerse entre el horizonte que éste parecía divisar con miedo.

-Jorge... -murmuró.

-¿Qué pasa?. ¿Qué has visto?

-...el puñal...

-¿Qué pasa con el puñal...?

-...es el mismo... el mismo pórtico que había en casa de Cecilia –consiguió decir.

## “La casa”

La oscuridad de la noche bañó la calle Pescadores, las farolas reclinadas en las fachadas de los edificios inyectaban un tímido haz de luz sobre la calzada. Eran más de las siete de la tarde, Joel y Jorge permanecían sentados en la puerta del viejo inmueble sin saber que hacer. Estaba claro que lo que buscaban ya lo habían encontrado.

<<Y ahora, ¿qué?>>.

Tanto uno como otro, quedaron ensimismados, tenían la respuesta a la señal de la guía, sabían que aquel círculo que enmarcaba las calles Juicio y Pescadores escondía una casa. Lo único que sacaban en claro era el echo de que esa casa pertenecía a Cecilia.

-Lo mejor será entrar –se aventuró a exponer Joel.

-Pues ya me dirás por donde, todas las entradas están tapiadas.

-Tienes razón, pero están recubiertas con maderos muy deteriorados. Seguro que se rompen fácilmente.

-¿Y las rejas?. Qué me dices de ellas –Jorge se levanta y se aproxima a una de las ventanas-, que sugieres. ¿Cortar los barrotes?.

Jorge agarra uno de los barrotes, lo palpa con su mano derecha, se vuelve hacia su primo, lo mira, una sonrisa un tanto irónica se perfila en sus labios afirmando la dureza del hierro. Con su mano izquierda tira del primer barrote con fuerza para demostrar a Joel lo que les impide el camino. Al apartar su mano virutas de hierro desgastado se amontonan en su palma, cree que son restos de pintura por el

deterioro. Joel se acerca, coge la mano de su primo y la observa, toca las virutas y se vuelve a la ventana. Inspecciona el primer barrote y lo acaricia con sus dedos buscando impurezas, vuelve a mirar a su primo y afierra la varilla oxidada con las dos manos. Comienza a tirar de ésta y se ayuda con su pierna derecha pisando fuertemente la pared en forma de muelle. Prueba a dar dos impulsos y una viruta se le clava en la palma de la mano, el dolor es agudo pero no se suelta; se balancea de nuevo poniendo todo su empeño.

Jorge advierte que el barrote cede, asombrado asiste a su primo para probar un arranque común con la esperanza del cese. <<Una... dos... y... ¡tres!>>. Tiran con fuerza al unísono y caen juntos de espaldas. Se miran buscando quien de los dos ha soltado las manos, al no encontrar respuesta sus miradas regresan a la ventana.

El primer barrote ha quedado suelto por la parte baja y se balancea sujeto por un fino punto de soldadura en la parte superior. Rápidamente se alzan frente a la ventana, recorren los alrededores en busca de alguien, nadie ha visto nada. Joel para el balanceo de la varilla y al tirar un poco de ella, ésta se le queda en la mano. Se la muestra a Jorge mientras dibuja en su rostro la misma risita irónica que le mostró anteriormente éste.

-Me parece que no hará falta cortar los barrotes...

Es una ventana amplia y entre los barrotes hay un margen bastante extenso, la cavidad que se aprecia al desplomarse el primer barrote parece suficiente para acceder al interior. La calle sigue vacía, apenas algún viandante cada diez minutos. Los maderos que les cubren la entrada se prestan con facilidad. Jorge después de un reconocimiento visual al paraje arranca el primer tablón y lo lanza al interior de la

vivienda. Joel vigila ambos lados de la calzada mientras su primo avanza veloz abriendo hueco.

Después de sacar tres maderos la abertura es suficientemente amplia para introducirse por ella. Jorge sin pensárselo dos veces se enfila a la ventana dejándose engullir por ésta. Joel disimula intranquilo al ver salir una mujer de la puerta de la residencia. La mujer repara tímidamente en él y se encamina hacia el lado contrario. El muchacho espera a verla desaparecer por la siguiente travesía, y se cuela por el hueco de la ventana.

El interior es como un cuarto oscuro, pasan unos minutos hasta que sus pupilas se adaptan a la oscuridad del interior. Todo lo que ve son sombras; busca una en forma de humano pero no la encuentra. <<¿Dónde se ha metido?. Joder, esto está muy oscuro>>.

La abertura le proporciona una insignificante ráfaga de luz procedente de las ruinosas farolas de la calle. Consigue emparejar las sombras e imagina que se encuentra en una especie de salón.

-Joel –un susurro apenas perceptible provenía de la habitación contigua -, Joel, ven aquí...

Avanzó en la dirección de donde emanaba la voz de su primo Jorge, tropezó con una tosca mesa, una sábana la cubría y al apoyarse Joel con sus manos sobre ésta notó que el mantel estaba húmedo. Se extrañó, rodeo la mesa y se apresuró en busca de su primo.

Era el recibidor, la luz se filtraba por las grietas prominentes de la puerta proporcionando una cálida claridad. Jorge se mostraba erguido frente a un espejo

ovalado, sus manos habían pasado por lo alto y se veía el rastro de sus dedos estampados en el polvo. Todo estaba recubierto por un abundante polvo, que por los años se había aposentado dejando una capa abultada.

Joel se fijó en el ovalado espejo, su marco de bronce... Agarra la sábana que cubre una supuesta cómoda y tira de ella. Efectivamente, la robusta cómoda compuesta de tres cajones en la parte superior y dos puertas en la parte inferior... Y como no, los tiradores dorados con unos ribetes en forma de flor... <<No hay duda, es la misma>>.

¿Qué pasa? –pregunta Jorge.

-La cómoda, el espejo... -susurra Joel.

-¿Qué?. ¿Qué ocurre...?

-Estos muebles estaban en casa de Cecilia –se vuelve pensando que no puede haber tanta coincidencia-, son los mismos que había en el recibidor, donde encontré la guía y la carta.

Los dos primos se miraron fijamente, no podía ser. Joel ante la incertidumbre que recorría sus cuerpos se puso en cuclillas frente a la cómoda. Miró de nuevo a su primo y éste colocó cara de asombro, no entendía nada. Joel pasó sus dedos por el tirador del primer cajón y lo abrió.

Una bolsa se encontraba en su interior, Joel sacó la bolsa y la depositó sobre la cómoda. La espolvoreó y sacó el objeto que había en su interior. Sopló fuertemente sobre ello y se giró mostrando a su primo el objeto en alto.

-Una guía –comunica-, una guía de calles del municipio de Barcelona, con fecha de 1.978.

## **“La fiesta mayor”**

Las fiestas del barrio ya han comenzado, un tumulto de gente se amotina en las atracciones. La avenida principal del barrio Buen Pastor está cortada al tráfico, cada año por estas fechas en el principio de la calle San Adrián ubican el escenario de la orquesta que animará la noche a vecinos y transeúntes y a continuación, en el último tramo las atracciones de la feria divierten a pequeños y grandes.

La noche ha empezado hacer mella en las calles y las luces de la feria se aprecian desde cinco travesías más atrás. En la tarima del escenario técnicos comienzan a preparar los instrumentos, luces, sonido...; que dará vida en unas horas a la orquesta. En los alrededores garitas improvisadas preparan sus repertorios de cerveza, las cadenas de luces cuelgan de las ramas de los árboles, todo se prepara para comenzar la fiesta. Los bares cercanos sacan sus mesas y sillas a la calle preparándose para hacer buena caja. Hoy es una noche que trabajarán hasta tarde pero, les recompensa.

Antonio se encuentra en un bar cercano tomando una cerveza. Estático en la barra mira la televisión que cuelga en lo alto en una esquina de la entrada. El bar está repleto de gente siguiendo la retransmisión de un partido de fútbol. Cuando el silbato del colegiado pita el final del partido Antonio lleva seis cervezas en el cuerpo. Sale del bar y pasa por delante de la tarima, todo está preparado para que la orquesta pueda comenzar la fiesta. Unas vallas en el mismo centro de la calzada, a unos cincuenta metros de distancia del escenario, enjaulan a un técnico de luces y sonido con todos sus aparatos.

Antonio se para posándose en una de las vallas.

-Disculpa –se dirige al técnico-. ¿A qué hora comienza el cotarro?.

-No creo que tarde mucho, el personal de la orquesta ya ha llegado.

Antonio le da las gracias y continúa su camino. La iglesia del barrio tiene su entrada frente al parque que colinda con la avenida principal. Al pasar por la iglesia las campanas suenan dando a conocer la hora. Son las once y Antonio piensa en ir a casa a picar alguna cosa, coger a su mujer e hijos y volver para pasar un rato en la fiesta del barrio.

Andrea mira la televisión desde el sofá mientras toma un café. Está mirando una película por el primer canal. Susana duerme plácidamente en su cuarto desde hace dos horas. Andrea aprovechó ese rato para estar tranquila en su soledad. Andrea tenía veintisiete años y dos hijos, al marchar tan joven de casa tuvo que madurar muy deprisa, tan sólo tenía diecisiete años cuando fue a vivir con su marido y tuvo su primer hijo. Había pasado a ser madre sin apenas disfrutar la edad del pavo, aunque al parecer esto acarreó consecuencias. Unas consecuencias que por el momento pagaban sus hijos. Y es que como bien dicen; los que duermen en el mismo colchón acaban de la misma condición. Y eso al parecer ocurría con Andrea. Era una mujer muy orgullosa pero en el mal sentido, en ese orgullo que a veces tenemos que tragar; ella sin embargo hacía lo contrario. Ese engreimiento suyo la llevó a rechazar la casa de sus padres cuando se quedó en estado. Con tan sólo diecisiete años que mejor que con sus padres.

Joel no había llegado a casa, era muy tarde para que un chaval de su edad estuviera en la calle. Andrea pensó en su hijo pero, rápido desplazó ese pensamiento a un rincón de su mente, quería disfrutar de un rato a solas.

La puerta se abrió, Andrea pensando que era su hijo ni se inmutó, no pensaba decirle nada. Antonio atravesó el marco sin puerta adentrándose en el comedor. Andrea al verlo se incorporó.

-Ya era hora –se dirigió a su marido reprochándole lo tarde que era-. ¿Ya vienes borracho?.

-Anda, déjame en paz. Sólo he tomado unas cervezas viendo el fútbol –se sentó en el sofá acomodando su espalda con un cojín descosido-. Prepárame algo de comer, anda; que nos vamos a la orquesta.

-Tú estás tonto o que. Tú hija ya esta durmiendo, además no son horas para estar por ahí con los críos.

-Pero que dices mujer, no hables de lo que no sabes –cogió el mando de la tele y cambió de emisora-. Venga espabila, que tengo hambre. Antonio era un hombre de vida fácil, una persona de las que solamente les preocupa su existir, o eso parecía. Cuando lo obligaron a marchar de la empresa donde trabajaba con su hermano por su adicción al alcohol, Antonio comenzó a trabajar de peón en la construcción. En este sector cada viernes cobraba en metálico su paga, la cual a veces no llegaba a casa y cuando llegaba nunca era lo mismo.

Los viernes eran las seis de la tarde y lo podías ver en el bar de Carlos a cien metros de su casa tomando sus quintos habituales. El viernes que no lo encontrabas en el bar del barrio, no sabías entonces cuando aparecería. Llegaba a altas horas de la madrugada despertando a todo el mundo con su inmenso estado de embriaguez.

Andrea preparó algo a su marido. Antonio comió un poco y se tomó dos cervezas. En la estantería del mueble del comedor un pequeño reloj analógico con la esfera de plástico resquebrajada marcaba las once y media de la noche. Andrea sentada en una silla tomaba otro café preparándose para lo que se le venía. Vigilaba a su marido con el rabillo del ojo disimulando estar pendiente de la pantalla. La televisión se apagó y quedó sólo el punto rojo del stand Bay. Antonio ordenó a su mujer que vistiera a los críos para marchar. Andrea despertó a su hija y la vistió. Fue entonces cuando Antonio se dio cuenta de que su hijo no estaba en casa. Preguntó a su mujer y al ver que no supo responderle comenzó a despotricar sobre Joel.

Joel no conocía a su padre, vivía con él pero, no lo conocía. Jamás habían tenido una conversación padre e hijo, las únicas conversaciones que Joel recordaba de su padre eran las de los días en que al levantarse Antonio lo llamaba que pasara al cuarto de Susana donde éste había pasado la noche. Antonio de madrugada cogía a su hija y la llevaba a su habitación donde la dejaba en compañía de su madre, entonces él ocupaba la cama de su hija.

Una vez en el cuarto, su padre recostado en la pared puesto no había cabezal, lo miraba fijamente y con el mayor desprecio le decía:

-Tu madre es una puta, voy a separarme de ella.

La primera vez que escuchó esas palabras Joel tenía siete años, cuando su padre lo dejó marchar salió de la casa sin almorzar y bajo al portal donde se sentó y comenzó a llorar angustiosamente.

Pasando de su hijo marcharon los tres de casa a eso de la media noche. Cuando llegaron a la orquesta no había comenzado, las luces en el escenario estaban

encendidas, y una música sonaba en un tono de fondo. La gente ya estaba amontonada en las garitas comprando los típicos vasos de cerveza. Antonio se desprendió de su mujer e hija y se acercó en busca de un trago. Andrea le miró con indiferencia, agarró a su hija y buscó un banco para sentarse. Susana todavía estaba adormilada, y en sus ojos se podían ver restos de legañas que su madre no le quitó antes de salir de casa. La vistió y siquiera fue capaz de lavarle la cara.

Antonio volvió con dos vasos de cerveza, Andrea la rechazó en un principio. Su marido posó la cerveza en el banco de madera.

-Pues ya me la beberé yo –le dijo a su mujer y añadió para sí-, ya ves tú que problema.

Susana comenzó a menearse en el banco y a patalear reiteradamente en una de las patas. Andrea levantó el vaso de cerveza, <<sólo falta que ahora la niña tire la bebida>>. Con la cerveza en la mano Andrea contemplaba el espectáculo que acababa de comenzar. Al cabo de unos minutos bebía del vaso. Antonio que la vio terminó su bebida de un trago y marchó a buscar otra. Volvió con otras dos cervezas.

## “Un extraño”

No podían creer lo que había ante sus ojos. Una guía idéntica a la que Joel encontró en casa de Cecilia, una cómoda, un espejo ovalado..., todo era igual. Esto no puede ser -se decía Joel para sí-, no me puede estar ocurriendo esto a mí. Jorge se mostraba cauteloso esperando una respuesta, una aclaración por parte de su primo, algo que creía le iba a ser imposible.

El recibidor se transformó en una nevera industrial, un frío arremetió contra Joel, una sensación de angustia le desfiguró la cara, no sabía bien que le ocurría, pero le faltaba el aire. El frío era cada vez más intenso y abundante, Jorge se acercó a su primo asustado, le agarró la mano y le buscó asiento. Una silla apostada en la esquina hizo el servicio que Jorge buscaba. Joel agachó la cabeza y se frotó la frente, se quitó el suéter que llevaba, le molestaba.

-Salgamos de aquí –expuso Jorge-, necesitas tomar aire fresco, estás pálido.

Joel comenzó a toser, y con ello arcadas hasta que vomitó. Se recostó en la silla con la cabeza boca arriba, contemplando el techo y respirando profundamente. Parecía que las emociones le crearon un nudo en el estómago que hasta que no lo soltó no remetieron. El frío fue desapareciendo y el color de su cara recuperándose. Jorge suspiró al ver que todo volvía a la normalidad.

-¿Estás mejor?. Venga salgamos a la calle –insistió de nuevo.

-Sí, creo que sí –le contestó apoyando sus codos en las rodillas para que su cabeza se asentara en sus manos-. No es nada, supongo que el cúmulo de

casualidades, no sé, no estoy seguro. Pero, ya me encuentro mejor. Antes de salir, me gustaría ver la casa al completo, a ti ¿no?. ¿No tienes curiosidad?.

-Sinceramente, no –dijo rotundamente-. Ya tengo bastante.

Joel abrió la guía que había encontrado buscando las calles Juicio y Pescadores ante la atenta mirada de su primo. En el índice buscó las calles y pasó las páginas hasta dar con ellas. En la hoja no había nada marcado, ninguna señal, nada. Esperaba encontrar la misma señal que en la otra guía o algo parecido pero, el pico de la hoja no daba señales de haberse doblado nunca, y en el cruce de las calles ningún círculo las rodeaba.

Cerró la guía con un golpe seco, en su cara se veía la desilusión y el enfado. Miró a su primo que seguía a su lado con tremendo asombro todo detalle. Le ofreció la guía y le preguntó:

-¿Qué hacemos?. ¿Nos la llevamos?.

Jorge cogió la guía entre sus manos le quitó algunas manchas de polvo que quedaban en la tapa, la sopesó y la dejó sobre la cómoda.

-Mejor que no.

Al salir del recibidor a mano izquierda había una puerta frente a la que se supone hubo en su día en el comedor. Estaba cerrada. Joel agarró accionó la maneta y abrió la puerta, todo estaba muy oscuro. Daba a la parte de atrás, al interior del edificio por lo que ningún resplandor de luz proporcionaba siquiera sombras.

-Será la cocina –apremió Jorge-, anda déjalo, salgamos fuera.

Joel quería indagar un poco más, averiguar alguna otra cosa, no podía marchar después de descubrir la casa. ¿Qué se escondía detrás de todo aquello?. ¿Por qué Cecilia abandonó la casa dejándolo todo?. Por el polvo y el aroma que se

respiraba en la casa hacía años que estaba inhabitada pero, ¿por qué?. Una arcada le propició una sacudida en la garganta, tosió un par de veces y se calmó. Estaba algo mareado, quizás sería mejor hacer caso a Jorge y salir. En todo caso ya volvería, y lo haría de día, con una linterna si hacía falta.

Al ver que Joel se decidía en aprobar la decisión de su primo de salir a la calle, a Jorge le cambió la cara. Le dio una palmadita en la espalda y se apresuró a decirle:

-Verás como el aire y la brisa del mar te sienta bien. Además, estamos al lado de la playa, podemos ir a la arena y dejar que la brisa nos acaricie y despeje un rato.

-Espera –le dice Joel y busca con su mirada la guía que reposa sobre la cómoda-. Quiero ver una cosa –se acerca y coge la guía de nuevo.

-¿Tú sabes como se llama la calle paralela al río? –le pregunta a Jorge.

-¿La del Molinet? –le responde con otra pregunta. El Restaurante del Molinet está situado al otro lado del río justo al cruzar el puente, es el típico restaurante de bodas y bautizos. Una casita que fue remoldada en representación de pequeño castillo y adecuada con un inmenso jardín en la parte posterior que servía de sala de fiestas.

-Ni idea –murmura mientras se estruja la cabeza-, no sé como se llama.

Joel fija la vista en la guía y busca la calle donde él vive, siguiendo el plano debe estar al final de la calle que es donde cruza el río. Encuentra la calle y lee la reseña que hay al borde de la página que indica donde continúa, la busca y allí está. Sigue la calle del Restaurante hasta llegar a donde se supone se encuentra la casa de Cecilia.

-Me lo temía –expresa en voz alta Joel.

Jorge se aproxima ante el comentario de su primo. Joel le enseña guía por la página que tiene abierta, un círculo rodea un número de una calle, la esquina de la hoja está desgastada y amarillenta por el dobladillo que hay en la misma.

-Aquí vive Cecilia –Joel señala con el dedo índice el círculo -, estoy seguro – confirma.

Deciden guardar la guía por si les puede ser de utilidad, puesto que nunca se sabe. Abandonan el recibidor de la casa y se dirigen al comedor para salir a la calle. El comedor parece estar más oscuro que cuando entraron, la luz ya no es tan prominente, al avanzar hacía la ventana se dan cuenta del porqué.

Un hombre estaba de pie obstaculizando la salida y la luz que entraba por el hueco que abrieron en la ventana. La luz destella en la forma humana que se les presenta ante sí; lleva una chaqueta de un gris oscuro, los bolsillos están rotos y deshilachados, es una especie de gabardina que le cubre hasta las rodillas. Las mangas de un mugroso jersey de lana le sobresalen por las mangas de la gabardina tapando las muñecas y dejando al descubierto unas manos castigadas con unas uñas roñosas. Llevaba unos téjanos con una oscura rodillera en la pierna izquierda, Joel pensó que sería por la suciedad acumulada, los zapatos eran de un marrón oscuro sin cordones, en el pie derecho la suela estaba despegada y asomaba el dedo gordo en conjunto con un agujero en un calcetín negro.

Jorge avanzó un paso a ver que ocurría, el extraño levantó su mano izquierda y le ordenó estarse quieto. Tenía una voz grave y entrecortada por el frío, parecía estar algo borracho. Joel pensó que por las pintas sería un vagabundo.

-¿Qué hacéis en mi casa? –preguntó el extraño. Joel palideció pensando que quizá no sería un vagabundo, aunque le extrañaba que esa fuera su casa. Era casa de Cecilia.

-Verá... señor... –comenzó Jorge-, la verdad... no hacemos nada... es que...

-Esta no es su casa –acató por encima de su primo dirigiéndose con firmeza al extraño-, esta casa no es suya, así que no tengo porqué darle explicaciones –miró a su primo y le hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera.

Avanzaron hasta la mesa del comedor donde pararon al ver que el hombre rebuscaba en su bolsillo deshilachado de la chaqueta. Joel ordenó al extraño que se quitara del paso que iban a salir, el hombre sin embargo lo miró desafiante con unos ojos verdes endiablados lo más seguro por el efecto del alcohol. Un pequeño puñal idéntico al del pórtico apareció entre sus dedos, lo alzó a media altura y volvió a preguntar:

-¿Qué hacéis en mi casa?. ¿Quién os ha dado permiso para entrar?.

Al ver el puñal Joel quedó prendido del pequeño artilugio, la cara de Jorge era un poema; Joel más que asustado por la situación se trastocó por el nuevo descubrimiento que tenía ante sus ojos, ese hombre, ese extraño sabía muchas cosas al respecto de lo que él buscaba. Joel apartó la vista del puñal divisando la cara y atendiendo los ojos del extraño, el verde de éstos le clavaban recuerdos que no acataba a descifrar.

El extraño avanzaba cautelosamente con el arma blanca en lo alto, Joel y Jorge aturdidos por lo que ocurría seguían como estatuas detrás de la mesa. Joel miraba fijamente el puñal que cada vez lo veía más cerca; no había duda, era como el que había encerrado en el pórtico de aquella casa y de la de Cecilia.

Las gotas de sudor eran cada vez más visibles y abundantes en la frente de Jorge. Joel seguía ensimismado en sus intentos de relacionar los acontecimientos del día para conseguir esclarecer alguna incógnita, por pequeña que fuese. Jorge sin embargo estaba muy nervioso, miró a su primo y encontró una tremenda serenidad en él. <<Reacciona, tenemos que hacer algo... -pensaba Jorge>>.

-No hemos tocado nada –exclamó suplicando Jorge-, somos unos críos..., ya sabe la curiosidad de una casa abandonada..., si nos deja nos iremos y jamás volveremos...

-¡Jodidos críos!. –alzó la voz colocándose a pie de la mesa del comedor enseñando el puñal por encima-. Lo lleváis claro si pensáis salir de aquí sin un severo castigo...

La mesa se alzó contra el extraño, un fuerte golpe sonó en el recinto al chocar contra su cabeza, el hombre se desplomó y la mesa sobre él. Joel había salido de su mundo y reaccionó en el momento oportuno, Jorge lo miraba estupefacto. Bordenaron la mesa y Joel se agachó al ver el brazo del hombre que sobresalía por debajo de la mesa sosteniendo todavía el puñal con su mano. Le quitó el puñal y salieron avivadamente de la casa.

## “Sentimiento protector”

La casa estaba vacía.

Joel entró en la cocina donde los platos se amontonaban en la pica, en la mesa del comedor un cenicero de cristal estaba repleto de colillas. Acudió a la habitación de su hermana y se encontró la cama vacía. Abrió la puerta de la habitación contigua, la de sus padres y lo mismo; a pie de cama ropa sucia esperaba que alguien la recogiera, las sábanas estaban caídas por el lado derecho de la cama donde las colillas y la ceniza se dispersaba por el suelo.

Entró en su habitación y se encontró la hucha encima del escritorio. Era un cerdito de cerámica que encontró un día en el container cuando bajó a tirar la basura. Estaba roto por un lateral y le faltaba una oreja, era casi igual de grande que su mano por lo que le gustó por la facilidad que tendría para esconderlo en cualquier rincón de su habitación. Con arcilla devolvió la oreja al cerdito y reparó el lateral pintándolo después con un rotulador de color negro. Era su hucha, su cerdito manchado, su caja negra.

El cerdito estaba vacío, no resonaban las monedas que durante dos meses guardaba con sumo mimo para el chupete de su hermana. Enormemente enojado alzó la hucha por encima de su cabeza y la estampó contra el suelo. El cerdito se destruyó en pedazos que se dispersaron por la habitación. Guardó el puñal que había quitado al extraño en el primer cajón de la mesita de noche.

Después de golpear duramente al extraño con la mesa salieron de la casa y corrieron hacia la boca del metro sin mirar atrás. El trayecto de vuelta a casa fue

como dos desconocidos, no se hablaron ni comentaron nada sobre lo ocurrido, preferían hablar otro día una vez se repusieran de la intensa vivencia.

Alas diez de la noche estaban en casa de Jorge. Carmen la tía de Joel le ofreció quedarse a cenar y su sobrino aceptó gustosamente. Después de la cena pasaron un rato en la habitación de Jorge tocando el órgano pero, sin mediar palabra. Alas once y media Carmen entró en la habitación de su hijo y al ver todavía a Joel, se enfadó por lo tarde que era, y mandó a su sobrino para casa.

Recorrió toda la casa pero estaba vacía, se paró en el comedor; no había nadie. Se sentó en la primera silla que agarró y de frente a la pantalla negra del televisor pensó donde podrían estar un sábado a las doce de la noche.

Se levantó al llamarle la atención una especie de cartulina que posaba sobre el televisor. Era un folleto de la fiesta mayor del barrio, donde en forma de agenda exponían todas las actividades. <<La Fiesta Mayor, claro –dijo en voz alta escuchándose asimismo-, no me acordaba de las fiestas, ya me imagino donde estarán –esto último lo dijo de forma que sabía lo que le esperaba>>.

El tiempo pasó y Antonio desapareció entre el gentío. Durante dos horas Andrea permaneció en el banco con su hija pendiente de la orquesta. Joel había llegado y su madre no le había prestado la más mínima atención. Joel pensaba decir que venía de casa de su primo y que su tía le había invitado a cenar, pero no hizo falta, su madre pasó de él.

Los jóvenes se movían sin parar, bailaban como locos y disfrutaban de la fiesta. La mayoría tendrían unos quince años por lo que cuando llegaban las fiestas

del barrio se regocijaban y desfasaban como no podían en todo el año. Las personas de una avanzada edad aprovechaban la ocasión para rememorar ciertos acontecimientos y en la provisional pista de baile daban rienda suelta a sus eternos bailes de salón.

Poco a poco solamente iban quedando los jóvenes y algunos padres. La orquesta daba sus últimas coledas buscando una despedida. Los borrachos se divulgaban por los rincones, las ventanas de los pisos cerraban sus persianas. La orquesta tocó su última canción dando las gracias al magnífico público de la barriada del Buen Pastor. La gente comenzó repetidamente a cantar al unísono <<¡Otra!. ¡Otra!>>, y como todas las orquestas, como ocurre en todas las fiestas de barrio, el grupo les otorgó otra canción.

La juventud aplaudió con fuerza demostrando así su alegría. Al finalizar la música de fondo volvió a sonar por los altavoces a la vez que se retiraban los del grupo y las luces de los focos disminuían de intensidad. La gente no se dio por vencida y volvió a mostrar su cántico pidiendo la última. Para sorpresa de todos a los dos minutos los focos volvieron a dar vida al escenario, la música de fondo dejó de sonar y aparecieron de la lona los ocupantes de la orquesta.

Susana dormía en los brazos de su hermano. Andrea recorría todo el perímetro de la fiesta en busca de su marido. Cuatro vasos de plástico vacíos se posaban en el banco, al levantarse Andrea dos de ellos cayeron al suelo. Enojada por la desaparición de Antonio, paseó por los alrededores a ver si lo veía. Joel y su hermana quedaron a la espera en el banco.

Al no encontrar a su marido, Andrea se dispuso a marchar a casa pero, antes mandó a su hijo a que lo buscara en los bares cercanos. En el escenario ya no había luces y la orquesta ya no volvió aparecer. Quedaban corrillos sueltos de jóvenes bailando y charlando, no tenían muchas ganas de volver a sus casas. En las garitas los camareros recogían para dar el cierre y así poder marchar a descansar.

Al rato Joel apareció por detrás del escenario, su padre venía detrás con un vaso de plástico en la mano. Al llegar a la altura del banco Joel volvió a coger a su hermana en sus brazos. Antonio discutió con su mujer diciéndole que era una cortarrollos, que era muy pronto y que quedaba mucha noche por delante. Andrea le dijo que ella marchaba a casa con los críos, que la daba igual la fiesta, a lo que Antonio asintió y le dijo que la fiesta continuaba en casa, tenía ganas de echar un polvo.

Al pasar por la iglesia Joel miró el campanario, el reloj marcaba las tres y media de la madrugada. Él y su hermana iban por delante agarrados de la mano, mientras que sus padres venían detrás discutiendo. Susana medio dormida caminaba como podía, Joel la ayudaba a seguir una línea recta y en pequeños momentos la cogía en sus brazos, puesto que apenas podía andar con su hermana en brazos. La placeta situada detrás de la iglesia a doscientos metros de casa estaba desierta, distantes luces iluminaban las zonas más céntricas de la plazoleta dejando rincones oscuros en sus límites. El Colegio del Buen Pastor constituía la parte trasera de la iglesia, era un colegio monjas donde acudían los más señorcitos del barrio, aunque había otro colegio privado, La Academia, el Buen Pastor se llevaba los elogios entre las madres de la barriada.

Joel y Susana llegaron al portal, en la acera del bar de Carlos dos jóvenes compartían una botella de coca-cola de dos litros que en su interior contenía la mezcla del barato y saciable calimocho. El joven más alto estaba encorvado en la persiana de un taller mecánico, con la cabeza hacia un lado reposando en el frío mármol que revestía el contorno de la entrada del mecánico. <<Vaya mierda que lleva –pensaba Joel>>.

Se sentaron en la repisa del portal a espera de que llegaran sus padres que venían a lo lejos. Antonio danzaba acompasado del brazo de su mujer, que tiraba de él y lo agarraba con fuerza para que no se fuera al suelo. Susana acostó la cabeza en el hombro de su hermano abatida por el cansancio. Joel acarició el pelo de su hermana con ternura transmitiéndole calma y bienestar.

Joel notó que el frío de la losa le calaba los pantalones por lo que acogió a su hermana sobre sus piernas, esperando la eterna llegada de sus padres. Un vecino del edificio de enfrente apareció por la esquina, venía como todo el mundo de la fiesta mayor y en sus ojos se detonaba las cervezas de más. Al verlos allí sentados antes de abrir la puerta, desde la otra acera, alzó la voz preguntando:

-¿Estáis bien chicos?.

-Sí –respondió Joel a la vez que le hacía una señal para que viera a sus padres-, gracias.

-Ah, entiendo –comentó el vecino al ver el estado de Antonio-, buenas noches chavales –y desapareció tras el portal.

Las palabras discordantes de la pareja eran cada vez más sonoras a medida que se acercaban a sus hijos. Joel cansado del ajetreo del día presenciaba la cochambrosa escena, sus brazos abrigaban el cuerpo de su hermana proporcionándole

en la mayor medida posible algo de calor. La brisa se levantaba y el frío comenzaba a calarle los huesos. Frotaba el costado de Susana con su mano derecha con la mirada perdida en el horizonte.

-Quita de en medio muchacho –expresó Antonio a su hijo en forma de mandato-. Venga mueve tu culo..., sal de la puerta...

Andrea tendió la mano a su hijo para ayudarlo a levantarse, Joel agarró la mano de su madre y se dejó impulsar alzándose sin despegarse de su hermana. Antonio sacó las llaves de su bolsillo del pantalón y jugueteó con la cerradura hasta que logró su propósito. Abrió la puerta y avanzó sin mirar atrás, no se molestó en aguantar la puerta para que entrara su mujer e hijos, entró y avanzó como pudo sin miramientos.

En el primer tramo de escaleras Antonio tropezó y cayó al suelo, la caída le provocó arcadas y echó todo el alcohol que su cuerpo le había permitido acumular. Joel paró a mitad del portal y esperó con su hermana a que Andrea se adelantara a atender a su marido. Antonio le apartó el brazo y le dijo de mala gana que podía ponerse en pie el solo. Continuó subiendo escalones lo más firme posible mientras su mujer lo seguía de cerca. Joel y Susana esperaban en el rellano a que llegaran al primer piso para comenzar a subir.

Andrea abrió la puerta y Antonio pasó directamente al lavabo. Joel entró con su hermana en brazos y la dejó en el sofá para ir a cerrar la puerta. Entonces Antonio salió del lavabo y al llegar a la altura del marco de entrada al comedor, se deslizó por el marco sin puerta hasta dar contra el suelo. Joel esquivó a su padre y avanzó a cerrar la puerta de entrada.

Andrea le decía de todo a su marido, mientras éste la miraba acongojado desde el suelo. Joel quería pasar a recoger a su hermana pero su padre estaba en medio intentando levantarse. Empezó a levantar la voz en contra de su mujer, la discusión iba subiendo de tono, Joel contemplaba la riña desde el recibidor sin todavía comprender el porqué de todo aquello. No sabía con exactitud que ocurría con sus padres, pensaba que quizás su temprana edad se lo impedía, aunque en su cabeza rumiaban vocecillas en busca de un significado coherente que le hacía imaginar que todo era debido a la bebida.

Llevaba auestas un día fatigoso por todo lo sucedido y sólo tenía ganas de acostar a su hermana y meterse en la cama a descansar. Se moría de ganas por finalizar el día, necesitaba descansar para poder cavilar sobre los acontecimientos en la barriada de la Barceloneta. Encontró demasiadas casualidades, nuevas pistas de algo que comenzó como un simple juego, o tal vez como algo sin importancia, una mera curiosidad que lo invadía y atrajo consigo a su primo Jorge. Las similitudes eran muy concisas, demasiado concretas, la guía del mismo año señalando la una a la otra lugares distintos y a la vez tan parejos, ¿qué había detrás de esos parajes?

Los ojos de aquel extraño, un vagabundo en poder de un místico puñal, un recóndito objeto que ocultaba algún sinuoso significado. Sobre todo la mirada, esos ojos desorbitados, inyectados en sangre, de un verde intenso un tanto singular, ¿dónde había visto esos ojos?. Le eran familiares pero se quedaba en eso de momento, la voz resquebrajada por la bebida la estrujó y la desbarató en mil pedazos durante todo el trayecto de vuelta a casa intentando encontrar algún tono familiar, pero todo fueron intentos en vano, suposiciones y adversidades sin un posible significado.

Después de todo tuvo que aguantar la cordura por el capricho de sus padres de conquistar el final de la orquesta. Hasta altas horas de la madrugada tuvo que armarse de paciencia y soportar la infame borrachera de su padre. Ahora que estaba por fin en casa no veía la finalidad con su padre delante de él obstruyendo el paso a su glorioso descanso.

Susana comenzó a llorar, los gritos de sus padres la habían despertado y por el tono de voz la niña estaba asustada. Antonio ya estaba en pie, Joel se coló por un lateral y entró al comedor para consolar a su hermana. A Joel le dio la impresión de que sus padres estaban tan cegados por la absurda discusión que no percibían que sus hijos estaban ahí, y que Susana lloraba desconsoladamente. Entonces Antonio se giró hacía ellos y mandó callar a su hija, la cuál berreó con más fuerza. Joel se percató entonces de que si que lo sabían y que les daba igual, por lo menos a su padre. Andrea se acercó y le ordenó a su marido que dejará en paz a los críos, entonces Antonio alzó la mano y la dejó caer con fuerza en el rostro de su mujer aplastándole el labio inferior y derribándola al suelo.

Los ojos de Joel se desorbitaron ante la bofetada, su madre yacía sentada en el suelo y un hilo de sangre brotaba de su boca por la parte inferior. Las gafas le habían caído al suelo y mientras miraba a su marido indignada palpaba el suelo con su mano derecha en busca de ellas. Joel salvaguardó a su hermana entre sus brazos calmando su desconsuelo mientras aturdido contemplaba la escena. No reaccionó de ninguna manera, tan sólo pensaba en la fragilidad de su pequeña y en su protección.

Andrea tenía la cabeza apoyada en el mueble del comedor que le quedaba a las espaldas. En el momento que Antonio apartó la vista de ella para mandar callar de nuevo a sus hijos, puesto no sabía siquiera quienes de los dos berreaba, Andrea

aprovechó la ocasión para abrir el cajón que le quedaba justo encima de su cabeza y sacó un cuchillo de la cubertería que se alojaba en su interior. Lo alzó en lo alto y acarició su boca con la mano libre enjuagando la sangre. Miró a su marido fijamente y en voz alta le dijo:

-¡Cómo me toques, te mato!.

Joel cada vez más asustado abrazaba con fuerza a su niña, protegiéndola de lo que pudiera ocurrir. No sabía a quien de los dos recurrir, sí a su madre o a su padre. La cara de Andrea era un poema y Joel se apenaba al verla, lo mejor era estar del lado de su madre, ella los defendería y protegería de las garras de su asqueroso padre. Pensó en llevar a Susana a su habitación y encerrarse juntos a espera de que su madre amainara la situación. Sin embargo no se movió, Andrea se levantó y siguió amenazando a su marido el cual la dejó estar tras un, <<Vete a la mierda, eres una perra...>>, y se sentó en el sofá al lado de sus hijos. Joel lo miró incrédulo apartándose a la esquina opuesta del sofá con su hermana. Entonces su madre enfurecida tiró el cuchillo al suelo y salió del comedor, abrió la puerta de la calle y se marchó.

Joel no salía de su asombro, su madre, la única que pensaba que los iba a salvaguardar había marchado sin miramiento alguno. El mundo le calló a los pies, el color de la piel le blanqueció por la sorpresa, no entendía como su madre los dejaba allí con un hombre que la acababa de pegar y estaba borracho. ¿Cómo era posible que una madre abandonara a sus hijos en manos de un hombre que le había propinado un maltrato físico?. No creía lo que estaba viviendo.

Antonio se levantó del sofá y se aproximó al mueble donde en el estante al lado del televisor, se encontraba el teléfono. Eran más de las cuatro de la madrugada,

descolgó el teléfono y marcó un número. Joel no quitó ojo a su padre mientras aferraba a su hermana, pues ahora la situación era más complicada, quién creía que podía protegerles ya no estaba.

-Hola... –dijo Antonio al teléfono con voz entrecortada y a medio llorar-, veré... su hija..., no, no pasa nada... su hija se ha marchado.

Ahora Joel no salía de su asombro, la reacción de su padre lo descolocó por completo. Sabía que había llamado a su abuelo Juan y que en breve estaría en casa. Estaba a salvo.

A los diez minutos Juan se presentó en casa de su hija, llevaba unos pantalones oscuros y en la parte superior un chaquetón de crema pálido que dejaba entrever la parte de arriba del pijama. En los pies unas zapatillas de color granate le resguardaban del frío. Con los ojos vidriosos recorrió el comedor parando en sus nietos, al ver la cara de Joel y que no llevaban el pijama, ni que estaban durmiendo, le preguntó como estaba. Su nieto asintió con la cabeza puesto que no podía vocalizar, demostrando a su abuelo que estaban bien y escondiéndole la verdad.

Antonio lloró con más intensidad al preguntarle Juan por lo ocurrido, le explicó que se habían enfadado sin contarle los detalles del guantazo, y que su hija había marchado de casa y los había abandonado. Antonio no quería mirar a su suegro a la cara y se hacía la víctima de lo ocurrido, Juan se lo miraba incrédulo mientras en su mente pronunciaba las palabras: “Borracho asqueroso, mentiroso...”

Juan acostó a sus nietos y después salió a la calle a buscar a su hija. Andrea que lo había visto llegar, se ocultó de su padre y dio la vuelta a la manzana para no toparse con él. Entró en su casa y mandó a su marido a la mierda.

-¿Por qué coño, has tenido que avisar a mi padre?. ¿Tú eres tonto?.

-Verás... –Antonio parecía que no había roto un plato en su vida-, no sabía que hacer... te fuiste...

-Déjate de idioteces –le cortó Andrea-, eres un grandísimo hijo de puta.

El timbre de la puerta sonó, era Juan. Andrea abrió la puerta y le dijo que se marchara a su casa, que no pasaba nada. Que si no podía ir a dar una vuelta, ni se podía enfadar con su marido, después se metió en la habitación mientras Antonio sentado en el sofá lloraba como un niño.

Juan se adentró hasta la habitación de su nieta y vio que dormía plácidamente, al no poder hacer nada por el rechazo de su hija fue a la habitación de su nieto y se aseguró que éste también durmiera, antes de marchar de vuelta a casa.

Joel que escuchó a su abuelo, cerró los ojos y respiró profundamente mientras su abuelo le besaba en la mejilla pensando que dormía. Prefirió quedarse callado y no aumentar el sufrimiento de su abuelo.

Una vez se marchó Juan, Joel escuchó un portazo en la habitación de sus padres y las voces volvieron aflorar en la casa. Los gritos continuaron durante una hora hasta que poco a poco disminuyeron hasta quedar en silencio. Joel se levantó y entró en la habitación de su hermana, la arrimó a un lado y se introdujo debajo de las sábanas. Observó a su niña durante un rato y después la abrazó acurrucándose a ella. Pensó en su abuelo y se entristeció al imaginar su sufrimiento. Decidió entonces, que intentaría no preocuparlo, había visto el dolor en sus ojos y la impotencia dibujada en su cara. Callaría y ocultaría su pesar, lo resguardaría consigo y lo transformaría en algo muy suyo. No disgustaría ni inquietaría a nadie con sus contrariedades.

Esa noche se había dado cuenta de qué estaba solo. Qué podía pedir ayuda, sí, eso era cierto pero, prefería abstenerse era una batalla que tenía que librar el solo,

tenía que proteger a su hermana y no transportar a la casa donde podía disfrutar de paz la incertidumbre. La casa de sus abuelos debía seguir siendo su escape, su lar de felicidad.

## “Juan”

La lluvia era intensa, el aire azotaba con fuerza las ramas de los árboles meciéndolas descontroladamente, el patio estaba solitario y voluminosos charcos se formaban debajo de los bancos de madera, la fuente pintoresca del centro emanaba agua por vertientes que se fundaban en la tierra que recubría los huecos. Era ya de día pero, el grisáceo cielo no dejaba penetrar la suficiente claridad para que las farolas se apagaran por lo que continuaban bañando sus zonas con su empalidecido color anaranjado.

Juan observaba todo desde la ventana de la cocina de su casa, en su cara se denotaba la preocupación y en sus ojos las ojeras a falta de sueño. La interrumpida noche había sido muy larga, al volver de casa de su hija no pudo conciliar el sueño en ningún momento.

Sentado en la cocina, permanecía inmóvil, quería ir a buscar a sus nietos y traérselos a casa, ver como estaban las cosas. Le dio muchas vueltas a la cabeza y decidió esperar.

Llegaron las diez de la mañana y Juan despertó a su mujer. Tomaron el desayuno juntos, un gran tazón de café con leche que acompañaron de un par de magdalenas. Seguidamente después Juan marchó a comprar el pan a San Adrián.

*Juan fue el último de nueve hermanos, nació en la Barceloneta donde se crió. Fue en una noche oscura de invierno de 1.930. Su madre intentó por todos los medios deshacerse de su noveno embarazo, había tenido ocho hijos y no deseaba*

*más, sobretudo en los tiempos que corrían. Pero, por muchas duchas frías Juan vino al mundo a los siete meses.*

*Las circunstancias de la época y su diminuto tamaño provocaron que su moisés fuese una simple caja de zapatos repleta de algodones. Fue cogiendo peso y salió adelante como si no hubiese sido un sietemesinos.*

*El padre de Juan falleció a los seis años y su madre a los once, por lo que se crió con una de sus hermanas, la cual le hizo de padre y madre. En la barriada lo llamaban “Tito”, que por lo visto provenía del diminutivo de su nombre, Juanito. Era un chaval muy alegre y sociable y muy querido por los vecinos. Tanto su hermana como su marido trabajaban, por lo que la mayor parte del día Tito la pasaba solo, o en la calle con los otros niños y vecinos. La vida por aquella época era muy difícil y los que iban a la escuela eran unos pocos afortunados.*

*Juan hacía lo que podía por ayudar en la casa, y en todo lo que su hermana le solicitase, era lo mínimo que podía hacer. Muchas veces le dejaba a Tito la olla con las lentejas preparadas para que las pusiese al fuego y estuviera pendiente de ellas. Su hermana llegaba alrededor de la una, por lo que Tito había preparado la mesa y solo tenía que servir los platos, para comer y seguidamente después volver a marchar al trabajo. Un día Tito estaba en la calle jugando con otros vecinos y no se acordó de las lentejas. Una vecina lo avisó al ver la humareda salir por la ventana de la cocina, las lentejas se habían quemado.*

*Cuando llegó su hermana vino acompañada de su marido, que al ver todo aquél revuelo se puso como una moto. La hermana de Tito salió en su defensa: -Que quieres, es un crío –y avanzó hasta Tito y le acarició el pelo-. No te preocupes que ahora preparo unas patatas fritas y ya está.*

A la vuelta pasa por casa de Cecilia.

La puerta estaba abierta. Hizo sonar el p $\acute{o}$ rtico repetidas veces hasta que la voz de Cecilia se escuch $\acute{o}$  al fondo.

-Adelante, est $\acute{a}$  abierta...

Juan pas $\acute{o}$  cerrando la puerta a su paso. Cecilia estaba tumbada en el sof $\acute{a}$  del comedor. Con la pierna enyesada en lo alto de un coj $\acute{i}$ n mullido.

-Me cuesta mucho levantarme –explic $\acute{o}$  Cecilia-, por eso durante el d $\acute{i}$ a dejo la puerta abierta –hizo un gesto para incorporarse.

-No... no te levantes –acudi $\acute{o}$  Juan a frenarla-. Vengo de buscar el pan y he pasado para ver si necesitabas algo, nada m $\acute{a}$ s.

-No hace falta, gracias Juan. Antonia la vecina de enfrente me compr $\acute{o}$  ayer por la tarde.

-Y bien –pregunta Juan-. ¿C $\acute{o}$ mo est $\acute{a}$ s?.

-Me duele un poco, pero voy haciendo, no me puedo quejar.

Juan cogi $\acute{o}$  una silla y se sent $\acute{o}$  a un lado del sof $\acute{a}$ . Hablaron durante un rato de su cadera fracturada y de la operaci $\acute{o}$ n, desviaron el tema por cosas cotidianas finalizando por las familias. Juan sac $\acute{o}$  a florecer la Guerra Civil y aquellos a $\acute{o}$ os en los que tuvieron que huir. El mundo estaba loco y se tem $\acute{i}$ a lo peor. Ten $\acute{i}$ a p $\acute{a}$ nico a que estallase otra guerra.

*Cuando estall $\acute{o}$  la Guerra Civil tuvieron que huir de la Barceloneta y refugiarse en los campos de Sarri $\acute{a}$ , donde pasaron alg $\acute{u}$ n largo tiempo. Al poco tiempo de volver a casa la madre de Tito falleci $\acute{o}$ . Y fue entonces cuando su hermana*

*lo llevó consigo a Santa Coloma de Gramanet. En la Barceloneta tenía el mar, pero no pudo quejarse mucho puesto que en Santa Coloma de Gramanet se encontró con el río Besós.*

*Trabajó en lo que pudo y ayudó a su hermana en todo lo posible. Al paso de los años consiguió un empleo estable en una fábrica de productos químicos en la zona de Sant Andrés. Fue allí, en Sant Andrés donde conoció a su actual mujer, María que trabajaba en un Restaurante de la Plaza Orfila, cerca de donde estaba la fábrica.*

Llegado a un punto la conversación tomó derroteros melancólicos que llevaron a Juan a desahogarse con Cecilia. Contó los acontecimientos de la última semana ocurridos con su hija, lo quería guardar en la intimidad pero, no pudo más. Necesitaba aliviarse, aunque fuese contando sus penas.

Juan decidió marchar puesto que ya se había hecho tarde.

-No hagas esfuerzos innecesarios –dijo Juan a Cecilia en la puerta.

-No los haré.

## **“Un frustrado domingo... la vida sigue”**

La mañana se levantó tranquila.

Antonio estaba de resaca, por lo que no se levantaría de la cama hasta bien adentrada la tarde. Joel analizó los acontecimientos de la noche, y aunque su corta edad no le dejaba comprender los hechos, no lograba entender la reacción de su madre, los había dejado solos en manos de aquel borracho. No podía concebir como una madre marcha y abandona a sus hijos en manos de un hombre que le acaba de dar una paliza y que además está borracho.

Como no llega a comprenderlo intenta deshacerse de esos pensamientos y los aparta de su mente como puede. Adentra nuevas tendencias en su pensar, e imagina un mundo en el que jamás podrá estar.

Se viste y marcha a la calle después de asegurarse de que su pequeña esta bien y sigue ensimismada en sus sueños. No tiene ganas de ver a su madre cuando ésta se levante.

No sabe a donde ir. Es muy temprano y en la calle hay poca actividad. Todas las tiendas están cerradas y al ser domingo los bares todavía no han abierto. Piensa en ir a buscar a su primo Jorge, aunque sea temprano. Al llegar a la portería se para un instante, alza su vista hacia el balcón y ve las persianas bajadas. Se retira de la portería y decide dar una vuelta y así hacer algo de tiempo.

Pasea por el barrio sin un rumbo específico. Se sienta en un banco en el parque de las palmeras mientras su mirada se pierde en el vacío. Lo intenta, pero la imagen de su madre en el suelo con cuchillo en mano mientras del labio emana

sangre por el guantazo que le ha dado su padre y el llanto desconsolado de su tesoro en el sofá, no desaparece de su cabeza.

Durante los diez minutos siguientes, Joel llora angustiosamente en silencio y en su soledad en aquel banco, apaciguando su furia interior. Descarga lo que puede y se desahoga. Aunque la escena y lo que ha vivido lo carga a la espalda pensando que es una solución.

Sale del parque de las palmeras y se para en una fuente que hay en la esquina donde se enjuaga la cara y refriega sus ojos eliminando cualquier señal de sus llantos. Quiere ocultar sus penas al mundo.

Atraviesa el frontón y cruza la calle colindante que recorre hasta el final. Llega al ambulatorio del barrio lo voltea y continúa su camino, da el rodeo al barrio y vuelve a casa de su primo. A pasado más de media hora pero las persianas siguen abajo.

Se acerca a la portería y toca el timbre. Nadie contesta.

Vuelve a llamar pero siguen sin contestar.

Joel da la vuelta y marcha a la parte de atrás donde la casa de sus tíos también tiene acceso a través de una pequeña terraza. Al llegar divisa que las persianas también están bajadas al otro lado de la casa. Son ya más de las diez y media de la mañana, por lo que imagina que alguien tendría que estar en pie. Vuelve a la portería y llama al timbre dos veces más. No hay respuesta.

Su tío Beni tiene una furgoneta C-15 de color blanco, Joel no sabe la matrícula de memoria pero si la ve la reconoce. Por lo que recorre las calles habituales donde su tío suele estacionar el vehículo. Pero no lo encuentra.

Entonces recuerda que su primo le comento días antes que el domingo al igual marchaban al terreno. Joel al no encontrar la furgoneta estacionada en ninguna parte y las persianas bajadas de la vivienda piensa que habrán marchado. Se enfada consigo mismo por no haberlo recordado. Si hubiese venido antes seguramente podría haber marchado con ellos y así pasar el día en el terreno, en la montaña con sus tíos y primos y olvidarse de todo por un día.

Su tío Beni junto con sus hermanos Juan y su hermana pequeña Natividad compraron unas hectáreas en una montaña a las afueras de Campanar del Vallés en el distrito de Sabadell. Como siempre Antonio no había participado aunque sus hermanos le habían puesto todas las facilidades posibles.

Los terrenos estaban uno al lado del otro, la familia se reunía los sábados o domingos y pasaban el día. Preparaban unas exquisitas barbacoas y disfrutaban todos juntos. En lo alto de la montaña se encontraba el único bar de la urbanización junto con una pista de tenis, un frontón y un campo de fútbol de tierra. Todos los primos subían y jugaban al fútbol en conjunto con los demás críos de la urbanización. Joel disfrutaba mucho cuando subía al terreno.

Con el tiempo sus tíos araron la tierra creando pequeños huertos para su disfrute personal. Hacía dos años una calurosa mañana de agosto Joel volvía de la playa con sus abuelos cuando llegó al patio comunitario y en el banco más cercano de la portería de sus abuelos encontró a su madre esperándoles. Andrea les comunicó a sus padres el fatal accidente que había acabado con la vida de Natividad en el acto. Sin saber el porqué a la altura de Lérida volviendo del pueblo del marido de Natividad, el coche se fue hacía un lado chocando con la valla que hace de quitamiedos en la autopista y se llevaron catorce metros de valla que destrozaron el

coche por completo. El marido de Natividad tuvo que sufrir la angustiosa imagen de ver a su mujer en aquel estado fatal a su lado. En el techo un agujero le proporcionó la salida y la salvación hasta que llegaron las unidades sanitarias.

Desde entonces las cosas cambiaron en el terreno. Julián el marido de Natividad tenía las tierras que quedaban en el centro y decidió vallar su parcela y en un futuro próximo edificar una vivienda en la cual habitar puesto no podía continuar viviendo en la casa que compartió con su mujer. Demasiados recuerdos.

Joel ofuscado por la marcha de su primo Jorge retrocedió sobre sus pasos y acabó en el frontón sentado en el frío mármol de las escaleras. Pasaron los minutos, las horas... Joel se dijo de ir a casa de sus abuelos a comer, aunque rechazó la propuesta puesto no se encontraba con ánimos, y tenía muy claro que su burbuja de felicidad situada en el entorno familiar de sus abuelos para él era inquebrantable.

Volvió a su casa a la hora de comer.

Su padre no estaba en casa. Andrea daba de comer a su hija en la mesa del comedor. Joel no preguntó donde estaba su padre, besó a su hermana y vio el moratón que le había salido a su madre en el labio inferior. La rabia le volvió a quebrar al ver aquello, observó la cara de su madre por un instante y la furia lo hizo sonrojarse, apartó la vista de su madre y marchó a su habitación.

Su triste y angustiosa vida debía seguir.

## **“Un paseo por la playa”**

A la semana siguiente, el sábado por la tarde Joel acompaña a su abuelo a buscar una foto que había mandado hacer en grande , era una foto de su juventud en blanco y negro. La única foto que tenía de todos sus hermanos juntos.

Joel no había hablado todavía de lo ocurrido en la casa de la Barceloneta. Decidió que tampoco lo iba hacer entonces, y creía que más adelante tampoco. Sabía que Cecilia estaba bien, aunque él no preguntó nunca, en alguna ocasión escuchó a sus abuelos hacer comentarios. Cecilia no sabía como ocurrió no recordaba nada. Le había costado un collarín durante quince días, y lo más seguro la tendrían que operar de la cadera más adelante.

Joel tenía mucha confianza con su abuelo, pero su perspectiva de las cosas era diferente. Después de la bronca de sus padres y la dramática escena de aquella noche en las fiestas del barrio, Joel no había mencionado nada al respecto con sus abuelos. Las broncas, palizas y demás eran reincidentes en casa pero Joel no quería destrozarse el maravilloso mundo que había creado entorno a sus abuelos, su verdadera familia. Un mundo de paz y amor.

Por lo que decidió echar la mierda a sus espaldas y convivir con ello.

Atravesaron el puente que se alzaba atravesando el río. Pasearon por el camino de tierra parando unos minutos en el parque. Continuaron su andanza hasta llegar a la calle principal. Antes de llegar a la tienda se encontraron con Manolo, un

amigo de Juan. Aunque era de complexión fuerte y rondaba la misma edad que su abuelo, Manolo tenía el pelo blanco.

Los dos adultos se tendieron la mano estrechándola fuertemente. Manolo se agachó y acarició el pelo de Joel.

-De paseo con el abuelo –más que una pregunta lo afirmó.

Joel sonrió.

Manolo y Juan eran amigos de muchos años atrás, se conocieron a la edad de trece años, cuando Juan vivía en Santa Coloma de Gramanet. Tenían muchas afinidades en común por lo que pronto entablaron buena amistad. Se veían con frecuencia hasta que sus vidas se distanciaron y cada uno formó su familia. Manolo se casó antes que Juan y se trasladó a Badalona.

Aún así los encuentros eran habituales, sobretodo en verano. A Manolo siempre le había gustado mucho el mar y era un excelente nadador. Juan y María llevaban a Joel casi todos los días a la playa de Badalona donde la mayoría de las mañanas se encontraban con Manolo y su mujer. Juan había enseñado a Joel a nadar en aquella playa. Su nieto acababa de cumplir los cinco años cuando un día en la escuela fueron a la piscina municipal, donde Joel se precipitó sin saber como en la piscina de los mayores. La monitora tuvo que lanzarse al agua para sacar a Joel del fondo de la piscina. Desde ese día el niño le cogió miedo al agua.

Con la ayuda de un simpático flotador en el que salía el pato Donald de Disney, Juan poco a poco consiguió quitarle el miedo al agua. Después un día tras otro, en la orilla enseñó pacientemente a su nieto a flotar en el agua del mar. Joel fue perdiendo el miedo pero no el respeto, hasta que consiguió dar brazadas por la orilla como un excelente nadador.

A Juan no le gustaba adentrarse en el mar, le gustaba tocar tierra firme con los pies. Joel sin embargo le daba igual, por lo que siempre que venía Manolo le dejaba ir con él un poco hacia dentro. A Joel le gustaba el amigo de su abuelo por lo que le cogió cierto aprecio.

Joel miró a Manolo a los ojos y le tendió la mano al igual que había echo su abuelo.

Manolo se la estrechó y rió escandalosamente.

Después de un intercambio de palabras Joel y Juan se despidieron de Manolo y continuaron su camino.

Dejaron la calle principal y siguieron por una estrecha travesía que iba a parar al mercado municipal. Era una calle de una sola dirección y para caminar por la acera lo tenías que hacer en fila india.

Era una tienda pequeña de espacio reducido por lo que la gente que esperaba su turno llegaba a la diminuta acera. Juan echó un vistazo al interior y agarró de la mano a su nieto.

-Será mejor que demos una vuelta y volvamos más tarde.

Joel asiente con la cabeza y de la mano de su abuelo marchan de la tienda.

Vuelven a la avenida principal y la siguen en dirección a la playa. Pasean por la avenida haciendo comentarios sin importancia y bromeando sobre cosas inertes que encuentran a su paso ríen alegremente a lo largo de su camino.

Un extenso parque rodeado de bancos acoge el final de la avenida. La vía del tren colinda con el parque. Justo detrás se aposenta la estación de trenes de cercanías

de Sant Adrián que recorren la costa y hacen un inmenso uso a los bañistas cuando van a la playa.

Bordean el parque hasta llegar al paso de nivel por donde pueden cruzar las vías los peatones y automóviles. Esperan hasta que la barrera se alza hacia el cielo y les deja el paso libre. Cruzan al otro lado de las vías y siguen un camino de tierra que atraviesa una gran explanada y les conduce hasta la playa.

Exceptuando alguna persona paseando con sus fieles amigos, los perros, la playa está desierta. Son las seis y media de la tarde y están en pleno invierno. Aunque no hace mucho frío la gente no viene a la playa a pasear desde hace seis meses puesto que un sinfín de excavadoras y maquinaria pesada ronda por todo el paseo levantado por las obras públicas. Están remodelando toda la playa de Sant Adrián. Su abuelo había visto el proyecto en el periódico y decía que quedaría muy bonito. Sólo había que esperar si se cumplía en la realidad.

-Mira Joel –le dice a su nieto señalando el mar-, parece una balsa de aceite. Da gusto ver el mar tranquilo, dan ganas de darse un buen baño.

-Adelante abuelo –bromea Joel-, dicen que va bien para la salud.

Juan se vuelve y comienza a reír. Joel lo acompaña.

- No creas, que me quedaré con las ganas –le contesta Juan y continúan riendo.

Se adentran en la playa y pasean por la arena a orillas del mar. Con el leve sonido del agua al llegar y retirarse de la orilla Joel apacigua su ser más inquieto de su interior. Relajado y feliz piensa en hablar con su abuelo y contarle todo, piensa que si no es ahora no será nunca.

-Abuelo...

-Dime cariño.

Joel se queda mirándole a los ojos sin mediar palabra.

-¿Hola? –pregunta Juan mientras pasea su mano abierta por delante de la cara de su nieto interponiéndose a la mirada fija de Joel -. Dime hijo. ¿En qué piensas?.

Joel por fin pestañea y aparta la vista de su abuelo. No puede decirle nada. Es incapaz de hacer daño a alguien tan querido. Si algo cambiase no se lo perdonaría jamás. No podía arriesgarse a perder su única salida en su vida de adolescente. No podía perder su burbuja de felicidad.

Vuelve a mirar a su abuelo que está esperando a que su nieto hable.

-Nada... no es nada. Bueno, sí... ¿cómo está Cecilia? –se atreve al final a decir -. ¿Está mejor del resfriado?, no te pregunté –algo tenía que decir, pero tenía claro que no habría otra vez, otra oportunidad en la que contarle a su abuelo el miedo, el malestar de aquella familia compuesta por sus padres. Tendría que cargar con ello.

-Ah... –exclama Juan, que a su vez pensaba en algún mero echo de sinceridad en cuestión de lo ocurrido aquella noche que fue a casa de su hija. Al igual había algo, pero su nieto jamás se lo dijo-. Sí está mejor. La semana que viene pasaremos a verla. ¿Vale?.

-Me parece bien.

Joel pensó en contarle más, lo que vio, lo que encontró. Pensó en la carta dentro de la guía, en la casa donde encontró junto con su primo Jorge al “extraño”, hablarle del puñal y las similitudes. Preguntarle si él era el Juan al que se refería en la carta Cecilia. Intentó coger fuerzas de donde no las había y envalentonarse para dirigirse a su abuelo. Rebuscó la mejor manera de decírselo, exprimió su vocabulario y ordenó las palabras buscando la mejor forma de expresarse.

Contempló el océano intentando pringarse de su tranquilidad, su calma. Miró a su abuelo que miraba su reloj para asegurarse de que no se hacía tarde y que la tienda no cerrase.

-Ahora o nunca –se dijo Joel.

-No sé como decírtelo pero creo que...

El paso de un tren semi-directo anuló las palabras de Joel con el fuerte estruendo de su paso y el sonar de su claxon. Joel se volvió a mirar el veloz tren que se perdía a lo lejos.

-¿Qué has dicho hijo?.

-...que –agacha la cabeza-. Que se nos va hacer tarde abuelo. ¿No querías ir a buscar la foto?.

## “Ojos verdes”

Son las 19:45 cuando llegan a la tienda. Solo hay dos personas esperando un revelado de 1 hora. En el mostrador no hay ningún dependiente por lo que esperan. Joel contempla las fotos que están expuestas a ambos lados de la tienda. Son de niños. En una de ellas aparece un niño de unos seis meses con unos ojos azules preciosos. Está sentado en el suelo apoyado en un baúl antiguo y con peluches de distintos colores alrededor. Una sonrisa carismática le asoma de sus finos labios.

-Una foto muy bonita –dice Juan al ver lo que mira su nieto-. ¿Verdad?.

-Sí.

-Un día vendremos y haremos unas fotos de estudio con tu hermana y contigo. ¿Qué te parece?.

Joel asiente entusiasmado.

-¿De verdad?.

-Sí. Te lo prometo, verás que guapos. Y la que quede mejor, la más bonita la enmarcaremos y la pondremos en el comedor de casa.

Joel maravillado por lo que acaba de decirle su abuelo, empieza a mirar todas las fotos expuestas buscando cual le gustará más. Sueña con el día en que ocurra. Piensa en su hermana y en la ilusión de tener una foto con su tesoro. Sus padres apenas les hacían fotos.

Un hombre de unos cincuenta años, con una camisa de rayas diplomáticas aparece por una puerta que hay al fondo del mostrador. Lleva un pañuelo con el que

se frota las manos. Se dirige a los clientes que estaban esperando cuando Juan y Joel llegaron.

-Disculpen –se excusa de antemano-, la máquina se había atascado. Las fotos tardarán veinte minutos más, lo siento.

Uno de ellos decide marchar y volver luego o el lunes, mientras que el otro espera pacientemente en la tienda.

El dependiente se dirige hacia Juan y lo saluda.

-Buenas tardes Sr. Juan –le dice amablemente.

-No me llame señor Pedro, me hace usted mayor.

-Disculpe –se corrige Pedro-, tiene razón está usted echo un chaval.

-Ve, eso si que no se lo voy a negar –dice motivado Juan-, si no es por fuera, por dentro le aseguro que sí.

-Ya le digo yo que sí –mira a Joel-. Hoy viene en buena compañía. ¿Es su nieto?.

-Sí. Hemos aprovechado a dar un paseo por la playa.

-Tiene un nieto precioso –se dirige a Juan-, es usted un abuelo joven ¿no?.

-Tengo una hija un poco precoz, que le vamos hacer –comenta Juan no con mucha gracia -. Pero sinceramente, así se disfrutan más los críos. Con salud y juventud.

-Tiene usted toda la razón –Pedro se aleja un momento al otro lado del mostrador y coge unos cuantos caramelos envueltos en colores de un gran cenicero de cristal. Extiende su mano por encima del mostrador y se los ofrece a Joel.

-Toma hijo.

-Muchas gracias –dice amablemente Joel.

Pedro, entra de nuevo por la puerta que apareció momentos antes a buscar el pedido de Juan. A los quince segundos vuelve con un sobre de color negro en la mano. Le entrega el sobre a Juan y le comenta que espera sea de su agrado. Le dice que no ha quedado del todo bien, pero que era lo máximo que podía hacer. Era una foto muy antigua.

-Eso sí, si me lo permite –habla cortésmente Pedro-, tiene usted una gran familia. ¿Todos son hermanos suyos?.

-Sí . Exceptuando mis padres.

-Si se juntan todos mejor ir a un restaurante –bromea el dependiente.

-La verdad –añade Juan un poco melancólico-, ya se sabe. Tanta familia a veces no es bueno. Hay algunos que apenas veo y otros que demasiado –sonríe-. Y algunos que hace muchos años que no veo...

Un ruido que procede de la puerta llama la atención de Pedro. Se disculpa y vuelve a marchar al interior de la tienda suponiendo que la máquina de fotos de 1 hora se ha vuelto a parar. Juan se despide de Pedro y salen a la calle.

En la avenida principal paran en un banco de madera a descansar un rato. Juan abre el sobre y mira la foto. Joel la mira de reojo. Una lágrima desciende por la mejilla derecha de Juan. Joel se da cuenta y pregunta a su abuelo.

-Nada hijo, los recuerdos...

-Si te pones triste –le dice Joel juzgando un hecho que no entiende-, no sé porqué haces la foto más grande. ¿Por qué no la escondes?.

Juan saca un pañuelo del bolsillo de su chaqueta. Se quita las gafas y seca su lágrima mientras ríe gracias al comentario de su nieto.

-Ya lo entenderás. Simplemente son emociones inevitables, a veces con los recuerdos ocurren estas cosas. Pero no quiere decir que sea algo malo.

Juan muestra la foto a su nieto y le explica quienes son cada uno. Joel atiende expectante. Debajo de lo que parece un puente nueve personas al unísono a parte dos a los lados, forman el cuadro de la foto. Las personas de los lados son sus bisabuelos. Se fija en el puente y su abuelo le dice que es por donde cruzan para venir a Sant Adrián.

-Ese puente lo construyeron hace muchos años Joel.

Juan va posando el dedo sobre las caras de cada uno y sigue contando una pequeña historia de cada uno. Quienes son, donde están... Cuando llega al último hermano Joel lo mira fijamente. Parece que algo le llama la atención pero no lo ve claro. Quizás el parecido con su hermano Juan lo confunda.

-Este es Ernesto y hace muchos años que no se de él. Una de las cosas por la que mis emociones salían a relucir al ver la foto.

-¿Por qué?. ¿Dónde está abuelo?.

-No lo sé hijo, no lo sé... –el silencio sella su boca esperando que Joel no pregunte más. Joel parece percatarse y se calla. Mira la foto un rato más intentando encontrar algo en la foto que le diga un porqué a su atención sobre Ernesto.

Está a punto de devolver la foto a su abuelo cuando observa que Ernesto parece no tener pupilas en los ojos. El relleno de sus ojos al igual que el de su bisabuelo es blanco, sin embargo en los demás se realzan unas pupilas negras.

-Parece que no tenga pupilas –dice Juan al ver la cara de asombro de su nieto-. Mi padre pasa igual, Ernesto fue el único que heredó los ojos de mi padre, el único

de los nueve hermanos. Sus ojos son tan claros que apenas se distinguen las pupilas en las fotos.

A Joel le parece cada vez más familiar. Ciertamente cree haber visto esa cara en algún otro lugar. Pero, ¿dónde?. Es imposible, Juan le ha dicho que hace años que no sabe de él. Joel le devuelve la foto a su abuelo.

Juan coge la foto y la mira nuevamente. Sin apartar la vista de la foto dice:

-Los ojos eran de un verde intenso, un tanto singular... no he visto en mi vida unos ojos iguales.

-¿Cómo? –pregunta Joel.

-Los ojos de mi padre y mi hermano Ernesto...

Las palabras que salen a continuación Joel no las escucha.

“Verde intenso”. “Un tanto singular”.

Joel coge la foto antes de que su abuelo la guarde en el sobre. Es él, no hay duda. Joel mira los ojos de Ernesto sin pestañear.

Es el “extraño”.

## “La soledad”

Joel salió temprano de casa y fue a buscar a su primo Jorge. Tiene que contarle lo que ha descubierto. Tiene que decirle que el extraño que se toparon en la casa es su tío abuelo Ernesto. Va a paso ligero cruzando las calles hasta llegar a la calle donde vive su primo. Al girar la esquina ve la furgoneta aparcada frente a la portería y a su tío Beni en la puerta.

Cuando llega a la portería saluda a su tío. Beni le dice que suben al terreno y le invita a venir con ellos. Joel no le contesta y le pregunta por su primo. Le dice que está arriba recogiendo su habitación y ahora baja. Joel se adentra en la portería y sube al piso.

-No lo entretengas – le dice a su sobrino desde la furgoneta -, y díles que bajen ya.

Joel hace caso omiso a las palabras de su tío y sube las escaleras de dos en dos. Entra en el piso y al cruzar por el pasillo a la altura de la cocina saluda a su tía que está cogiendo las bolsas. Llega a la habitación de Jorge y le cuenta rápidamente lo ocurrido. Jorge le dice que venga con ellos al terreno y lo hablarán con más calma, pero Joel está eufórico, no puede esperar. Le dice a su primo que tiene que marchar a la Barceloneta esa misma mañana. Tiene que ver a Ernesto y saber que pasa. Que ocurrió.

Joel sabe que su primo no puede hacer nada al respecto y que tiene que marchar con sus padres. Jorge intenta convencerle de que vaya con ellos y él le acompañará otro día pero su intento es en vano. Joel se marcha.

-Ten cuidado –le aconseja Jorge antes de que salga de la habitación.

Joel no llevaba más de cien pesetas en el bolsillo por lo que tuvo que colarse en el metro para llegar. Se auto convenció que era por una buena causa. Pensó que sería perdonado por ello. Una vez en la Barceloneta, recorrió el mismo camino que hicieron juntos su primo y él.

Al llegar a la casa busca la ventana por donde entraron la otra vez. Vuelve a estar tapiada con listones de madera aunque los barrotes ya no están. Antes de romper los listones va a la puerta y llama a la puerta. Golpea fuertemente el pórtico del puñal, los golpes retumban en el interior. Espera unos segundos pero nadie aparece. Ni siquiera escucha la voz de Ernesto despotricando por los golpes. Agarra el pomo y la puerta se abre.

Se extraña por la facilidad que se encuentra para acceder a la casa. Cierra la puerta tras de sí. El recibidor sigue igual, en su último estado natural. Avanza sigilosamente y se asoma con cautela mirando a ambos lados. Entra en el comedor, donde encuentra indicios de que alguien se ha ensañado con los muebles y lo que ha pillado a su paso. Le da la impresión de una reyerta...

Una tos ronca sale detrás del sofá que está vuelto del revés apoyado en la pared. Joel se aproxima y con cuidado vence el sofá hacia delante para dejar al descubierto lo que se esconde tras él. El sofá retumba pesadamente en el suelo al soltarlo. Joel sube encima de los cojines destrozados por grandes cortes que parecen de navajas. Las ráfagas de luz que atraviesan los tablones de madera que bloquean la ventana le dejan ver lo suficiente para reconocer a Ernesto.

Está boca abajo con los brazos en la cabeza. Se protege de alguien.

-No... no me pegues más... –consigue decir.

-Tranquilo ya se han marchado –dice Joel al intuir que alguien le ha dado una paliza.

Joel aparta el sofá hacia un lado y ayuda a Ernesto a salir de ahí. Como puede lo sienta en el sofá y lo reclina con cuidado. Ernesto se queja colocando su mano derecha en un costado. Al parecer tiene un par de costillas rotas. Su cara es un mapa, de una brecha en la ceja izquierda emana sangre que cae por su ojo izquierdo bañando su mejilla.

Joel coge una sábana que hay en el suelo, la rasga con sus dientes y con sus manos tira de ella hasta que la rompe y coge un pedazo. Limpia la cara de Ernesto con ella, y con otro pedazo de sábana oprime en la brecha para que deje de manar la sangre por su cara.

Ernesto le da las gracias a Joel y le pregunta quien es. Joel no contesta.

-Un momento –dice Ernesto al levantar la cabeza y mirar fijamente a Joel-, yo a ti te conozco... Tú eres el chaval... Tú entraste en mi casa y me robaste mi puñal...

Ernesto empuja a Joel y lo aparta de su lado. El chico levanta las manos por encima de su cabeza y extiende sus manos en señal de paz. Le muestra que no va hacer nada.

-He venido hablar contigo –dice seriamente-. Me parece que hay algo que debo saber... Ernesto.

El extraño abre los ojos todo lo que puede dejando ver sus verdes pupilas. La sangre vuelve a caerle por su mejilla. Coge el pedazo de sábana que cayó al suelo al apartar a Joel y se oprime la ceja. Lo mira a los ojos buscando una respuesta. Joel no aparta su vista de él y con las manos en alto espera que Ernesto diga algo.

-¿Quién eres tú? –atina a decir-. ¿Por qué me llamas Ernesto?.

-Porqué es tu nombre. Ernesto Porcar Alcalá –dice los apellidos de su abuelo, puesto si es su hermano serán los mismos.

-Mira chaval –dice Ernesto mientras aparta la vista-, no se quien eres y me parece que te confundes. Aquí no hay ningún Ernesto...

-Entonces –sin dejarle acabar la frase Joel saca la foto en pequeño que su abuelo llevó a ampliar. Decidió cogerla y llevársela sin que su abuelo se enterará pensando en que la iba a necesitar, le tiende la foto debajo de sus narices. Y con el dedo índice señala la persona sin pupilas-, ¿quien es está persona?.

Ernesto le quita la foto de las manos y la observa mientras emite unos pequeños rugidos con su garganta. Pasan unos segundos y sigue mirando la foto.

-Si no eres tú –Joel se impacienta-, dime. ¿Quién es?.

-¿De dónde has sacado esta foto?.¿Quién te la ha dado? –dice muy enfadado. Hace un ademán de levantarse para remeter contra Joel pero un grito sale de su garganta y la foto se estampa en su costado junto con su mano. No puede levantarse efectivamente tiene alguna costilla rota.

-Tu hermano... –afirma Joel-. Juan, mi abuelo.

## “Ernesto”

Ernesto cuenta a Joel que unos gamberros le han dado una paliza. Que por mero capricho se han ensañado con él. Dice que él no se mete nunca con nadie y va a su rollo. Pero que esos chicos ya se la tenían jurada de hacía tiempo. Decían que la casa donde el habitaba era de ellos y que lo iban a echar de ahí, puesto que iban a recuperar su casa.

-Y tú que me dices –le pregunta Joel-, ¿es tu casa?.

-En realidad –se explica Ernesto-, es de una antigua amiga, una amiga de la infancia. Yo le guardo la casa hasta que ella vuelva.

Al parecer era la casa donde Cecilia se crió y vivió en su juventud. Pero no entendía que hacía Ernesto allí. ¿Por qué estaba deshabitada?. Cecilia tenía su casa, ¿a qué espera Ernesto?.

-Me parece más un farol que otra cosa. ¿Estás seguro de esa historia del perro guardián?.

-Bueno... verás...

Ernesto comienza a contar su historia.

Tenía quince años y Juan y Ernesto eran inseparables. Tan solo les separaba un año de edad. Concurrían los pequeños de la casa. En aquél entonces una nueva familia vino a la barriada, se mudaron de un pueblecito del sur en busca de mejorar su economía. Emigraron como muchas personas por aquella época.

La nueva familia tenía una hija de la cuál Ernesto se enamoró empedernidamente. Pasó el tiempo y con él los años y Ernesto jamás se atrevía a mostrarle sus sentimientos. Juan conocía los deseos de su hermano y en variadas ocasiones se mofaba de él.

Juan era más vivaz que Ernesto en ese aspecto de flirtear con las chicas por lo que ocurrió. Aún sabiendo lo que su hermano Ernesto sentía hacía la joven, un buen día la invitó a salir. Ernesto se enfadó tanto al enterarse que la relación entre los dos se enfrió notablemente.

Pasado un mes sin apenas dirigirse la palabra llegó la hora de que Ernesto marchara al servicio militar. Juan tenía un ojo vago por lo que se libro del servicio. Ernesto marchó sin despedirse de ninguno de los dos, ni de la joven ni de su hermano.

El destino de Ernesto fue el Sahara por lo que no pasó ningún permiso en casa por cuestión de dinero. Las únicas noticias que tenía de su familia eran por carta. Al cabo de dieciocho meses volvió.

A la llegada a casa se encontró un ámbito totalmente diferente que cuando marchó. Varios de sus hermanos ya no vivían en casa, algo sabía por carta. Pero, lo que no sabía era que su hermano Juan se iba a casar al mes próximo. Pero no lo haría con la joven de la que Ernesto estaba tan enamorado.

Ernesto habló con su hermano Juan por primera vez en mucho tiempo, quería saber el paradero de la muchacha. Había estado en casa de la familia y allí no estaba, lo único que le dijeron es que marchó de la ciudad. Ernesto la buscó por todas partes e intento averiguarlo todo. Fue todo en vano.

Juan y Ernesto jamás volvieron a dirigirse la palabra.

-Después tu abuelo se casó con María y al poco tiempo yo marché de casa. Fui a trabajar fuera de la ciudad. Necesitaba cambiar de aires. Cuando volví a Barcelona, como puedes observar las cosas no me han ido muy bien, por lo que volví al barrio y me encontré la casa deshabitada de aquella humilde familia. La habité y me apoderé de ella al ver que todo seguía igual, y aquí sigo esperando que llegue el día en que aquella joven muchacha que me robó el corazón entre por esa puerta.

Joel se había sentado en una silla que había quedado intacta tras la supuesta reyerta. Atento a la historia de su tío abuelo, una vez ha finalizado le pregunta:

-¿No has sabido nunca nada de ella?.

-Nunca.

-Y bien. ¿Cómo se llamaba esa linda mujer? –pregunta Joel aunque cree saber la respuesta.

-La mujer que me robó el corazón...

-...Cecilia –se adelanta Joel a contestar.

Ernesto mira a Joel como la vez que le dijo su nombre y apellidos. Esta vez aunque el dolor es muy fuerte se levanta inclina hacia delante y con ambas manos agarra a Joel por los costados y lo zarandea preguntándole como sabe el nombre. En tan solo unos segundos lo aporrea a preguntas...

Joel le pide por favor que lo suelte, que le deje explicarse. Ernesto cede y vuelve a su postura anterior con su mano derecha agarrando fuertemente su costado.

Joel se pone de pie y busca en su bolsillo trasero del pantalón. Extiende la mano hacía Ernesto y le ofrece la carta que encontró en la guía de 1.978, en casa de Cecilia. Joel le cuenta a Ernesto todo lo que sabe al respecto, lo que ocurrió aquel día

en el patio trasero y donde encontró la carta. Le contó que por eso vino a esta casa. Ernesto le pidió que se lo contará desde un principio sin saltarse nada.

Después de contar todo lo ocurrido y de que Ernesto haya leído la carta, Joel saca sus conclusiones.

-Me parece que el motivo de que no cuajará la relación entre mi abuelo y Cecilia fue porque ella estaba enamorada de ti.

-...dicen que para lo bueno, nunca es tarde... –susurra Ernesto.

Joel ayuda a Ernesto a salir de la vivienda. Al final de la calle está el Hospital del Mar. Lo acompaña hasta la entrada de Urgencias para que le curen las heridas. Una vez dentro, en la sala de espera Joel da la dirección de la vivienda de su abuelo y Cecilia a Ernesto y se marcha.

## “La vuelta”

Al cabo de un mes, domingo a mediodía.

Joel no ha mencionado a sus abuelos nada al respecto de lo ocurrido con Ernesto. Ha preferido esperar a lo que pueda ocurrir. Lleva con sus abuelos desde el viernes por la tarde, es un fin de semana perfecto, su hermana también está con ellos. Por la mañana desayunaron todos juntos y seguidamente después marcharon a dar un paseo por el parque donde Susana y Joel disfrutaron como nunca en compañía de sus abuelos.

A la vuelta pasaron por casa de Cecilia puesto que Juan comentó que hacía más de un mes que no la veían. El pörtico hizo su estruendo particular pero nadie salió a abrir la puerta.

Volvieron a casa y mientras Juan y María preparaban la comida Joel jugaba con su tesoro en el comedor.

En ese momento llamaron a la puerta. Joel abre.

Ernesto y Cecilia aparecen.

Joel avisa a su abuelo.

-Me parece que tienes visita...

## Epílogo

Sábado por la mañana.

Joel se levanta de la cama y se encamina a ver a su hermana. Susana sigue durmiendo plácidamente. La besa en la mejilla y va a la cocina. Sus padres siguen en la cama. Abre la nevera y busca algo de comida. El cartón de leche está por la mitad. Aparta la cortina que hace de puerta en uno de los armarios de la cocina y coge una bolsa con cuatro magdalenas. Deja el desayuno preparado para cuando su hermana se despierte. Coge un vaso y bebe un poco de agua.

Son las nueve de la mañana y un sordo silencio reina en la casa. Joel se siente feliz. Vuelve a su habitación y se sienta en el borde de la cama a esperar que se levante su hermana, su tesoro.

Los años pasarían y el desorden, las broncas y las borracheras no remeterían, ni con el paso del tiempo llegarían nunca a final de mes. En definitivas cuentas era la vida que le había tocado vivir, aunque la familia que él crease en su día no sería así...

En la puerta de su habitación por el lado de dentro había un agujero en la esquina inferior izquierda que había echo el mismo, era su nueva hucha. Se agachó e introdujo dos dedos buscando en el hueco. Sacó algunas monedas. Tan solo tenía sesenta pesetas. Joel se enfadó pensando en las ochenta pesetas que consiguió ahorrar y su padre le había quitado, mejor dicho *robado*.

-Ahora podría comprarle el chupete a mi hermana –dijo para sí.

Volvió a sentarse en la cama y abrió el cajón de la mesita. Allí estaba el puñal. El puñal que le quitó a Ernesto. No supo jamás las relaciones de los muebles del recibidor y el significado de aquél insólito puñal, aunque no le importaba. *Cecilia y Ernesto lo guardaron para sí*. Guardó el puñal en el bolsillo de su pantalón.

En el barrio había un chatarrero donde Joel había ido en más de una ocasión para conseguir algunos duros con que comprar leche o comestibles para su hermana. Esa misma tarde llevó el puñal, le dieron ciento diez pesetas con las que compró dos chupetes a su tesoro.

## **“Mi mejor amigo”**

*Soy de los que piensan que “El mejor amigo” o el peor siempre es uno mismo. Por lo que guardo en un disquete el documento de Word que he titulado “Mi mejor amigo”, cierro el ordenador y por último apago el monitor. Salgo al patio de mi casa donde me siento a descansar un rato. Pienso en Joel y en todo lo que he escrito sobre él. Pienso en esa vida repleta de incongruencias, dolencias, malos tratos... una vida que por desgracia vive mucha gente en este mundo.*

*Los fantasmas del pasado nos persiguen y nos atrapan en muchas ocasiones pero, hay que pensar que en esta vida hay un pasado, presente y futuro... Vivamos el presente y pensemos en un futuro... Olvidemos el pasado...*

*Apago la luz del patio, recorro el pasillo y entro en la cocina. Bebo un buen trago de agua y salgo en dirección a la cama. Entro en la habitación intentando hacer el mínimo ruido posible. Me aproximo cautelosamente al moisés que yace al lado de mi mujer y me agacho para besar a mi hijo. Lo arropo y paso cinco minutos anonadado observándole.*

*Doy la vuelta a la cama y me acuesto en mi lado. Me giro hacia mi mujer y la beso en la mejilla dándole las buenas noches en un susurro. Entre sueños ella contesta lo que parece ser un “buenas noches”.*

*Con la vista fija en el techo pienso en mi mujer y mi hijo. Pienso en Joel y su desolada vida. Pienso en un escrito de “Mi mejor amigo”:*

“Los años pasarían y el desorden, las broncas y las borracheras no remeterían, ni con el paso del tiempo llegarían nunca a final de mes. En definitivas cuentas era la vida que le había tocado vivir, aunque la familia que él crease en su día no sería así...”

*Como bien dije al empezar Joel falleció...*

*Mi vida ha cambiado y ahora tengo mi casa y mi familia...*

*El pasado solo es eso, pasado...*